

CRÓNICAS NEGRAS DEL PODER

FERNANDO ARELLANO ORTIZ

A la memoria de Germánico Arellano Mora y Alfredo Ortiz Rodríguez, de quienes heredé la pasión por los libros y la afición por el arte de razonar.

CONTENIDO

A manera de Introducción.....	
Los partidos nacieron por aventuras de alcoba.....	
La política como arte de combinar faldas, armas y sotanas.....	
La guerra como instrumento para dirimir conflictos de celos y baladronadas...	
El negro lado de la santidad.....	
El poder como aprovechamiento e indignidad.....	
La dictadura civil, eficaz medio para calcinar un país.....	
Antropofagia partidista y una versión criolla de Fouché.....	
De cómo se llega al poder por la vía del fraude.....	
El poder como factor de soberbia, arrogancia y vanidad.....	
El poder por azar.....	
Cómo se planea un golpe de Estado y se falla en el intento.....	
El poder como expresión de la excentricidad y la chabacanería.....	
"A Gaitán pudieran acusarlo de enriquecimiento ilícito".....	
De cómo a jirones se ha entregado territorio colombiano.....	
De cómo se trata de implementar una revolución política y se triunfa en el intento	
El fundamentalismo y la autocracia como expresiones del poder.....	
Judas: ¿Patriota o traidor?.....	
Bibliografía.....	

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

La de Colombia es una historia plagada de mentiras y traiciones que, indudablemente, ha incidido en forma notable en la falta de congruencia política para construir un verdadero concepto formal y real de Nación capaz de consolidar unas instituciones jurídicas coherentes y efectivas.

Aunque muchos tratadistas se ufanan en señalar que este país se caracteriza por su “tradición jurídica y democrática”, la realidad nos muestra una cosa totalmente distinta. Desde el mismo momento en que la Nueva Granada logró su emancipación de España hasta nuestros días, lo que va quedando de país viene enfrentando una permanente crisis política e institucional por carecer, en gran medida, de unos principios rectores y unos elementos de identidad básicos que no han permitido, siquiera, respetar unas mínimas reglas de juego que garanticen vivir civilizadamente y en paz.

Esta circunstancia que es una constante histórica en el proceso republicano de Colombia se ha traducido en una permanente desviación de poder y, por lo tanto, en la violación reiterada del ordenamiento jurídico de la Nación, así, éste sea meramente formal.

¿Qué ha sido nuestra historia republicana? Es doloroso decirlo, pero no es más que un conjunto de acontecimientos en los que la intriga, la imposición, el abuso, el despotismo, la manipulación, la deslealtad, el juego político sucio y la violación de los derechos humanos son el denominador común; la regla y no la excepción.

Ese sombrío panorama político de Colombia a partir de 1810, momento en que aparentemente pretende organizarse como República, se refleja en la permanente inestabilidad jurídica de su concepción de Estado, cuyas instituciones, como consecuencia de ello, se han formado a través de un tortuoso proceso de incongruencias y contradicciones políticas y filosóficas.

La clase dirigente colombiana nunca ha tenido un proyecto político claro y coherente capaz de imponerlo por las vías legales y mediante el consenso sobre el conjunto de la sociedad. Eso explica que las élites de este país en su incapacidad de gobernar hayan terminado cediendo en sus intereses ante la aparición de nuevos actores y clases emergentes y reclamando triunfos “pírricos” que no han permitido consolidar ningún proyecto de largo alcance.

Esa incapacidad de la clase política para diseñar un proyecto político equitativo dio lugar en Colombia a las alianzas precarias, a los caciques regionales, al despotismo de éstos en el ámbito burocrático y a las coaliciones para conservar pequeños y fragmentados espacios de poder. Es obvio, entonces, que frente a esa compleja manipulación del poder el país haya padecido y siga padeciendo una inestabilidad política y constitucional que se refleja, claramente, en el hecho de que en menos de dos siglos de historia republicana, Colombia haya tenido quince Constituciones y una permanente lucha armada por consolidar posiciones hegemónicas.

En el siglo XX, para no ir más lejos, las fracciones partidistas que de alguna u otra forma se han suplido o han usufructuado del poder, en el momento en que se han visto en el asfalto y han perdido la posibilidad de la conducción del Estado, no han ahorrado esfuerzos para atravesarse al partido gobernante, más por revanchismo o venganza que por convencimiento ideológico.

Por eso la razón de este libro es la de develar algunas realidades de nuestro triste y frustrante devenir histórico que por décadas han tapado con su característica complicidad los escritores de la historia oficial.

De lo que se trata, entonces, es de hacer un ejercicio por mostrar la historia escondida, la que ha sido tergiversada, porque como es sabido, las historias oficiales de los pueblos las escriben según sus conveniencias, los ganadores.

Estas crónicas escritas bajo una perspectiva crítica y revisionista de nuestro triste acontecer nacional buscan destapar todo lo que se ha tratado de encubrir o falsificar por quienes detentan el poder político o social en este país.

LOS PARTIDOS NACIERON POR AVENTURAS DE ALCOBA

La historia de Colombia es un conjunto de leyendas acomodaticias para hacer ver héroes a simples chisgarabises. En gran medida, la deformación de nuestro proceso político se debe a la pequeñez de mira de nuestra clase dirigente que siempre ha visto al Estado como un botín y nunca ha tenido un proyecto político de largo alcance.

Versiones según las cuales el Libertador Simón Bolívar y el regenerador Rafael Núñez fueron conservadores son una atroz mentira histórica que nos han hecho creer, inclusive, en las propias aulas escolares. Es muy común escuchar que Bolívar fue el fundador del Partido Conservador y el general Francisco de Paula Santander el que dio origen al Partido Liberal.

Lo único cierto es que los partidos políticos colombianos fueron fundados a finales de la década de 1840. La paternidad del conservatismo la tienen dos antibolivarianos furibundos como Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro Ibáñez. En cambio, en el liberalismo, no se sabe con exactitud quiénes fueron sus fundadores, aunque como sus más ilustres impulsores e “ideólogos”, si se quiere, aparecen los santanderistas Florentino González, Ezequiel Rojas y Vicente Azuero, igual de antibolivarianos que Caro y Ospina.

Sin embargo, los dirigentes conservadores del siglo XX han querido hacer ver que Bolívar fue quien le dio inspiración a su doctrina y a Santander lo han mostrado con cierta antipatía, casi se diría que con inquina, falseando de esta manera la historia.

Con alguna exactitud se puede afirmar sin temor a equivocarse que tanto el liberalismo como el conservatismo se originaron en facciones santanderistas porque sus impulsores fueron amigos políticos del llamado “Hombre de las Leyes”.

ENTRE AMORÍOS Y DEVANEOS

Los fundadores de los dos partidos están ligados estrechamente con dos casquivanas legendarias: Nicolasa Ibáñez de Caro y Bernardina Ibáñez de González, hermanas de singular belleza que levantaron los más diversos comentarios a comienzos del siglo pasado. Ambas nacieron en la población de Ocaña (Norte de Santander), pero al quedar huérfanas de padre se trasladaron a Bogotá donde hicieron amistad con quienes detentaban el poder político.

Las dos hermanas veleidosas en plena juventud son asediadas por Bolívar y Santander y, al parecer, éstos próceres de la Independencia estuvieron enamorados de ambas en diferentes épocas. Sin embargo, hay evidencias que dan cuenta de que Bolívar cortejaba a Bernardina y Santander a Nicolasa.

Pese al asedio en un primer momento de Bolívar y antes de que apareciera Santander, Nicolasa contrae nupcias con el español Antonio José Caro, un buco de tremendas proporciones, quien al decir del historiador Alfredo Iriarte, *“este opaco personaje es acreedor a la compasión de cualquier alma cristiana y sensitiva por la frondosa cornamenta que le hizo florecer en la cabeza”*¹ su señora esposa y que hubo de soportar hasta el final de sus días.

Aprovechando la condición de bode de su esposo, don Antonio José Caro, doña Nicolasa siguió manteniendo una furtiva relación amorosa con Santander y éste no solamente disfrutaba de sus encantos y desenfrenos pasionales sino que la tenía como su confidente.

Esa relación intensa de flirteo y confidencialidad perduró por muchos años ya que las circunstancias les fueron favorables tanto a Santander como a doña Nicolasa, pero particularmente a esta última, pues el cachón de su marido que era realista estuvo algunos

¹ Iriarte, Alfredo, Manual del Perfecto Burócrata (fragmento). Lecturas Dominicales, El Tiempo, Bogotá, 12 de enero de 1997.

meses preso por el origen de su nacionalidad. Pero, adicionalmente, la misma Nicolasa consintió tiempo después del insuceso de la prisión, que don Antonio José permaneciera en Londres al servicio de la Nueva Granada, atendiendo menesteres oficiales, lo que hacía propicio para que en los cafés, las pulperías y en las tertulias bogotanas el nombre de la linda ocañera se andara enredando con el del General Santander.

El matrimonio Caro-Ibáñez nunca funcionó y se sabe que quien llevaba las riendas de la pareja era Nicolasa no sólo por su carácter sino por sus rasgos algo viriles. De todas maneras de esta unión nació José Eusebio Caro, quien en 1849 fundara en compañía de Mariano Ospina Rodríguez, un personaje siniestro y conspirador contra Bolívar, el Partido Conservador.

¿VENGANZA?

Según tesis del profesor Luis López de Mesa, José Eusebio Caro no era muy afecto a su madre Nicolasa por que de alguna manera tenía referencia de sus intensas relaciones de catre con el general Santander. Ese desarraigo maternal lo compensaba con el amor de su esposa Blasina Tovar.

En otras palabras, y en concepto de López de Mesa, *“el Partido Liberal y el Partido Conservador responden a la necesidad del hijo del matrimonio Caro-Ibáñez de vengar una tragedia”*² con ingredientes de celos y murmuraciones.

Y esa venganza de José Eusebio al no poder tomar revancha directamente de Santander se concretó fundando el conservatismo, cuyos principios eran algo opuestos a los que promovían las camarillas santanderistas encabezadas, entre otros, por Florentino González, Ezequiel Rojas, Vicente Azuero y José Hilario López.

Para esta empresa se unió paradójicamente, con Ospina Rodríguez, un hombre completamente opuesto al mismo Caro aunque coincidían en el hecho de que ambos eran antibolivarianos.

De esta manera, *“los destinos nacionales vendrán así a ser ligados al bello cinto de la ocañera”*³ y al mismo tiempo, colige López de Mesa, la inquina histórica del conservatismo contra Santander se debió a los amoríos y devaneos de éste con doña Nicolasa.

LA ORILLA LIBERAL

Así como uno de los fundadores del conservatismo está involucrado en la trama de la infidelidad de Nicolasa con Santander, los dirigentes del liberalismo no se escapan del embrujo de Bernardina Ibáñez, hermana de la primera.

Bernardina a quien el Libertador la llamaba con el calificativo de “melindrosa” era menor que Nicolasa y con mayores atributos físicos que ésta. Siendo casi una niña fue asediada por Bolívar pero por su misma edad rechazó los requiebros del ilustre caraqueño. Sus años de juventud los pasó en compañía de amistades que estaban muy comprometidas con la causa de la Independencia. Esa fue la razón por la que estuvo a punto de casarse con el coronel Ambrosio Plaza que cayó en la batalla de Carabobo, pero las circunstancias del momento no se lo permitieron.

En su vida aparecen luego dos personajes prominentes de la camarilla santanderista: don Florentino González, uno de los fundadores del Partido Liberal y don Miguel Saturnino Uribe, un soltero impenitente, Casanova buena vida, que nada tenía que envidiar de las técnicas del kamasutra, por lo que dejó regados varios hijos, cuya descendencia en la actualidad, hace parte de los más rancios apellidos de la oligarquía bogotana.

Uribe será amante de Bernardina y González terminará siendo su esposo. La suerte de la estirpe González-Ibáñez es muy distinta a la de la Uribe-Ibáñez. La primera es rica en vocaciones religiosas y por ese motivo termina extinguiéndose por completo en Francia.

² López Michelsen Alfonso. Esbozos y Atisbos. Bogotá, Plaza y Janés, 1984, página 214.

³ Op. Cit.

En cambio la relación que tuvo Bernardina con el incorregible mujeriego y libertino Miguel Saturnino Uribe desembocó en el nacimiento de una niña que se bautizó con el nombre de Carmen.

Aunque la criatura nace en la clandestinidad y la madre la entrega al cuidado de unas monjas de un convento bogotano, Uribe termina reconociendo a Carmen, quien en su juventud se casa con el cónsul de Dinamarca en Colombia, Carlos Michelsen, bisabuelo del ex presidente Alfonso López Michelsen.

Descendientes de la unión Uribe-Michelsen son familias tradicionalmente cachacas como Michelsen Uribe, Samper Uribe, Uribe Holguín, López Michelsen, entre otras.

UNA SOLA FAMILIA

De todo este recuento es de observarse que don Florentino González, connotado dirigente e ideólogo liberal, quien fuera Procurador en su época y que planteó la anexión de la Nueva Granada a los Estados Unidos de Norteamérica, fue tío político de José Eusebio Caro (a su vez sobrino de Bernardina), el co-fundador con Ospina del conservatismo. Todo esto para decir que la historia de los dos partidos tradicionales que más mal que bien han forjado la estructura de la República de Colombia, nació en una alcoba por líos de faldas, concupiscencia e infidelidades al interior de la familia Ibáñez.

DIVISION

Pero hay otro antecedente relacionado con las Ibáñez que también vino a repercutir en la consolidación de nuestros hoy maltrechos partidos políticos.

En 1832 la Convención Granadina eligió Presidente al general Francisco de Paula Santander, quien se encontraba en el destierro en Europa como consecuencia de la nefasta noche septembrina; y a un ilustre jurista de la población boyacense de Ramiriquí, José Ignacio de Márquez, como vicepresidente.

Mientras regresaba Santander del exilio asumió la jefatura del Estado el señor Márquez por seis meses, entre marzo y octubre.

Márquez fue cercano a Santander y buscó, con buena fortuna, sucederlo en la Presidencia pero no contó con su apoyo. Y Santander no respaldó a Márquez por un conflicto faldas que se suscitó entre ambos.

Resulta que don José Ignacio de Márquez, a quien el Partido Conservador lo tiene como su "precursor" visitaba en su casa a Nicolasa, concretamente donde hoy se levanta el edificio del Palacio de Justicia en plena Plaza de Bolívar de la capital de la República. Márquez estaba en plena acción acariciándole las partes más protuberantes y, Nicolasa por supuesto, respondía a sus toqueteos amorosos. Cuando estaban en plenos devaneos ingresó a la habitación el general Santander, quien se puso iracundo al ver las pretensiones de Márquez con su amada y confidente.

Santander se abalanzó con ira a golpear a Márquez a quien además, iba a defenestrar si no es porque interviene la propia Nicolasa, que termina forcejeando al "Hombre de las Leyes" para defender a su fugaz amante.

Este episodio hizo que Santander apoyara la candidatura del general José María Obando para que lo sucediera en la Presidencia para el período 1837-1841 y no la de Márquez. Empero, éste ganó la Presidencia derrotando a sus rivales Obando y Vicente Azuero.

Santander no perdonó a Márquez el haberle querido quitar a su concubina y por esa razón terminó haciéndole férrea oposición a su gobierno.

ANTIBOLIVARIANOS

Los fundadores de los dos partidos tradicionales coincidieron en sus orígenes en ser antibolivarianos y en ser próximos o amigos de Santander. Por eso decir que el conservatismo tuvo como progenitor político a Bolívar es falsear la historia.

Nicolasa Ibáñez de Caro conspiró al lado de Santander contra Bolívar; y José Eusebio Caro aunque por obvias razones no fue nunca santanderista, tampoco fue afín con el pensamiento del Libertador.

Mariano Ospina Rodríguez, el otro fundador del conservatismo, no sólo planeó la conspiración del 25 de septiembre de 1828 contra Simón Bolívar, sino que fue uno de los asaltantes del Palacio de San Carlos. Junto con él buscaron segar la vida del Libertador los inspiradores del liberalismo como Florentino González (esposo de Bernardina), Ezequiel Rojas, Vicente Azuero y Luis Vargas Tejada.

Ospina Rodríguez es un personaje nefasto en la historia colombiana del siglo antepasado. En su personalidad sobresalen rasgos de cobardía y desmedida ambición. El más claro ejemplo de su ruín proceder es su intervención en la sesión del Congreso que eligió a su contrincante el dirigente liberal José Hilario López.

Como miembro del Congreso de 1849 Ospina asiste a la sesión en que se determinará la elección de López para el período 1849-1853. Luego de una tremenda sesión que se efectuó el 7 de marzo del 49 y cuyo desarrollo tuvo un clímax casi trágico, Ospina forzó la escogencia de López, recio adversario político suyo y en el voto que por él emitió escribió la siguiente frase que constituye el más famoso testimonio de cobardía que se tenga noticia en Colombia: "Voto para Presidente por el General Hilario López para que no se asesine a los diputados".

La aclaración la escribió porque tenía el convencimiento de que si no ganaba López, los partidarios de éste procederían a usar sus armas. Nada pasó y por el contrario fue Ospina quien hizo parte en la violenta rebelión contra la Presidencia de López en 1856, la cual fue derrotada y el dirigente conservador pasó varios meses en prisión.

El 13 de abril de 1953, Laureano Gómez al responder a Mariano Ospina Pérez, coincidentalmente nieto de Ospina Rodríguez, un discurso en el que señaló que el 7 de Agosto de 1946 había llegado al poder "prácticamente sólo" y sin ninguna ayuda del partido conservador, recordó el episodio de la elección de José Hilario López y en memorable alocución dijo: "En la historia está registrado el caso de quien dio un voto para que el Congreso no fuera asesinado. Aquel voto salvaba a los dirigentes, pero significó la muerte, la proscripción, la ruina y el martirio de innumerables infelices".

INGRATITUD

Los dirigentes de los dos partidos tradicionales fueron ingratos con el Libertador Simón Bolívar. No supieron comprender su grandeza y tanto Caro, Ospina, González, Azuero y Rojas buscaron a toda costa atentar contra su integridad física y moral.

Fue, precisamente, a otro dirigente liberal, don Lorenzo María Lleras, abuelo del ex presidente Alberto Lleras Camargo y bisabuelo, a su vez, del también ex mandatario Carlos Lleras Restrepo, a quien le correspondió ejecutar la sentencia del gobierno de Santander que condenaba al destierro a Manuelita Sáenz, la amante del Libertador.

Lleras, que era un admirador y amigo de Santander cumplió complacido en su condición de alcalde parroquial de la villa, la tarea de expulsar a la "amable loca" quiteña.

Todas esta facetas de la vida de los fundadores y dirigentes de nuestros dos partidos tradicionales permiten observar con claridad que, infortunadamente, la intrincada historia colombiana se ha venido haciendo a través de una serie de maniobras donde ha predominado la pequeñez y la ruindad. Se equivocan quienes escriben en los libros de historia y en los

periódicos la manida frase que dizque “los dos partidos tradicionales han escrito páginas de gloria” en lo que va corrido de la existencia de la República.

El proceso histórico nos muestra lo contrario y nuestra realidad presente nos confirma que lo que ha faltado a la dirigencia política de las dos colectividades ha sido grandeza para hacer de Colombia un verdadero Estado de Derecho donde primen la justicia y la democracia. La herencia que han dejado los partidos a este país es un gran lastre de errores y equivocaciones.

Ha sido la ambición, el fraude, los golpes de Estado, la violencia partidista y el abuso lo que ha predominado en la historia de los partidos tradicionales colombianos y que se refleja en nuestra desventurada realidad presente. Y es que en definitiva nuestra suerte política no puede ser distinta, pues aunque suene irreverente, lo cierto es que el origen de las dos “grandes” colectividades colombianas es adulterino.

LA POLÍTICA COMO ARTE DE COMBINAR FALDAS, ARMAS Y SOTANAS

En la guerra como en el amor se vale todo. Y no hay que olvidar que la guerra, según el estratega prusiano Clausewitz, es la continuación de la política por otros medios. Por lo tanto, política, amor y guerra tienen mucho en común. Miremos por ejemplo el discurrir de la vida tanto pública como privada del llamado Regenerador y tres veces Presidente de Colombia, Rafael Núñez Moledo, quien supo combinar con mucho ingenio, astucia y sagacidad, lascivia y poder, misantropía y hasta uso de las armas para lograr sus oscuros intereses.

Este cartagenero nacido en 1825 fue el dirigente político más importante que tuvo Colombia durante el último trecho del siglo XIX después de Nariño, Bolívar, Santander y Tomás Cipriano de Mosquera, no sólo porque manipuló el poder con negras intenciones sino porque, junto con Miguel Antonio Caro, un hombre con entrañas de piedra y de similar calaña, fue inspirador de la Constitución de 1886, estatuto que rigió en este país consagrado al Sagrado Corazón de Jesús por espacio de 106 años.

Aunque los textos oficiales de historia colombiana muestran a Núñez como un estadista y un romántico de las ideas liberales que se vio presionado por sus mismos copartidarios a doblegarse ante los godos y los curas para implantar un régimen despótico y teocrático, su parábola política no es más que una urdimbre de traiciones, impudicia, satiriasis, voluptuosidad y toda clase de bajas pasiones.

Utilizó sus dotes de empedernido conquistador para, simultáneamente, satisfacer su lujuria consuetudinaria y explotar a la mujer que caía en sus redes en beneficio de sus fines políticos protervos. Cada conquista amorosa o pasional le representaba a Núñez un ascenso o un adelanto en su carrera pública. Es decir, sabía emplear sus furtivas citas de Casanova con la sutil moral utilitarista del enamorado que saca partido de la yacente y voluptuosa víctima.

ENTRE FALDAS Y SOTANAS

El trasegar político de Núñez estuvo influenciado en grado sumo por las féminas de alcurnia insatisfechas que hicieron su dicha personal y su desdicha histórica y, también, de las sotanas que calmaron su euforia de ateo y lo llevaron por simple conveniencia al confesionario con el único objeto de elevar a sacramento su matrimonio civil con doña Soledad Román y condenarnos por cien años a los colombianos a la inquisitiva justicia eclesiástica de un concordato que nos obligó a soportar el karma conyugal indisoluble.

Dolores Moledo, su madre, fue definitiva en guiar sus primeros pasos. Sin embargo, él jamás hizo caso a uno de sus consejos: "nunca serás hombre de provecho si escribes versos". Y vea pues, le dio por escribir hasta los versos rebosantes de culteranismo que lleva nuestro himno nacional como aquellos de *"La virgen sus cabellos arranca en agonía y de su amor viuda los cuelga del ciprés. Lamenta su esperanza que cubre losa fría, pero glorioso orgullo circunda su alba tez"*. Hay que hacer una salvedad patriótica consistente en reconocer que lo único que se salva del canto nacional es la música, cuyo compositor fue un italiano.

Pero aparte de su pasión por cometer malos versos, su debilidad fue la concupiscencia y era todo un artista en el arte del amor. Sus conquistas le depararon excelentes réditos económicos y políticos. La primera en abrir plaza con Núñez fue Pepita Vives de León, pero si bien estos amoríos fueron furtivos y se recrearon en la brisa marina de Cartagena, los mismos no tienen mayor trascendencia, como si los tuvieron los que sostuvo con ardor en Panamá, primero con doña Concepción Picón y Herrera y luego con doña Dolores Gallegos.

Núñez llega a Panamá en 1851 en circunstancias no muy claras so pretexto de desempeñarse como juez de hacienda del Distrito de Alenje, tras dejar en su Cartagena natal cuentas pendientes de amor y pasión con Soledad Román, quien no acepta sus devaneos por estar comprometida, pese a que muchos años después será su esposa y jugará papel predominante en el devenir político de Colombia de finales del siglo XIX.

Escapado de su desilusión amorosa, el joven abogado cartagenero comenzó su nueva vida de burócrata en un villorrio infeliz de Panamá, donde el ron y las riñas de gallos hacían la diversión de sus pobladores.

Para evitar el monótono discurrir de los días, pero sobre todo para darle rienda suelta a su lascivia, Núñez viajaba constantemente hasta Ciudad de Panamá. Allí encontró lo que buscaba: el amor de doña Concepción Picón y Herrera, mujer bella y fina que calmó no solo la ardiente pasión del cartagenero sino su soledad, sus desesperanzas y aburrimiento.

Si bien Concepción llegó a enamorarse de Núñez, éste, como fue el común denominador en su vida de Tenorio, solo la utilizó con fines concupiscentes y como compañera que calmara sus días tedios de burócrata empedernido.

En medio de una intensa relación pasional con doña Concepción, en la que ponía a prueba sus habilidades de seductor, Núñez conoció una mujer fea y desabrida pero que deslumbraba en el istmo por su riqueza y su posición social. Se trataba de Dolores Gallegos, cuñada del entonces gobernador de Panamá, José de Obaldía, hombre de prestigio y de mayor influencia política de la región que en dos oportunidades (1851-52 y 1853-55) ocupó la Presidencia de la República.

Ni corto ni perezoso, el Juan Tenorio cartagenero vio la oportunidad de su vida en Dolores Gallegos, aunque ella no le atraía física ni espiritualmente en absoluto, su posición económica y social era un atributo más que suficiente para darse a la tarea de fino conquistador.

Sobra decir que de un día para otro se deshizo del amor de la niña Picón y Herrera y muy pronto se le vio cortejando a la cuñada del gobernador del departamento de Panamá.

La conquista de la señorita Gallegos le trajo múltiples réditos a Núñez, pues no solamente mejoró su posición social sino que obtuvo un importante feudo electoral que le sirvió de trampolín para lanzarse a la política.

Después de un asiduo, constante y hábil proceso de seducción, Rafael Núñez obtiene la aceptación a su ofrecimiento de matrimonio de Dolores Gallegos, y es así como contraen nupcias el 13 de junio de 1851 en la población panameña de David.

Lo paradójico de esta historia es que mientras el matrimonio le permite a este joven cartagenero ingresar a las esferas social y política de Panamá y, al mismo tiempo, incursionar en la actividad pública colombiana, su relación "amorosa", si se puede denominar así, con doña Dolores se marchita cada día a pasos gigantados.

Y no era para menos, doña Dolores era una mujer enferma que sufría de epilepsia y por lo tanto no podía satisfacer las ardientes pasiones de su marido. Si bien el matrimonio no funcionaba, Núñez daba sus primeros pinitos en política con éxito gracias a la tutela de su concuñado José de Obaldía.

Pero como no hay nada completo en la vida, su relación marital era un fracaso, doña Dolores no respondía a sus requiebros amorosos, por lo que Núñez creyó llegado el momento de darse una pausa y retornar a Cartagena para visitar a sus familiares. Pero eso sí, calculador como era, evitó a toda costa que se filtrara la crisis matrimonial que afrontaba, habida cuenta que una ruptura con la familia de Dolores y sobre todo con los Obaldía, hubiese resultado funesto para sus intereses políticos y económicos. Simplemente informó que viajaba a la ciudad Heroica a arreglar algunos asuntos personales y punto. A mediados de 1852 llega a su terruño y tan pronto como deshace maletas, es llamado por el general Nieto, gobernador de la comarca, quien le ofrece la Secretaría de Gobierno.

Núñez acepta encantado, pues es una excusa perfecta para prolongar su permanencia en Cartagena y evitar un reencuentro con su esposa Dolores, de quien decía que era "tan fría como una estatua".

A finales de año, Núñez por razones netamente políticas se vio precisado a retornar a Panamá debido a que su influyente concuñado José de Obaldía lo había puesto a figurar en la lista de diputados a la Cámara de Representantes, por el distrito de Chiriquí.

Sobra decir que resultó elegido, lo que le permitió salir de la provincia, ingresar a los círculos políticos influyentes de la capital de la República e iniciar una carrera pública fulgurante que lo llevaría en tres oportunidades al primer cargo de la Nación. Sin embargo, su vida sentimental y amorosa no sólo no mejoró sino que se convirtió en un verdadero desastre. Pese a que doña Dolores Gallegos por su condición social lo catapultó en su actividad política, su relación conyugal con ella por lo que queda reseñado, terminó en separación definitiva, aunque de esa relación quedó un hijo, Rafael, que heredó de su padre el degeneramiento y de su madre la opacidad.

COBARDÍA, OPORTUNISMO Y FELONÍA

Instalado en Bogotá gracias al padrinazgo de su concuñado Obaldía, Núñez comienza a intrigar en la política y a tener figuración. Su actividad partidista la alterna con sus dotes de Casanova, pues no desaprovecha oportunidad para la "caza" de una buena presa. Este cartagenero era un hombre que sabía utilizar a las féminas tanto en el tálamo como en sus oscuros fines políticos.

Es el año de 1861 y el ambiente político de la decimonónica capital colombiana es turbulento, como embrollado es el ánimo de Núñez, pues mientras en el ámbito público el general Tomás Cipriano de Mosquera toma el poder y pone pies en polvorosa al saliente Presidente Mariano Ospina Rodríguez, un personaje siniestro, multiforme, inteligente, partícipe en la conspiración septembrina contra el Libertador y co-fundador en 1849 de un partido clerical y reaccionario como el conservador; en la vida de este cartagenero empedernido aparece doña Gregoria de Haro, una despampanante mujer de sociedad, seudopoeta y medio frustrada en las artes de catre, pese haber tenido dos maridos. Será Núñez, su príncipe azul que la haga mujer en la piltra.

Doña María Gregoria era una especie de madame de Recamier, aquella francesa que contrajo matrimonio con un acaudalado banquero a la edad de 15 años y que gracias a su gran ingenio y belleza fundó un salón en París que no tardó en convertirse en el lugar de reunión de las más sobresalientes figuras políticas y literarias de comienzos del siglo XIX.

Nuestra madame Recamier criolla había sido obligada por sus padres a casarse a los trece años de edad con el capitán Proto Rodríguez en 1851. Con ese nombre este chafarote no podía resultar más que un ser demasiado brutal en sus tratos cotidianos y en la intimidad marital. Para fortuna de Gregoria, el palurdo de Proto falleció a los dos años del casorio y aunque le guardó luto, muy pronto se dedicó a conquistar a un inglés, mister Dundas Logan, un borracho empedernido de 57 años de edad, rico, exportador de quina y hospitalario con sus amigos y allegados.

La casa del matrimonio Logan-De Haro se convirtió en un sitio de reunión de la alta alcurnia bogotana. Una noche fue convidado a una recepción el joven dirigente cartagenero y quedó deslumbrado de la belleza de su anfitriona. Como era tradicional en él cuando le impactaba una mujer, se dio a la tarea de sacar sus mejores dotes de seductor.

Comenzó a frecuentarla con alguna asiduidad sin levantar sospechas en el borrachín de su marido y como doña Gregoria gustaba de versos y de prosa, Núñez la rodeó de un ambiente de voluptuosidad y poesía.

En medio de requiebros, sutiles piropos y halagos, fue llegando el momento del desenfreno pasional, pues Gregoria no había experimentado en su vida lo que era el verdadero amor. Primero, el chafarote de Proto le resultó muy burdo, y luego Logan le parecía demasiado prosaico, por lo que nunca había sentido lo que es un verdadero espasmo.

Un incidente político permitió que la relación de Núñez con doña Gregoria pudiese consolidarse. En efecto, Núñez a la par con Manuel Murillo Toro (quien años después también sería

Presidente de Colombia), encabezaban el grupo liberal anti-mosquerista, por lo que juzgaron conveniente huir por algunos días o meses ante el temor de las represalias que podría tomar en su contra el general Tomás Cipriano de Mosquera, quien ya ejercía el mando político de la República con energía y decisión.

Por pura cobardía, Murillo se ocultó en el hogar de un antiguo amigo suyo y Núñez hizo lo propio en la buhardilla de la casa del matrimonio Logan-De Haro, aprovechando la hospitalidad de don Dundas, quien lo aceptó complacido.

Esa fue una excelente oportunidad para dar rienda suelta a la pasión desenfrenada de los amantes, sin que nada sospechará el inglés, a quien ya empezaba a florecerle una protuberante cornamenta.

Y es que un caballero anglosajón, un gentleman, no desconfía jamás de sus amigos. Para él, la amistad, la hospitalidad y la gratitud son cosas sagradas. ¿Cómo podía desconfiar de un costeño tan fino como Rafael Núñez, amigo de cierta confianza de su hogar?

Núñez, sagaz, calculador y pragmático como era, no deparaba en esos aspectos que para él eran baladíes. Aprovechando que el inglés había salido de cacería a las selvas del Tequendama, Núñez y Gregoria prepararon su huida para organizarse en la clandestinidad.

Días antes de la traición definitiva, Núñez le había pedido en préstamo a Logan unas cuantas onzas de oro para, según él, poder sufragar sus gastos personales. Ya aprovisionado y con otras reservas en dinero, Rafael y Gregoria tomaron las de Villadiego.

Cuando retornó Logan de su expedición encontró su casa completamente desocupada: ni joyas, ni muebles, ni ropas, ni dinero... y su mujer, "su casta compañera", se había fugado con su fino "amigo" y protegido.

Luego del escándalo de faldas y amainado el temporal en la pacata Bogotá de la época, doña Gregoria con mucho tacto diplomático trataba de realizar contactos con el presidente Mosquera, antiguo amigo suyo con el fin de obtener alguna consideración para su amante. Y a fuer que lo consiguió. No sólo Mosquera lo citó a Núñez a una entrevista con él para intercambiar opiniones sobre el momento político, sino que además, le tomó estimación y lo terminó designando Secretario del Tesoro, cargo definitivo en ese momento porque debía ejecutar la política de desamortización de bienes de manos muertas, que no era otra cosa que el despojo de todos los bienes y propiedades de la Iglesia Católica.

Con su característico oportunismo Núñez aceptó muy complacido, pero políticamente le granjeó la malquerencia y antipatía de los jefes radicales, principalmente de Murillo Toro, pues no comprendían ni podían aceptar, que el antiguo y férreo opositor de Mosquera, terminara convirtiéndose en piedra angular de su gobierno.

Era obvio que la nueva posición política de Núñez y el decreto que, como titular de la Secretaría del Tesoro, expidió para despojar de su patrimonio a las comunidades religiosas del catolicismo le acarrearón los más grandes odios y una tempestad de insultos. No solamente pagaba un alto costo político, sino de alguna manera, también, su felonía con sus antiguos copartidarios y compañeros de lucha. Por esos días era muy usual escuchar el siguiente estribillo que sus enemigos compusieron para combatirlo:

No es Gregoria de Haro
lo que cuesta tan caro
al tesoro nacional;
es el aro de Gregoria
ciudadano General...

Entre asuntos políticos, escándalos y espasmos pasionales transcurre la vida de Núñez, quien se prepara para concurrir a la Convención de Rionegro que adopta la controvertida Constitución de 1863 y que será la piedra de toque, o de escándalo, para la Regeneración. Mientras tanto

Gregoria busca salirse del ambiente timorato de Bogotá y prepara maletas para Nueva York. Meses después, Núñez viaja a reencontrarse con su ardiente amor y de allí parten juntos hacia Europa, pues ha sido nombrado cónsul de Colombia en Liverpool.

Durante su estadía en Europa, tanto a Núñez como a doña Gregoria se les abre nuevos horizontes. A él desde el punto de vista académico y a ella en el ámbito social, pero es en París, precisamente, donde empieza a decaer la pasión y se da por terminada esta ardiente relación. Doña Gregoria se casará nuevamente y Núñez volverá a Colombia para ser elegido Presidente de la República y protagonizar una etapa definitiva en el devenir político de esta nación.

En el caluroso puerto de Sabanilla bota ancla el vapor de nombre Lafayette. A bordo viene un hombre maduro de barba poblada y entrecana, de mirada imprecisa y trajeado con fino corte inglés. Es un Rafael Núñez que bordea ya los cincuenta años y que viene a su país a poner en práctica sus conocimientos de política y economía adquiridos en Europa, después de dos lustros de vivir en el viejo continente como un verdadero sibarita.

Lo primero que hace al desembarcar es dirigirse a Cartagena a visitar a su madre y, en segundo término, a saludar a un viejo amor de adolescencia, Soledad Román, a quien comienza a cortejar.

Entre tanto, aún quedaban ciertas consecuencias de su matrimonio católico con Dolores Gallegos que, por solicitud de ella, había logrado que un juez de Chiriquí en Panamá declarara disuelta la sociedad conyugal, lo que en plata blanca significaba que estaban separados de cuerpos pero subsistía el vínculo sacramental.

Aprovechando esta nueva circunstancia, Núñez lanzó el anzuelo y doña Sola, como la llamaban, lo mordió, casándose por lo civil en la ciudad de París el 31 de diciembre de 1877.

Soledad Román, era una mujer laboriosa, católica de camándula diaria, ultra conservadora, dominante y ambiciosa. Su relación amorosa con Núñez era moderada, pues el tempestuoso Casanova de juventud se había transformado en un amante sosegado, ya que según sus propias palabras "la hora de la calma ha sonado para mí".

El matrimonio civil Román-Núñez se celebró por poder, ante un viaje que realizó doña Soledad a París para un examen médico de corazón, mientras que Rafael esperaba noticias suyas en Nueva York. Núñez se hizo representar para la ceremonia por Eduardo Román, hermano de su prometida. A los pocos días se encontraron en su natal Cartagena donde consumaron el matrimonio y se establecieron en la ya histórica residencia de El Cabrero, de propiedad de la recién casada.

BIGAMIA Y POLÍTICA

Su matrimonio civil le trajo muchas complicaciones en su carrera política. Tanto liberales como conservadores, pero primordialmente, que paradoja, los primeros más que los segundos, se escandalizaban por su condición de bigamo, por cuanto que Núñez si bien había liquidado su sociedad conyugal con doña Dolores Gallegos, continuaba atado a ella desde el punto de vista del dogma religioso.

Aunque ya había desempeñado la gobernación de Bolívar así como la Secretaría y el Ministerio de Hacienda en el gobierno del general Julián Trujillo, Núñez tuvo un fuerte tropezón político por su estado civil.

Luego de terminar su gestión como ministro de Trujillo, Núñez le solicitó que lo designara embajador de Colombia en Washington, cargo para el cual debía obtener el visto bueno del Senado de la República. Trujillo expidió el decreto designándolo, pero la Cámara Alta por 14 votos contra 12, improbo el nombramiento argumentando que "su vida privada no era un modelo de dignidad". Lo paradójico es que quienes lo afirmaban habían aprobado el matrimonio civil en Colombia.

El general Trujillo no tardó en reaccionar y sentenció: "Si no lo quieren de ministro en Washington, pues lo tendrán de Presidente". Y así fue, después de una derrota presidencial propinada por Aquileo Parra en 1876 y sobrepuesto por la amargura que ella le produjo, Núñez es elegido por primera vez a la Presidencia para el periodo 1880-1882, en representación del liberalismo.

En medio de la satisfacción personal por el triunfo, Núñez no las tenía todas consigo. Por un lado comenzaba a enfrentar la oposición de un sector radical del liberalismo que recelaba por sus actuaciones políticas incoherentes en el pasado y, de otra parte, le producía una gran aflicción su circunstancia marital debido a que sus enemigos lo tildaban de bígamo, lo que le impidió llevar a Bogotá a doña Soledad Román para que lo acompañara en los actos de su posesión presidencial.

En la taimada y mediterránea capital colombiana se hablaba de que no podían tolerarle a Núñez sus "perniciosas costumbres costeñas" que reñían abiertamente con la "sana moral de la altiplanicie".

Esta difícil circunstancia lo obligó a tratar descarnadamente con doña Soledad el asunto y ella debió aceptar el hecho de vivir "escondida" y ser motivo de murmuraciones en el ámbito político colombiano, mientras su marido ejercía el primer cargo público de la Nación.

CONCORDATO Y CHANTAJE

La Iglesia Católica, aparato político ultramontano de gran influencia cultural en Colombia, no tuvo más remedio que aceptar la condición de "bígamo" del nuevo Presidente de la República. Y no tuvo más remedio, porque con sentido pragmático y oportunista la jerarquía eclesiástica buscaba a todo trance reconquistar su espacio y su influencia que había perdido en tiempos del gobierno de Mosquera, cuando su secretario de Hacienda de entonces, precisamente el ahora primer mandatario, expidió el decreto de desamortización de bienes de manos muertas.

La cleresía influyente quiso hacer caso omiso, por razones obvias, los pecadillos cometidos en el pasado por Núñez y su deseo era el de iniciar una nueva etapa en las relaciones con el poder civil porque debajo de la manga escondía una decisiva carta: la suscripción de un Concordato entre Colombia y la Santa Sede.

Por esta razón los curas se hacían los de la vista gorda ante el matrimonio civil de Núñez y su condición de "bígamo", pues su interés en ese momento era el de intrigar con mucha diplomacia para presionar al Presidente a que aceptara entenderse con la Iglesia y devolverle todos sus excesivos poderes terrenales en este desheredado país.

A los clérigos y mojigatos atemperaba en algo el hecho de que Núñez no hubiese llevado a su compañera, doña Soledad Román al palacio de gobierno, y de esa manera evitaban entrar en tratos sociales con ella, que *sotto voce* no la bajaban de "concubina".

Si la Iglesia Católica buscaba recuperar sus bienes y lograr una indemnización del Estado colombiano por todos los perjuicios que le había ocasionado el famoso decreto de desamortización de manos muertas, Núñez, ateo e iconoclasta, al llegar al gobierno perseguía legitimar su matrimonio con doña Soledad. Ambas partes, pues, tenían sus dobles intereses.

Sin embargo Núñez comenzó negociando mal al designar a dos indiscretos intermediarios: el embajador de Colombia ante el gobierno de Italia, Joaquín Quijano Wallis, primero; y el general Sergio Camargo, después.

La fachada de la tarea era la de discutir acuerdos para eliminar las medidas que los gobiernos liberales habían dictado contra la Iglesia, pero Núñez buscaba por todos los medios chantajear a la Santa Sede para legalizar su situación marital por lo que Quijano Wallis, quien había emprendido una febril gestión diplomática tropezó de entrada con las aspiraciones del propio Presidente de la República. Éste en carta que le envía a Roma le da a entender que no está

dispuesto a aprobar ningún arreglo mientras que la Santa Sede no legitimara su segundo matrimonio, no importando que su primera esposa, Dolores Gallegos, estuviese viva.

Quijano Wallis respondió inmediata y airadamente a Núñez expresándole que el deseo de anular su matrimonio con doña Dolores Gallegos era imposible y que una petición de esa clase, "a más de ser indecorosa para un diplomático colombiano", era una condición que jamás aceptaría la Santa Sede para concretar un arreglo con Colombia.

El presidente Núñez contrarreplicó y en su nueva misiva expresó: "tengo ciertamente los más vivos deseos de dar garantías plenas al catolicismo colombiano; pero si no hay concesiones recíprocas, dudo mucho que se logre ningún cambio sustancial".

Fracasado este primer intento de negociación, Núñez nombró en reemplazo de Quijano Wallis al general Sergio Camargo para que reanudara las conversaciones. Camargo viaja a Roma, permanece doce días y logra concretar un acuerdo secreto con el cardenal Nina. Feliz, el general regresa a Colombia con la buena nueva pero se encontró con que a Núñez no le había satisfecho el arreglo suscrito con la Santa Sede.

Camargo, obviamente, montó en cólera y sacó a relucir la verdadera situación del asunto que no era más que la ambición del Presidente de la República de "recabar alguna concesión de carácter puramente personal y doméstica".

Núñez pese a estos obstáculos no se desanima, aprovecha la visita de monseñor Agnozzi en representación del Vaticano a Bogotá y busca a dos ultra godos para que le sirvan de intermediarios con el purpurado. Su propuesta es que el Papa expida "una bula extraordinaria" a fin de legitimar su unión matrimonial con doña Soledad Román. Inútil, la Santa Sede no cede y de esta manera se aplaza hasta el año de 1887, cuando Núñez ocupará por tercera vez la Presidencia de Colombia la firma del concordato.

Todo lo anterior demuestra que Núñez sabía manejar con destreza los asuntos públicos para provecho privado, pues los conflictos de intereses los disfrazaba como enfrentamiento de principios.

CONSPIRACIÓN Y MUERTE

Desde que Núñez concibió la idea de tener poder político su presupuesto no era el de ejercerlo directamente desde el ejecutivo o desde el legislativo sino tener la capacidad de mover los hilos tras bambalinas. Y así lo hizo desde que fue elegido Presidente de Colombia por primera vez en 1880. Su propósito era el de que sus sucesores en el gobierno fueren sus mandaderos y que su gestión se circunscribiera a sus protervos fines políticos.

Por eso es que le hizo la vida imposible a su sucesor Francisco Javier Zaldúa, quien asumió la Presidencia de Colombia en el año de 1882. No solamente montó toda una conspiración política contra él sino que con ciega contumacia contribuyó a su muerte.

En forma hipócrita Núñez empezó por adular a Zaldúa cuando éste fue proclamado como candidato presidencial para sucederlo, tratando con ello de ganarlo para su causa. Y no solamente eso, se comprometió con él una vez elegido Presidente, a hacer nombrar en el Congreso como primer designado a Miguel Samper, hombre de confianza del nuevo mandatario, aprovechando su gran influencia en el Legislativo ya que las mayorías parlamentarias eran nuñistas.

Zaldúa que era un anciano achacoso de 71 años, creyó en un primer momento en las buenas intenciones de Núñez. Empero, cuando inició su administración con aires de independencia, Núñez se sintió molesto e indignado, porque consideraba que el longevo gobernante se apartaba de sus dictámenes.

En forma mezquina y montando toda una tramoya se hizo elegir por sus válidos en el Congreso como primer designado y ni siquiera el nombre de Miguel Samper se puso en consideración

para el cargo, como se había comprometido con el propio Zaldúa, e inició una implacable e inhumana oposición contra el nuevo gobierno.

La consigna del nuñismo en el Congreso era la de hacer imposible la vida a Zaldúa, para que resignara su cargo en el menor tiempo posible. Las cámaras legislativas no le aprobaban los proyectos, dilataban los nombramientos que requerían el visto bueno del Congreso e, incluso, le llegaron a negar, en lo que se considera una verdadera bellaquería, una licencia que el Presidente solicitó para irse a una población veraniega cerca de Bogotá en busca de reposo para reponerse de sus achaques.

La cuestión política quedó reducida, como escribió un analista de la época, "a asesinar a punzadas al anciano Presidente".

Núñez consiguió desesperar política y anímicamente a Zaldúa, hasta el punto que no pudiendo soportar sus dolencias físicas y las contrariedades que le ocasionaban el ejercicio del gobierno, el septuagenario gobernante falleció el 21 de diciembre de 1882, cuando apenas llevaba ocho meses en la Presidencia de la República.

Como primer designado Núñez debía asumir las riendas del poder, pero ladinamente prefirió cederle la primera magistratura a un válido suyo, José Eusebio Otálora. Ladinamente porque Otálora fue puesto en la Presidencia para que trabajara por la reelección de Núñez en 1884.

En el gobierno de Otálora no se movía una hoja sin la voluntad de Núñez, quien además "ordenó" al Congreso colaborarle en todo y en forma expedita al nuevo mandatario en su gestión gubernamental. Mientras tanto y con cierta prudencia se había retirado a observar los toros desde la barrera a su residencia de El Cabrero en Cartagena, pero ejerciendo un eficaz control político del país para preparar su retorno al poder.

En efecto, para el bienio 1884-86 Rafael Núñez, esta vez apoyado por los conservadores y los liberales independientes sale elegido nuevamente Presidente de la República al derrotar al general Solís Wilches, candidato de los radicales.

LA CONCUBINA COGOBIERNA

Este segundo periodo presidencial de Núñez será definitivo para el devenir histórico de Colombia, pues se da comienzo a la etapa política llamada de la Regeneración, consistente en darle un vuelco tajante a la estructura del Estado a través de una nueva Constitución. Periodo que, infortunadamente, degeneró en un régimen dictatorial, troglodita y obcecado.

El Núñez que llega nuevamente a presidir el gobierno es más ducho en los artificios del poder y en el tejemaneje de la política. Por eso, esta vez, no va a sacrificar a su esposa Soledad ni se va a someter a largas temporadas de abstinencia carnal, aunque ciertamente su edad ya no le permitía las voluptuosidades de antaño, su libidinosidad aún seguía latente.

Dispuesto a reformar la Constitución para darle a Colombia un nuevo ordenamiento territorial y un cariz político ostensiblemente diferente al de la Carta Política de los liberales radicales de 1863, llega a Bogotá el nuevo Presidente acompañado de su señora Soledad Román. Esta actitud desafiante es piedra de escándalo en la maliciosa capital colombiana, pero sobre todo, en los medios políticos adversos a Núñez.

Los dimes y diretes sobre su relación marital ya le tenían sin cuidado al "regenerador", como se le conocerá en adelante en los textos de historia de Colombia. Y doña Soledad entra en la capital colombiana mandando, imponiendo e influyendo en la mayoría de los actos de gobierno.

Mientras los conservadores pese a su condición de tales van a saludar a la pareja presidencial a Palacio en compañía de sus esposas, los liberales se abstienen de llevar a las de ellos para cuidar "la reputación y las buenas costumbres". Ese es el mundillo social hipócrita que se vive en la Bogotá de finales del siglo XIX.

Con la experiencia de político toreado en varias plazas, Núñez se da a la tarea de buscar consensos por todos los medios para concretar su propuesta constitucional de "regeneración o catástrofe". Los liberales radicales se oponen férreamente a cualquier aproximación o entendimiento con Núñez, quien, hay que reconocerlo, trata de forzar un acuerdo que jamás consigue.

Por el contrario, los radicales argumentando el pasado político de Núñez en el que la traición, la felonía y la manipulación son sus antecedentes protuberantes, le declaran la guerra desde las ariscas montañas del departamento de Santander, la cual en poco tiempo se extiende a todo el territorio nacional. El Presidente no tiene más alternativa que luchar o perecer.

Arma un ejército cuyos generales en su mayoría son godos reaccionarios pero leales a Núñez. En medio de la contienda el mandatario cae enfermo y es en ese momento cuando su esposa, doña Soledad, toma las riendas del poder.

A través de un cortesano como Felipe Angulo, doña Soledad adoptaba decisiones políticas, daba instrucciones y conseguía dinero para adquisición de armas y pertrechos con destino al ejército del gobierno. En fin, ningún despacho iba a manos de los ministros antes de pasar por las de ella.

La guerra, como es obvio, tuvo muchos altibajos, pero luego de diversas batallas con victorias y derrotas para ambas partes, llega el desastre para los radicales que en el enfrentamiento bélico en el sitio La Humareda, el 17 de junio de 1885, salen derrotados.

Al conocerse la noticia en Bogotá del triunfo de las tropas del gobierno en la batalla de La Humareda, las gentes salen a la calle a avivar al Presidente. Al llegar la manifestación a Palacio, Núñez sale a uno de los balcones y lanza su famosa frase: "La Constitución de 1863 ha dejado de existir".

No solamente la Carta radical del 63 dejaba de existir, sino que también quedaban atrás los improperios que por tanto tiempo le habían lanzado al mandatario, los cuales no lo bajaban de "bígamo" y de "traidor".

Núñez, consolidado políticamente es objeto de un homenaje con motivo de su cumpleaños, al cual asiste lo más granado de la sociedad bogotana, encabezado nada menos que por el arzobispo, José Telésforo Paúl, a quien le interesa sobremanera mantener excelentes relaciones con el primer mandatario, pues aún la Santa Sede no ha firmado el concordato con Colombia.

En la noche del banquete de "la paz" como fue denominado, o del oportunismo como dirían los enemigos de Núñez, a la hora de pasar a la mesa, desfila Soledad Román, la "concubina" del Presidente, como era el decir popular en esos días, tomada del brazo de nadie menos que de monseñor Paúl, el mismísimo arzobispo de Bogotá.

El episodio generó una serie de comentarios y de chismes. Los liberales y los masones ¡quien lo creyera!, protestaron por la "claudicación de la Iglesia y los principios católicos".

Consumados los hechos, Núñez convoca un consejo nacional cuyos delegatarios son designados a dedo para que se encarguen de redactar una nueva Constitución. Redactar es un decir, puesto que el proyecto de la nueva Carta Política ya estaba preconcebida por el Presidente y su redacción se la encargó a un godo antediluviano como Miguel Antonio Caro, personaje nefasto para la tragicómica historia de Colombia.

LOS ILOTAS ENTRAN EN ESCENA

Lo paradójico de la vida política de Rafael Núñez es que sus aliados políticos en sus últimos años son los godos jurásicos y camanduleros como Miguel Antonio Caro y los hermanos Carlos y Jorge Holguín, quienes eran incompatibles ideológicamente con el presidente cartagenero.

Sin embargo, tanto Caro como los Holguín fueron abyectos a Núñez y le sirvieron como mandaderos para complacerlo en sus propósitos políticos.

Estos godos que no tenían más estatura intelectual que la de ilotas, supieron sacar provecho político y económico de su amistad con Núñez, pues no en vano los tres ocuparon la Presidencia de Colombia.

Los Holguín eran cuñados de Caro por lo que los grandes asuntos del país los trataban en familia, teniendo siempre como sombra tutelar a Núñez que en sus últimos años de existencia seguía intrigando desde su retiro de Cartagena.

Si bien la Constitución de 1886 introdujo cosas positivas para el proceso político de Colombia, fueron Caro y los Holguín, quienes terminaron por desfigurarla y la Regeneración no pasó de ser un periodo ignominioso en el que se conculcaron las garantías sociales y los más elementales derechos ciudadanos.

Cuando Caro asumió la Presidencia en reemplazo de Núñez, amaneció la Colombia en la que en surcos de dolores todos los despropósitos germinaron: el destierro, la censura de prensa, la represión y todas las iniquidades que condujeron a la Guerra de los Mil Días y con ella la desmembración de Panamá del territorio colombiano.

Desfigurada su obra, Núñez murió en medio de una profunda melancolía. Si bien en los últimos días de su vida pudo elevar a sacramento su matrimonio con Soledad Román debido a la muerte de su primera esposa, Dolores Gallegos, y suscribir por fin el concordato con la Santa Sede pese a su acendrado ateísmo, su postración en gran medida radicó en que su herencia política recayó en unos individuos de la peor catadura intelectual y moral como Caro y los hermanos Holguín que implantaron en Colombia un verdadero régimen de terror.

Pero, además, la Constitución de 1886 que para los historiadores es el monumento a la gloria de un pérfido como Núñez, rigió en Colombia sólo excepcionalmente, porque desde un comienzo, los artículos transitorios y más tarde los decretos de estado de sitio la mantuvieron congelada. Por eso es que el ex presidente Alfonso López Michelsen en su época de parlamentario se permitió equipararla con los pollos de los supermercados porque, como se sabe, permanecen muertos en el congelador y la vigencia de la Carta de Núñez y Caro por muchos lustros fue letra muerta.

La parábola de Núñez, entonces, no es más que el transcurso de una vida en que la concupiscencia, la intriga y la ambición fueron factores decisivos para alcanzar el poder y manipularlo para conveniencia propia y el de sus áulicos. Pero lo peor para su triste existencia y para el devenir político colombiano es que quienes le legaron su "obra" fueron de peor catadura que la suya.

LA GUERRA COMO INSTRUMENTO PARA DIRIMIR CONFLICTOS DE CELOS Y BALADRONADAS

La historia de América Latina, o la historieta mejor, porque no da para más, es para risas. Los anales sobre nuestra lucha emancipadora y las supuestas "gestas" republicanas están llenos de héroes de cartón y de actos de tramoya. Las disputas fronterizas, por ejemplo, son un claro reflejo de cursilería y falso patriotismo en cuanto a la concepción de la estrategia para dirimirlos en los campos de batalla. Si se repasan los hechos que dieron lugar a la llamada pomposamente "Guerra con el Perú" en 1932 y el desarrollo de los encuentros bélicos se verá que éstos nada tuvieron de épicos como en forma falsa lo relatan los historiadores colombianos, por el contrario, el arreglo que terminó con un protocolo internacional suscrito en Río de Janeiro, se logró gracias a la amistad que mantenían en ese entonces el presidente peruano Óscar Benavides y el jefe del partido liberal Alfonso López Pumarejo, quien viajó a Lima por su cuenta y riesgo para tratar de dirimir el conflicto.

En medio de agradables charlas con finos whiskys, salpicadas de recuerdos de la época en que Benavides y López hicieron buenas migas en Londres, cuando representaban a sus respectivos países en calidad de jefes de legaciones diplomáticas y disfrutando de excelentes viandas mojadas con buenos vinos, se dio inicio al arreglo que pondría fin al diferendo limítrofe con el Perú.

Y qué decir de los desencuentros que Colombia tuvo con Ecuador hasta bien entrado el siglo XIX debido, en gran medida, a los intentos expansionistas del fundador de la hermana República del sur, el pérfido e intrigante general venezolano Juan José Flores.

Esas disputas que de ninguna manera tienen carácter de guerras como las califica la historia oficial, no pasaron de ser batallitas, las cuales en su mayoría se suscitaron por líos de faldas, baladronadas, codicia y hasta piratería.

La primera invasión de los ecuatorianos a territorio colombiano y cuyo propósito reviste algo de seriedad y sobre todo sentido patriótico, ocurrió después del 10 de agosto de 1809, fecha en que Quito dio su grito de independencia e instala la primera Junta Suprema de Gobierno.

El propósito de los patriotas quiteños era el de conseguir el mayor número de poblaciones que se adhirieran a su ideal emancipador. En su empeño lograron la solidaridad y el respaldo de villas como Ibarra, Latacunga, Ambato y Riobamba. Otras como Guayaquil y Cuenca rechazaron la actitud de Quito y se mantuvieron fieles a la corona española.

En su afán de consolidar respaldos, la Junta Suprema dirigió su mirada a la gobernación de Popayán y a la provincia de Pasto pertenecientes al virreinato de la Nueva Granada, para lo cual dirigió mensajes al gobernador Miguel Tacón, quien cobardemente adoptó una actitud dubitativa, pues al principio le entusiasmó la idea, pero posteriormente la rechazó.

Los quiteños viéndose desairados por la actitud del gobernador de Popayán determinaron ganarse la provincia de Pasto para su causa.

Desde el punto de vista político y administrativo la provincia de Pasto pertenecía a la Nueva Granada y eclesiásticamente dependía de Popayán pero en forma nominal, por cuanto las pésimas vías de comunicación hacían imposible que el gobierno de Dios, pese a su ubicuidad, tuviera contacto directo con los moradores de esta villa, razón por la cual las decisiones en materia religiosa se le dejaban a la diócesis de Quito. Igualmente, en el aspecto jurídico los pleitos de los pastusos iban a última instancia al Tribunal Supremo de Justicia de la hoy capital ecuatoriana.

En octubre de 1809 los quiteños se dieron a la tarea de armar un ejército para tomarse a Pasto y someterla a la causa patriota, lograron reclutar una tropa de algo más de mil hombres no bien armados que salió bajo las órdenes de los señores Ascázubi y Zambrano.

Para contener a los quiteños y ante las noticias de una posible invasión, el gobernador Tacón desde Popayán decidió designar al pastuso Tomás de Santacruz como teniente de gobernador

para que preparara la resistencia y las peroratas públicas que debía pronunciar, ratificando la adhesión y lealtad de la comarca de Pasto al rey Fernando VII.

Los pastusos se armaron y salieron al encuentro con los patriotas quiteños, pero las dos fuerzas no chocaron porque Ascázubi y Zambrano cometieron el error de dividir sus tropas en dos grupos, mientras los realistas de Pasto atendían la vigilancia del río Guáitara en distintos puntos.

En la población de Funes, el 16 de octubre de 1809, los quiteños no pudieron resistir la embestida de los pastusos y debieron retroceder.

Este es el único intento bélico serio que protagonizaron los quiteños para hacerse a Pasto y demuestra además el gran espíritu revolucionario que caracterizaba el movimiento del 10 de agosto de 1809, razón más que justificada para que Quito reclame el título de *"Luz de América"*.

El resto de "invasiones" que se dieron después, no tuvo connotaciones patrióticas sino que obedecieron a mezquinos intereses y bajas pasiones políticas.

ACCIÓN COMO DE PIRATERÍA

Dos años después de la derrota de Funes, a los patriotas quiteños les llegó la noticia que daba cuenta de que en Pasto se encontraba guardado un tesoro de varias libras de oro y monedas de plata. Creyeron entonces que había llegado la hora de la venganza y el 4 de julio de 1811 la Junta Suprema de Quito declaró la guerra al cabildo pastuso.

La "declaratoria de guerra" dio pie para que el gobernador Tacón de Popayán, un personaje cobarde y ambicioso se desplazara hasta el sur y llegara hasta la línea del río Carchi para detener la avanzada patriota. Pero esa era simplemente una treta, pues Tacón quería apoderarse también del tesoro y más que la defensa de las instituciones realistas, lo que lo movía a actuar contra los quiteños era impedir que éstos se quedaran con el caudal.

La disputa, entonces, no era por la causa emancipadora sino por el saqueo de la bolsa de oro y plata. De Quito salió un ejército comandado por el militar Pedro Montúfar, quien logró doblegar las tropas de Tacón y seguir hacia Pasto.

Viéndose perdido el gobernador de Popayán apresuró su ingreso a Pasto para tomar el botín, cosa que logró en parte y una vez obtenido algo del tesoro se echó a perder por el camino hacia Barbacoas junto a 120 hombres entre oficiales y soldados, dejando completamente desguarnecidos a los pastusos.

Montúfar sin mayor resistencia entró a Pasto el 22 de septiembre de 1811 con un ejército de más de dos mil hombres, saqueó la ciudad, obligó a que le entregaran el tesoro que constaba de 418 libras de oro y monedas y sus soldados cometieron toda clase de fechorías. Por eso se afirmaba por parte de los pastusos que "los quiteños no dejaron ni los clavos", al tiempo que se interrogaban ¿si esa era la libertad y la independencia de que tanto se enorgullecían los patriotas?

LA TRAICIÓN DE OBANDO Y LÓPEZ

El año de 1830 no puede ser menos que funesto para el ideal de Colombia la Grande con que soñó el Libertador Simón Bolívar. A más de la felonía de muchos de los que se decían sus amigos, su proyecto de ver unidos en un gran país los pueblos de Caracas, Bogotá y Quito se hizo pedazos por las ambiciones personales, las mezquindades y falta de mira de chafarotes ascendidos a estadistas como Páez, Santander y Flores.

Disuelta la Gran Colombia, el general venezolano Juan José Flores, fundador de la República del Ecuador fomentaba en Pasto un movimiento anexionista cuyo fin era que el territorio de este nuevo Estado llegara hasta Popayán, inclusive.

El propósito expansionista de Flores coincidía con la rebelión que en Popayán protagonizaron los generales José María Obando y José Hilario López contra la dictadura del Libertador, pidiendo la vigencia de la Constitución de Cúcuta.

Flores aprovechó esa circunstancia y entró en conversaciones con López y Obando, a quienes no vaciló en extenderles sendas credenciales como diputados al Congreso de Quito y darles el título de Generales ecuatorianos.

El 11 de noviembre de 1830 se reunió en Buga una asamblea inspirada por Obando para decidir la anexión del Cauca al Ecuador. La idea tuvo acogida y fue aprobada por mayoría de votos y adicionalmente se candidatizó al caucano José Rafael Arboleda como futuro Presidente del Ecuador.

Posteriormente, en Popayán, los amigos de Obando encabezados por Francisco José Quijano realizaron una reunión popular en la que aprobaron un acta en la que entre otros puntos se establecía: *"El Circuito de Popayán se agrega libre y espontáneamente al Estado del Ecuador, bajo un sistema constitucional y leyes que lo rigen, sometiéndose al Jefe del Estado... Las autoridades que actualmente nos gobiernan continuarán en el ejercicio de sus funciones hasta que el Supremo Gobierno del Ecuador resuelva otra cosa conforme a la Constitución y a las leyes del Estado"*.

En Bogotá estaba al frente de la Presidencia de la Nueva Granada el general venezolano Rafael Urdaneta, quien había enviado tropas hacia el sur para someter a López y Obando, sin embargo éstos tomaron la decisión de seguir hacia el norte primero hacia Cali y luego hasta Bogotá para tratar de maniobrar políticamente a su favor.

Al renunciar Urdaneta y asumir el poder el vicepresidente Domingo Caicedo, López y Obando determinaron abandonar su rebelión y entrar en conversaciones con el nuevo Presidente.

López se presentó ante Caicedo con el título de General ecuatoriano, pero el Presidente lo convenció que se despojara de tan sonoro título a cambio del de "Comandante de las Fuerzas del Gobierno Granadino, con lo cual la ambición y la vanidad del militar caucano quedaban satisfechas en exceso.

Al pasarse de bando, López preside en Bogotá una vistosísima parada militar entre San Victorino y la Plaza Mayor, en medio de tambores y repiques de campanas. Mientras tanto en Quito, Flores se había enterado de semejante felonía. Lanzando toda clase de epítetos, el presidente ecuatoriano maldecía a López y a Obando, más aún cuando se había quedado en Pasto varios días guardándoles las espaldas para que ellos pudieran seguir hacia el norte.

Obviamente que las cosas no se iban a quedar así, Flores lanzó una proclama belicista en la cual anunciaba al pueblo del Ecuador que daría una dura batalla para defender su territorio que iba hasta Popayán, tal y como lo había dispuesto la dirigencia caucana.

Pero ahora, dadas las nuevas circunstancias políticas, José Hilario López y José María Obando con la misma facilidad con que hicieron la anexión debían proceder a deshacerla para reparar el daño causado a la Nueva Granada.

A mediados de septiembre de 1832 comenzaron las primeras escaramuzas en el Juanambú entre el ejército ecuatoriano bajo el mando del general Farfán y el de la Nueva Granada comandado por Obando.

En medio de disparos al aire y en el momento de buscar posiciones favorables para un posible combate fueron tomados presos 16 soldados granadinos a quienes se les condujo hasta Pasto. En sus declaraciones los soldados "cañaron" al decir que Obando había logrado pasar el Juanambú con cinco mil hombres y estaba prácticamente que en las goteras de esta ciudad.

La mentira caló hondamente en las tropas ecuatorianas y Farfán dispuso abandonar Pasto con destino a Túquerres. Entre tanto Obando conjeturó que un avance hacia el sur sería de mucho

riesgo debido a que las fuerzas de Flores podrían tener posiciones muy bien destacadas, por lo que determinó retirarse a Popayán. Cuando estaba preparando la retirada le anunciaron que por el camino de Buesaco descendían unos jinetes a todo galope agitando pañuelos blancos.

Tres caballeros pastusos que venían gritando "Viva la Nueva Granada" le dieron la feliz noticia a Obando según la cual Flores se encontraba en Quito y el general Farfán con sus tropas había abandonado Pasto. De esta manera y sin dar ninguna batalla Obando entró "triumfante" a esta población el 22 de septiembre de 1832 y pocos días después en Túquerres con el propio Flores discutieron los términos de un tratado limítrofe.

El 8 de diciembre de 1832 se suscribió en Pasto el Tratado de Paz, Amistad y Alianza, en virtud del cual la Nueva Granada y Ecuador se reconocían como Estados independientes y soberanos y se establecían los límites entre ambos países, quedando las provincias de Pasto y Buenaventura dentro de lo que hoy es Colombia.

CONFLICTO POR LÍO DE FALDAS

El general caucano Tomás Cipriano de Mosquera, el más connotado gobernante que ha tenido Colombia durante todo el siglo XIX, después del Libertador, había derrocado en 1862 al medroso Mariano Ospina Rodríguez y buscaba consolidarse en el poder. Sin embargo un traficante de esclavos y troglodita llamado Julio Arboleda, igualmente caucano que pese haber sido pésimo poeta y mediocre soldado, en los textos de historia de Colombia se le denomina como el poeta-soldado y a quien también se le endilgaba el deshonroso título de "vendedor de carne humana", oponía una resistencia feroz a Mosquera.

Por esa razón tanto Mosquera que dirigía los Estados Unidos de Colombia como Arboleda que decía representar supuestamente la Confederación Granadina, acreditaron cada cual un representante diplomático ante el gobierno ecuatoriano que presidía el místico pero no por eso menos sátiro Gabriel García Moreno.

El delegado de Arboleda era un apuesto mozalbete payanés llamado Arcesio Escobar que se le atravesó al presidente García Moreno en su plan de conquista de una atractiva casquivana, lo cual terminó ocasionando la batalla de las gradas de Tulcán.

García Moreno era asiduo asistente de la tertulia que semanalmente realizaba la linda y veleidosa Virginia Klinger, esposa del aristócrata quiteño Carlos Aguirre y Montúfar, un cornudo paciente, amable y hospitalario con los amantes de su cónyuge.

La Klinger era de una belleza sin par, inteligente, de clase y ardiente en la piltra, según se rumoraba en el Quito de la época. El presidente García Moreno se enamoró perdidamente de ella pero comenzó a cortejarla de manera prosaica, asumiendo actitudes ramplonas.

Virginia, pese a la importante investidura del pretendiente, lo desechó como a cualquier pelafustán, lo que ocasionó en García Moreno un profundo disgusto con características trágicas. En efecto, una noche la encontró sola y el primer mandatario ofuscado y lleno de ira por los continuos desplantes de que era objeto por la Klinger, la tomó en forma brusca y le hundió un estilete en uno de sus protuberantes pectorales que tanto había apetecido en sus sueños húmedos.

Tras percatarse de la barbaridad que había cometido, el presidente García Moreno hizo llamar de inmediato a un médico de su entera confianza para que curara la provocativa protuberancia de la fina barragana.

Por fortuna, la herida no fue muy grave, pues la daga no había penetrado profundamente, pero de todas maneras dejó una malaventurada cicatriz que estropeó para siempre el excelente panorama que ofrecía la linda pechuga de Virginia.

Días después del incidente, la bella quiteña quedó flechada por el payanés Arcesio Escobar, quien la rodeaba de voluptuosidad y le dedicaba sonetos de Lord Byron. En contraste, García

Moreno le enviaba estampitas pías y jaculatorias en verso que él mismo componía, lo que generaba la burla de los nuevos amantes.

Enterado el Presidente de que el representante colombiano ante su gobierno mantenía ardientes relaciones con la Klinger y conocedor así mismo de las burlas de que era objeto por sus composiciones místicas, no dudó en mandarlo arrestar, empero, Virginia se dio sus modos y sacó a Arcesio disfrazado de mujer a una legación extranjera.

Perdido de celos, García Moreno aprovechó la circunstancia de que 150 hombres al mando de un capitán de nombre Matías Rosero pasaron el río Carchi y llegaron a Tulcán con el firme propósito de apoderarse de los liberales colombianos mosqueristas que habían buscado refugio en esa población ecuatoriana con el fin de defenderse de esa soldadesca que obedecía las órdenes del traficante de carne humana, Julio Arboleda, para denunciar una "infame agresión" por parte de Colombia.

Bajo esta disculpa, don Gabriel movilizó sus tropas hacia la frontera norte y el 31 de julio de 1862 el ejército de Arboleda le salió al encuentro en horas de la mañana en la población de Tulcán y lo derrotó sin mayor esfuerzo.

Humillado tanto en el campo militar como en el del amor, García Moreno aceptó una capitulación honrosa consistente en situarle una buena cantidad de pertrechos y armas a Arboleda para que éste pudiera continuar la guerra contra Mosquera. Juró cumplir la promesa ante los santos evangelios, pero una vez que estuvo en Quito, don Gabriel se olvidó del compromiso. Días después caía asesinado Arboleda en Berruecos y se canceló el asunto.

LA DERROTA DEFINITIVA

Mosquera, entre tanto, había logrado consolidarse en el poder y deseaba reconstruir el sueño de Bolívar de buscar los mecanismos políticos que permitieran rehacer la Gran Colombia. En ese sentido y en forma por demás respetuosa envió una comunicación al presidente ecuatoriano Gabriel García Moreno, quien de plano se negó a considerar tal propuesta.

Don Gabriel juzgaba peligrosas las ideas liberales y progresistas de Mosquera dada su acendrada religiosidad y su visión teocrática del Estado. Además consideraba de suma gravedad para la seguridad ecuatoriana la amistad del Presidente colombiano con su archienemigo el general ecuatoriano José María Urbina.

Pese a esas prevenciones, García Moreno le aceptó a Mosquera una invitación a reunirse a orillas del río Carchi para tratar temas de interés bilateral.

Mosquera viajó hasta Ipiales a cumplirle la cita a su homólogo ecuatoriano pero éste deliberadamente lo dejó plantado en dos oportunidades. El canciller colombiano hizo el reclamo al plenipotenciario del mandatario ecuatoriano destacado en Tulcán, un jovencuelo de nombre Antonio Flores, nada más ni nada menos que hijo del general Juan José Flores, fundador y primer presidente de la República del Ecuador.

Este joven con todo el orgullo de su apellido y adoptando una actitud insolente respondió que "los magistrados ecuatorianos no son postillones que se hallan a merced de ningún gobierno advenedizo".

Esta grosería rebose la copa y Mosquera ofendido en su amor propio presentó el 18 de octubre de 1863 un informe en el que dio cuenta al país de los agravios recibidos y denunciaba las ambiciones expansionistas de los ecuatorianos desde tiempo atrás, concluyendo que "el gobierno de García Moreno ha establecido en el Ecuador, tierra clásica de la libertad, el más insospechable despotismo".

Cuando se disponía a viajar hacia Bogotá para convocar el Congreso de la República, dejando algunos destacamentos militares tanto en Túquerres como en Ipiales, Mosquera recibe la noticia de que el ejército ecuatoriano sin previa declaración de guerra había invadido suelo colombiano.

Inmediatamente se pone al frente de las operaciones militares para defenderse de la agresión, al tiempo que García Moreno designa como Comandante General de las Fuerzas de la República del Ecuador a su antiguo enemigo y traidor de la patria, Juan José Flores.

Flores es de esos "próceres" espurios que hacen avergonzar la historia. Hijo de negra esclava y padre desconocido, nació en la población venezolana de Puerto Cabello en un barrio donde habitaba la hez del pueblo en condiciones deplorables y gracias a las pillerías que aprendió y a las maldades que puso en práctica logró convertirse en peluquero de José Tomás Boves, lacayo del coronel español Calzada, celestino y sirviente del comandante patriota Rangel, quien lo impulsó en su carrera militar, para culminar de general de la independencia, fundador y presidente de una República.

Tras dejar la Presidencia y derrotado por sus opositores, Flores salió del Ecuador rumbo a Europa inmensamente rico, dejando al país inmensamente pobre. Al llegar a España propuso a la Corona la posibilidad de recuperar el territorio ecuatoriano para su Majestad.

La propuesta fue aceptada y de inmediato se resolvió organizar un ejército y una escudería que obviamente estarían bajo el mando supremo de Flores. La idea era que España recuperase en el Ecuador el poder perdido, erigiendo en Quito un trono para el príncipe don Juan, hijo del segundo matrimonio de la anciana y desasosegada reina María Cristina con don Agustín Muñoz, duque de Rianzares.

Flores sacó buen provecho económico de su "magnífica" propuesta, pues la Corona le suministraba jugosos recursos para que adquiriera barcos, fragatas y armas con destino a la gran expedición que convertiría a Ecuador en un reino bajo la suprema autoridad de su Majestad Juan I. Y el propio Flores sería designado como Ministro Universal y Vitalicio, además que se le otorgaría el título de duque de algo, Duque de Sangolquí o Pujilí. Sin embargo la ilusión duró muy poco, pues al llegar la escuadra invasora a Londres para abastecerse, el primer ministro inglés, Lord Palmerston embargó y decomisó los navíos y hasta allí llegó la expedición.

Ese, en pocos rasgos, era el hombre al que se enfrentaba ahora el general Tomás Cipriano de Mosquera, de quien se puede afirmar, en contraste, que era un militar corajudo y de noble estirpe, buen peleador, estratega brillante y gobernante probo y progresista.

Mosquera ducho en estratagemas buscó despistar a Flores para irlo llevando al campo de batalla que él había escogido. En efecto, consiguió dos indígenas en Túquerres para que llevaran sendos mensajes al general Payán, quien se hallaba con la vanguardia del ejército en Tulcán. El primer mensaje era un ardid para que el máximo comandante de las tropas ecuatorianas cayera en la trampa, por eso el indígena que lo llevara tenía que hacerse apresar con el objeto de que al requisarlo pudieran encontrarle la comunicación. En ella Mosquera daba instrucciones a Payán para que siguiera hacia Quito aprovechando el hecho de que la ciudad estaba desguarnecida militarmente como consecuencia de que Flores y su ejército se encontraban en la frontera.

En la segunda comunicación que era la verdadera y que llegó efectivamente a manos del general Payán, Mosquera le ordenaba que se hiciera presente el día 6 de diciembre de 1863 en horas de la mañana con sus tropas en el sitio Cuaspud para atacar al ejército ecuatoriano.

Cuaspud, nombre de una hacienda fronteriza con el Ecuador es un lugar pantanoso en medio de las colinas, que formaba espesos y fangales completamente ocultos por la vegetación agreste, producto natural de la humedad estancada como en un gran lago de lodo.

Mosquera había estudiado muy bien el terreno y se empeñó en llevar a Flores hasta la meseta de Cuaspud para batirlo, teniendo en cuenta que la mayor fortaleza del ejército ecuatoriano era su magnífica y numerosa caballería, superior a la colombiana.

Los sucesos se desarrollaron tal y como los había previsto Mosquera y, efectivamente, el 6 de diciembre se enfrentaron en dicho sitio los dos ejércitos.

Las tropas colombianas hallándose en el terreno más seco abrieron fuego contra los ecuatorianos, pero tenían la orden de que en medio del combate tocasen retirada a fin de que Flores creyendo en la derrota tratara de arrollar a Mosquera con las fuerzas de caballería.

Las órdenes de Mosquera se cumplieron con precisión matemática y tan pronto como los oficiales colombianos dieron la orden de retirada, Flores, por su parte, ordenó el ataque con la caballería y los soberbios equinos ecuatorianos se precipitaron dentro del fango de los pantanos. En ese preciso instante se presentó el general Payán con todos sus contingentes y en menos de una hora propinó la más contundente derrota al ejército de García Moreno comandado por el general Juan José Flores.

Mosquera fue magnánimo con los derrotados: no cobró su victoria ni humilló a los vencidos. Aceptó de inmediato la entrevista propuesta por Flores en la hacienda de Pizanquí el 30 de diciembre para celebrar un tratado de paz definitivo.

Al ingresar Mosquera a la sala de la casa, Flores se puso de pie y le dijo ceremoniosamente:

- Salud al gran general Mosquera y doy la bienvenida al excelentísimo señor Presidente de los Estados Unidos de Colombia.
- Y yo, -dijo Mosquera- presento mis respetuosos homenajes al ilustre veterano Comandante General de los Ejércitos del Ecuador.

Siguió el diálogo en un tono estrictamente diplomático y cuando Mosquera señaló que el Tratado de Paz que se iba a firmar podría llevar una sola cláusula, Flores interrogó:

- ¿Y cuál es la cláusula de que habla su excelencia?
- Que me des un abrazo, Juan José -dijo Mosquera.

Cuando ambos generales entraron en materia para redactar el tratado, Mosquera ya en la intimidad le dijo repentinamente a su contendor: "¿Te acuerdas Juan José, del obsequio que nos hizo el Libertador después de la campaña del Perú?". Y como Flores no acertara por el momento sobre el alcance de la pregunta, agregó Mosquera: "Debes recordar que a mí me obsequió con su espada y a ti con su cafetera. Ahí tienes explicado el por qué de tu derrota".

EL NEGRO LADO DE LA SANTIDAD

"Fue tan malo que mereció ser canonizado"

- José María Vargas Vila (al referirse a Gabriel García Moreno).

Así como es la vida es la muerte. Y no en vano Ezequiel Moreno Díaz, el clérigo español fanático, incendiario e intolerante, quien paradójicamente fue elevado a los altares por el papa Juan Pablo II en octubre de 1992 para celebrar ¡vaya sorpresa!, los cinco siglos del descubrimiento de América, en el que los ibéricos nos trajeron la Biblia, la espada y la sífilis, se despidió de este mundo tras soportar permanentes y agudos dolores producidos por una llaga cancerosa que anidó en su paladar y que paulatinamente se fue extendiendo hasta sus fosas nasales.

Es irónico que quien haya utilizado su lengua para azuzar y exaltar los ánimos de las turbas conservadoras y sus mercenarios en esa Colombia de comienzos del siglo XX en contra de todo lo que olera a liberalismo, democracia y libertad, y de lo único que se arrepentía era de "no haber gritado más" contra las posturas e ideas liberales, haya padecido de una dolorosa enfermedad que terminó por acallar su voz atrevida y procaz.

En definitiva su castigo fue apenas proporcional a la cantidad de desafueros que cometió. Porque Ezequiel Moreno, Santo, por los designios de la *Santa Madre Iglesia*, todo el bien que hizo en su paso por este mundo lo hizo mal, y todo el mal que hizo lo hizo bien. Y fue apenas proporcional, porque no hay castigo más humillante ni menos merecido para un hombre que lo traicionara su propio cuerpo.

BIOGRAFÍA DESABRIDA

La biografía de este clérigo venido de la España carlista es escueta y no tiene mayores virtudes para haber sido canonizado: nació en Alfaro, Logroño, el 9 de septiembre de 1848. Ingresó a los dieciséis años al noviciado de los Agustinos Recoletos en Monteagudo, Navarra, donde cursó estudios filosóficos y teológicos. En 1869 fue destinado a las misiones de su orden en Filipinas y ordenado sacerdote en Manila, el 3 de junio de 1871. Después de quince años de trabajo sacerdotal en ese país regresó a España como prior del convento Monteagudo. Desde allí emprendió viaje a Colombia a fines de 1888 para dirigir la restauración de la provincia agustina recoleta y, en particular, los conventos de La Candelaria en Bogotá y Ráquira, así como las misiones en Casanare, donde se desempeñó como primer vicario apostólico, con sede en Támara, y cuyo nombramiento hecho por el papa León XIII, se hizo a instancias y por recomendación especial de su amigo el presidente Miguel Antonio Caro en 1893, siendo consagrado en Bogotá el 11 de mayo del año siguiente, como obispo titular de Pinara. Promovido a la diócesis de Pasto, durante la guerra civil de 1895, sólo tomó posesión de su nueva sede en junio 10 de 1896. Tras verse envuelto en polémicas doctrinarias con los liberales y radicales de Colombia y Ecuador, termina su "misión apostólica" cuando en 1905 se manifiestan en su cuerpo los primeros síntomas de un cáncer palato-nasal. Regresó entonces a España a fines de ese año, y en Madrid fue sometido a dolorosas operaciones. Volvió a su celda de Monteagudo, donde había iniciado su vida religiosa, y allí murió el 19 de agosto de 1906. El 1 de febrero de 1975 el papa Pablo VI presidió la ceremonia de su beatificación y finalmente fue canonizado por el papa Juan Pablo II en Santo Domingo, República Dominicana, el 11 de octubre de 1992, durante la celebración del V Centenario del Descubrimiento de América.

GUERRA, RELIGIÓN Y POLÍTICA

Si bien la biografía de este malhadado clérigo es insulsa como queda demostrado, su importancia en los anales de la historia colombiana, radica en la posición beligerante, incendiaria, cerrera y contumaz que asumió para atacar a la dirigencia del Partido Liberal y las ideas revolucionarias de principios del siglo XX. En ese entonces, Colombia como consecuencia de la Regeneración, nombre que se le dio al movimiento ratardartario que impusieron Rafael Núñez y Miguel Antonio Caro mediante la Constitución de 1886, estaba en pleno conflicto civil (la Guerra de los Mil Días), en el que los conservadores mediante la dictadura desplegaron todo un régimen de opresión e ignominia. Contra ello se sublevaron los liberales que desde las

ariscas montañas del departamento de Santander declararon oficialmente la guerra para liberar al país de la autarquía y el despotismo.

Es en ese escenario en que asume como Obispo de Pasto, Ezequiel Moreno. Dos días después de su apoteósico recibimiento por parte de los pastusos, el 12 de junio de 1896, dirige a su grey una amenazante carta pastoral que había redactado en Bogotá y pulido durante su extenso viaje hacia su sede eclesiástica. En éste, su primer pronunciamiento, se fue lanza en ristre contra todos aquellos que consideraba enemigos de la Iglesia y que amenazaban con propagar filosofías contrarias a la fe católica.

"Tratarán sus propagadores -advertía el purpurado- de ocultar cuanto tienen de absurdas y de horribles esas doctrinas, con los pomposos nombres de libertad, igualdad, fraternidad, ilustración, progreso y otros parecidos; pero los hechos han puesto ya en claro que el nombre de libertad no significa otra cosa que corrupción de costumbres; que el de igualdad es la negación de toda autoridad; que con el de fraternidad se ha derramado a torrentes la sangre humana; que ilustración es no tener Dios, ni religión, ni conciencia, ni deber alguno, ni vergüenza siquiera; y que progreso es llegar a ser iguales al burro, sin pensar en otra cosa que en multiplicar los goces, poner toda la felicidad en disfrutar la materia, y desterrar toda idea de espiritualidad".

Obviamente que esta primera incursión epistolar que era una verdadera pieza de apología al oscurantismo, inquietó a la dirigencia liberal de la provincia de Pasto y sus alrededores, más aún proviniendo de un prelado muy cercano a los afectos del vicepresidente Miguel Antonio Caro, a la sazón Presidente de la República.

Pero los temores de que se alteraran los ánimos partidistas y surgieran episodios violentos, en vez de amainar, se acrecentaron con la gira "pastoral" de Moreno Díaz que realizó por las poblaciones costaneras de Barbacoas y Tumaco, caracterizadas por su influencia liberal. Allí el obispo continuó con sus imprecaciones y sus siniestras homilias.

Comenzó entonces en el villorrio que era entonces Pasto una serie de actos de segregación social. Las familias de procedencia conservadora discriminaban a las de filiación liberal. La tertulia entre amigos de distintos bandos partidistas que hasta entonces se realizaba civilizada y cotidianamente se vio cancelada. Las tiendas y los comerciantes cambiaron de clientes, pues ante las prédicas incendiarias del Obispo, los conservadores no les querían vender a los liberales y viceversa. Los más conservadores y respetuosos al temor a Dios mandaron a cambiar el color rojo de puertas y ventanas que enlucían y daban vida a muchas viviendas. El color rojo, prácticamente se proscribió de la sociedad pastense Y si no se pone de presente que Dios creo de color rojo los claveles y los geranios, éstos habrían desaparecido.

Pero la canalla y bellaquería de Ezequiel Moreno Díaz llegó a tal extremo que se valió del sacramento de la confesión para someter a los liberales a escarmiento público.

En circular dirigida a los clérigos de su Diócesis impartía precisas instrucciones en el sentido de que no se podía dar igual trato a los liberales con los demás pecadores: *"Hay que exigir más del liberal que de otros pecadores. Basta a los fieles ver que un ladrón se confiesa, para suponerlo arrepentido de sus robos, y con propósito de no cometerlos más; pero no les basta ver que se confiese el liberal para suponer que deja de serlo, porque ven que sucede todo lo contrario, y que se glorían de ser lo que eran. Esto no lo hace el ladrón, ni el deshonesto, ni el asesino, ni nadie, eso sólo lo hace el pecador liberal que se retira del confesionario jactándose de ser tan liberal como antes".*

Y por si lo anterior fuera poco, exigía a los penitentes liberales que hicieran constar por escrito que "condenaban al liberalismo, tal como lo condena la Iglesia". Y en caso de que el pecador fuera analfabeto, se le exigía una declaración verbal ante dos testigos.

Cuando estalló la Guerra de los Mil Días (1899-1902), paradójicamente, el más satisfecho con el conflicto civil que ensangrentó la mayor parte del territorio colombiano, fue fray Ezequiel. Calificó el enfrentamiento entre liberales y conservadores como "guerra de la religión" por considerar

que era una rebelión contra el catolicismo y no dudó en apoyar económicamente con dineros de la Diócesis de Pasto al ejército conservador.

Aprovechando la cuaresma lanzó otra incendiaria pastoral en la que señaló que los pueblos e individuos *"contagiados por la peste del liberalismo, son castigados por Dios con el más completo abandono en el orden religioso, moral y político. Por eso los pueblos cristianos, que saben de lo que se trata, se presentan a pedir las armas, y dispuestos a derramar su sangre en defensa de la religión"*.

Durante la época de la guerra, Moreno Díaz terminaba sus fanáticas y peligrosas circulares exhortando a pelear con energía las batallas del Señor: *"¡A pelear por nuestra religión, Dios lo quiere!"*.

Estas proclamas guerreristas animaban al clero que apoyaba decididamente a los conservadores, pues no hay que olvidar que esta guerra fue secundada por una Iglesia Católica, dogmática, terrateniente y retardataria.

En el ámbito político-administrativo de lo que es hoy es el departamento de Nariño, este clérigo con cierta desviación mental que da para un estudio patológico, intervino con toda desfachatez en todos sus asuntos: opinaba sobre el monopolio de los licores, se entrometía en las funciones municipales y en las obligaciones y ejercicio del primer gobernador de esa sección del país.

A LA PENÚLTIMA MODA

Su maquinaria episcopal y sus agresivas homilias que eran verdaderas arengas políticas no conocieron fronteras. Tuvo el atrevimiento de denostar e irse lanza en ristre contra el presidente de la República del Ecuador, Eloy Alfaro, quien logró triunfar en su empeño de imponer una revolución liberal al iniciarse el siglo XX.

Mientras en el vecindario se daban verdaderas luchas contra los regímenes cavernarios, teocráticos y retardatarios y se imponía el credo liberal como en Venezuela con Cipriano Castro y en Ecuador con Eloy Alfaro, Colombia seguía a "la penúltima moda", al decir del ex presidente antioqueño Carlos E. Restrepo, pues en este país lo que imperaba era el despotismo, se conculcaban los más elementales derechos ciudadanos y para completar el panorama la Iglesia Católica jugaba papel preponderante en la orientación educativa y en el proceso político e ideológico.

En efecto, una de las consecuencias funestas del Concordato celebrado entre Colombia y la Santa Sede en 1887 fue la tendencia de la Iglesia a alinearse en forma decidida con el Partido Conservador, cuyos dirigentes en su gran mayoría, se erigieron en defensores y casi dueños de la institución eclesial, al tiempo que los jefes católicos consideraban como legítimo derecho el dar el visto bueno o descalificar a los candidatos presidenciales e intervenir directamente en asuntos electorales. No en vano monseñor Bernardo Herrera Restrepo, arzobispo de Bogotá, eligió cinco Presidentes de Colombia a dedo: José Vicente Concha, Marco Fidel Suárez, Jorge Holguín, Pedro Nel Ospina y Miguel Abadía Méndez, lo cual es digno de reseñarse como récord en el libro Guinness.

Ese contubernio del conservatismo con la Iglesia Católica no sólo impidió a todo trance la irrupción de las ideas liberales en Colombia hasta el año de 1930 sino que veía como una seria amenaza para sus intereses los gobiernos revolucionarios tanto de Ecuador como de Venezuela.

Por eso es que el obispo Moreno Díaz censuraba toda aproximación al gobierno de Eloy Alfaro, por considerarlo masón y liberal radical. No solamente prohibió a su grey la lectura de los periódicos ecuatorianos que circulaban con alguna facilidad en la frontera de Rumichaca y en la población de Ipiales sino que en otra iracunda circular explicaba las razones por las que *"nos metemos en casa ajena"*. Decía: *"Nos metemos porque los de la casa ajena se meten en la nuestra a todas horas, con mucho descaro y con malísimas intenciones. Dejen en paz los de la"*

casa ajena a nuestros pueblos; no les manden, ni uno siquiera, de los muchos papeles llenos de doctrinas anticatólicas que les mandan; cesen en su trabajo por quitarles la fe..."

En una actitud desafiante a las autoridades eclesiásticas y civiles del Ecuador, el porpurado de Pasto decidió acoger en su diócesis al recalcitrante obispo alemán Pedro Shumacher, quien había sido expulsado por el gobierno de Eloy Alfaro por sus intervenciones indebidas en la política ecuatoriana.

Moreno Díaz no solamente lo atrajo para su grey sino que, además, le encomendó realizar una tarea "evangelizadora" en el occidente del departamento de Nariño consistente en exorcizar todo lo que estuviera contaminado por el liberalismo. Es así como Shumacher se estableció en 1895 en la localidad de Samaniego, donde organizó una especie de diócesis y empezó a ejercer un apostolado que se caracterizó más por lo humano que por lo divino.

El clérigo prusiano con anuencia de Moreno Díaz intervino abiertamente en política, apoyando las huestes conservadoras y fue un soporte de éstas durante la guerra de los Mil Días.

Ante esos excesos, el obispo de la ciudad ecuatoriana de Ibarra, Federico González Suárez se vio precisado a protestar formalmente por la intromisión indebida del prelado de Pasto en asuntos de su diócesis.

EL AUTÓCRATA Y EL RENCOROSO INTOLERANTE

Ezequiel Moreno Díaz, llegó a Colombia traído por ese movimiento político reaccionario que su impulsor Rafael Núñez bautizó como la Regeneración. Al llegar a Bogotá se convirtió en director espiritual y confesor de las damas de lo más rancio de la sociedad, porque las gentes de extracción popular le olían mal, así como entabló estrecha amistad nada menos que con el vicepresidente y posterior Presidente de la República Miguel Antonio Caro, quien luego de intrigar ante la Santa Sede para su nombramiento como obispo de Pinara, fue su padrino de consagración.

Caro y Moreno conformaron el tándem perfecto para horadar lo poco que quedaba de libertad civil en Colombia y sumir al país en el oscurantismo. Igual de fanáticos por su religión, se identificaban en sus posturas de discriminación social y en su visión teocrática y monárquica del poder.

Autócrata y perteneciente a una familia de cornudos, políticos y malos poetas, Miguel Antonio Caro Tovar, hijo de José Eusebio Caro Ibáñez fundador con Mariano Ospina Rodríguez en 1849 del Partido Conservador, jugó papel funesto y preponderante en el hundimiento institucional del país al amanecer del siglo XX.

Caro ve en Moreno Díaz el aliado ideal para mantener sus oscuros intereses políticos. Por eso es que cuando sale a despedirlo en su viaje hacia Pasto, le encomienda la misión de *"domeñar el peligro que se cierne sobre la estabilidad de la patria a causa de la malhadada circunstancia de tener en la vecindad un régimen liberal y ateo como el que Eloy Alfaro ha instaurado en la república ecuatoriana"*.

A lo cual el nuevo obispo de Pasto responde: *"estoy seguro de que yo sólo puedo impetrar del Altísimo las fuerzas necesarias para desterrar de esta querida América el engendro masónico que tantas vicisitudes le ha ocasionado a nuestra amada España"*.

La Intolerancia desplegada por Moreno desde su sede episcopal del sur, y el abuso y la manipulación ejercida desde el poder por Caro contribuyeron decididamente a la Guerra de los Mil Días y como consecuencia de ella, la pérdida por parte de Colombia del departamento de Panamá.

Si bien el ambiente político del momento para un fanático rencoroso como fray Ezequiel le era propicio, para su amigo Miguel Antonio Caro, las cosas se le fueron complicando. Mediante artimañas y el fraude descarado pudo imponer como su reemplazo en el poder ejecutivo a un

binomio de vejetes del conservatismo encabezado por Manuel Antonio Sanclemente como Presidente de la República y José Manuel Marroquín en la Vicepresidencia, pero la división de su partido político amenazaba con hacer agua la estabilidad institucional del país y causarle a él un gran dolor de cabeza.

Caro acostumbrado a manipular el poder y a utilizar a la alta jerarquía eclesiástica para sus protervos intereses, se creía predestinado no solamente para manejar las riendas de su colectividad política sino los destinos del país. Sus orígenes y su personalidad eran muy peculiares: nieto de doña Nicolasa Ibáñez, una casquivana que dio mucho de que hablar en los albores de la República por sus furtivas relaciones amorosas con el general Francisco de Paula Santander y por la frondosa cornamenta que le hizo florecer en la cabeza a su esposo Antonio José Caro, quien tuvo que soportarla hasta el final de su tormentosa existencia; hijo de Blasina Tovar y José Eusebio Caro, representante de la reacción y del fanatismo religioso por lo que se dio a la tarea de fundar con otro malhadado personaje, Mariano Ospina Rodríguez, un partido político oscurantista. De niño, Miguel Antonio, imbuido por las represiones que infunde el catolicismo, se refugió entre camándulas, libros místicos, algunos clásicos de la literatura y textos sobre gramática, sintaxis y filología.

Ya a los ocho años mantenía intercambio epistolar con su padre. Y en una postdata le informa a su progenitor: "Estamos muy tristes porque viaja el señor arzobispo". Una persona que a esa edad está triste porque se va el arzobispo, y no porque se le ha roto un juguete o se le ha muerto su mascota, está destinada definitivamente a tener un carácter huraño y una visión trascendental de la vida. En efecto, si bien su gran obra como político fue la de redactar la Constitución monárquica, centralista y despótica de 1886, este hombre con entrañas de piedra, se preciaba de no haber viajado jamás, de no haber conocido el mar por temor a que de su cuerpo exhalara sudor, pues consideraba que sudar era un acto de mal educación.

Este "hombre de Estado" como lo califican los textos de historia oficial de Colombia era el "padrino" y amigo del Obispo Ezequiel Moreno. Pero así como Moreno estaba en el cenit de su carrera "apostólica", predicando sus procaces homilias por el sur del país, a Miguel Antonio Caro se le estaba acabando su cuarto de hora.

CATOLICISMO O LIBERALISMO

En efecto, Caro previó que al elegir a Sanclemente como Presidente y a Marroquín como Vicepresidente iba a continuar manejando los hilos del poder. Pero su ardid falló, pues su colectividad estaba profundamente dividida en dos bandos: los nacionalistas sobre los que tenía gran influencia y los históricos que no sólo detestaban su jefatura política sino que contrario a su pensamiento, buscaban allanar un acuerdo político con los liberales para detener el sangriento conflicto civil.

Los históricos comenzaron a conspirar contra el gobierno y tras una serie de maniobras convencieron al vicepresidente Marroquín que depusiera mediante un golpe de Estado de opereta al octogenario presidente Manuel A. Sanclemente. El golpe se produjo el 31 de julio de 1900 y Marroquín inició uno de los gobiernos más funestos que recuerde la historia republicana de Colombia. Acentuó la represión política, conculcó libertades ciudadanas, continuó haciéndole frente a la Guerra de los Mil Días. Su abulia de gobernante no le permitió reaccionar para impedir el desmembramiento de Panamá del territorio colombiano, cosa que muy poco le importó, por cuanto que al finalizar su mandato expresó: "¿de qué se quejan, si recibe un país y entrego dos?"

Marroquín fue un hombre gris aunque ambicioso. Como escritor son célebres por el corte tragicómico su libro El Moro, dedicado a un caballo y su poema La perrilla que es un ditirambo a una perra sarnosa.

Sin embargo, Marroquín impulsó el tratado de paz con los liberales que se suscribió en el acorazado Wisconsin de bandera norteamericana, y el cual establecía las bases para poner fin a la Guerra de los Mil Días que desoló al país y lo sumió en la completa pobreza.

Este acto político disgustó sobremedida a Moreno Díaz, quien atizando una vez más la violencia partidista lo consideró un acuerdo a todas luces pecaminoso porque no admitía el hecho de haber llegado, según él, a un inicuo pacto con los liberales.

Un año antes de comenzar la guerra, en 1898, el dirigente del conservatismo histórico Carlos Martínez Silva escribió en el periódico *El Repertorio Colombiano*, una columna periodística que tituló "Puente sobre el abismo", en la cual invitaba a la convivencia entre los partidos y la superación de la utilización de la religión como frontera divisoria entre ellos. Esta posición fue respaldada por el sacerdote Baltasar Vélez, que en el mismo sentido escribió un folleto titulado "Los Insurgentes". Ahí fue Troya. Moreno Díaz puso el grito en el cielo, sacó su agresiva pluma y se dio a la redacción de su opúsculo más famoso: *O con Jesucristo o contra Jesucristo o Catolicismo o Liberalismo. No es posible la conciliación*, al cual responderá más tarde Rafael Uribe Uribe con su ensayo *De cómo el liberalismo político colombiano no es pecado*.

Moreno en su opúsculo rebate los argumentos tanto de Vélez como de Martínez Silva, insistiendo en la peligrosidad de la conciliación y la absoluta incompatibilidad entre las palabras liberal y católico. Se muestra desconfiado de la filosofía de los Derechos Humanos proclamados en la Revolución Francesa porque ve en ellos un ataque a los derechos absolutos de Dios y equipara la separación entre la Iglesia y el Estado como persecución de éste a la primera.

Tras la firma del acuerdo de paz que terminó con la Guerra de los Mil Días, Moreno volvió por sus fueros al declarar que *"la concordia practicada entre liberales y católicos ha sido una espantosa calamidad para la fe de los pueblos"*.

DEPARTAMENTO DE LA INMACULADA

Una de sus últimas gestiones en la diócesis de Pasto, antes de retornar a España, fue la de impulsar por todos los medios a su alcance para darle gusto a su fanatismo religioso el nombre de *La Inmaculada* para el nuevo departamento del sur que se iba a desmembrar del Cauca.

Se opuso férreamente a que el nombre del nuevo departamento fuera el de Nariño, argumentando que un pueblo católico y conservador no podía homenajear a un revolucionario volteriano y propagador de ideas masónicas como fue el Precursor de la Independencia colombiana. Movié todas sus influencias para evitar que ocurriera tan nefanda iniciativa, por fortuna en el Congreso de la República ni siquiera consideraron sus recomendaciones y nos libró a los pastusos de que nos sacaran más chistes ante tamaño esperpento de gentilicio.

Aunque no logró su propósito de imponer el nombre a la nueva entidad territorial que gobernaba eclesiásticamente, Moreno Díaz dejó su estela y una negra herencia en cuanto a comportamiento religioso y represión cultural y social entre los habitantes de Pasto y sus poblaciones aledañas.

Y es que lo que hoy es el departamento de Nariño se caracterizó por sus acendradas tradiciones, su fidelidad al rey de España, su apatía por la causa independentista y su profunda religiosidad.

Pasto, como pueblo, no tenía otro ideal que la fe ni otra expansión de ánimo que la liturgia y las escenas populares del culto. Empero, en medio de ese ambiente de beatitud y tal vez por ignorancia, uno de sus conventos más antiguos que data de mediados de 1500, el de las monjas de la Concepción o comúnmente llamadas conceptas, era escenario con cierta frecuencia de fiestas de toros y sus aposentos servían como pulpería, pues era muy cotizado el aguardiente que se fabricaba allí y que a hurtadillas lo vendían en 1793 en la puerta falsa del monasterio.

En ese ambiente lúgubre de religiosidad alternado con la ingestión consuetudinaria de bebidas embriagantes para expandir el ánimo de esos pobres desterrados de Dios, era propicio la actividad "apostólica y misionera" de un hombre místico, fanático, guerrillero e intransigente como Moreno Díaz.

Este "Santo" por voluntad de la Iglesia Católica hace parte de los clérigos rabiosos y apologistas de la violencia que dieron mucho que hablar en el siglo XIX y comienzos del XX. Ahí está, por ejemplo, otro caso, el del arzobispo Fernando Arturo de Meriño, quien fue presidente de República Dominicana durante el periodo 1880-82 y se caracterizó por ejercer el mando mediante medidas dictatoriales. No sabía de derechos ciudadanos ni respetaba libertad alguna. Sin ningún reato mandó a fusilar en un mismo día a 40 estudiantes por haber osado realizar una manifestación de protesta.

HACIA LOS ALTARES

El final de la vida de Moreno Díaz, como queda reseñado, fue tormentoso por el cáncer que hubo de soportar. Sin embargo su ánimo pendenciero jamás decayó. No se arrepintió de nada. En su testamento dejó expresado su satisfacción por la belicosidad ejercida en desarrollo de su misión: *"Yo he gritado contra ese mal (el liberalismo) y aún he sufrido por gritar. No me arrepiento de haber gritado. Si en ese punto tengo que arrepentirme será por no haber gritado más"*. Y como última voluntad pidió que como epitafio se le colocara la siguiente inscripción:

EL LIBERALISMO ES PECADO

Sin embargo para la Santa Sede el trasegar apostólico de este clérigo español, paradójicamente, debe servir de ejemplo y de guía (?)

A comienzos de los años 70, sectores cavernarios y oscurantistas de Pasto y Bogotá, liderados por un fraile de los Agustinos Recoletos, congregación de la que hizo parte Ezequiel Moreno, tras una serie de tramoyas montaron el cuento de que "Monseñor Morenito", como le dicen las gentes ingenuas e ignorantes del departamento de Nariño, estaba haciendo "milagros".

Se montó todo un espectáculo religioso en torno del caso de una anciana, fanática y camandulera por más señas, que se había curado de cáncer y atribuía el hecho a sus rogativas a "Monseñor Morenito".

Los Agustinos mandaron publicar folletos y revistas sobre el milagro con fotografías de la anciana y del excelso Obispo de Pasto, y simultáneamente se organizó la "campana" para pedir su beatificación a la Santa Sede.

El montaje fue perfecto. Se asemeja por la planeación y sus aspectos excéntricos y de mitomanía al pasaje literario de *El otoño del patriarca* en el que García Márquez recrea detalladamente el escenario y los ardides utilizados para lograr canonizar a Bendición Alvarado, la desaliñada madre del decrépito dictador.

Si bien en la novela del Nobel de literatura colombiano el proceso de canonización se frustró porque varios de los "milagros" de Bendición Alvarado resultaron una atroz mentira, en el caso de Ezequiel Moreno Díaz, la causa sí fructificó.

El 1 de febrero de 1975 el papa Pablo VI presidió la ceremonia de su beatificación y los pastusos con nuestras bandas de pueblo, banderines y banderas nos congregamos en el Estadio Libertad (palabra que despreciaba el nuevo beato) para celebrar el magno acontecimiento.

La diócesis de Pasto mando construir un altar móvil en que aparecían los restos carbonizados de un dedo de "monseñor Morenito" que los habían traído directamente de España. En medio de cánticos y de jaculatorias, todos los que fuimos al estadio nos empujábamos y pisábamos porque queríamos acercarnos al tabernáculo para observar algo de los restos mortales de tan insigne siervo de Dios.

Luego de 17 años de espera, los pastusos volvieron a vivir otro clímax similar al de 1975 cuando se anunció por parte de la Santa Sede la canonización del fray Ezequiel. Algunas beatas de la Ciudad Teológica como se le conoce a la capital nariñense, se gastaron todos sus ahorros para viajar a Santo Domingo, República Dominicana, y poder asistir a la ceremonia que presidió Juan

Pablo II el 11 de octubre de 1992. Una de ellas dijo sin ningún rubor que su emoción fue tan grande que "me parecía estar gozando de un orgasmo prolongado" cuando el Papa elevó a los altares a "monseñor Morenito".

Lo cierto es que Moreno Díaz pertenece a ese grupo de seres nacidos para hacer enrojecer la historia. Sin embargo el papa Wojtyla en su homilía de canonización destacó la entrega religiosa y misionera del nuevo santo y lo presentó como modelo de evangelización en América Latina.

¡Con santos así...! Pero en fin de fines, doctores tiene la *Santa Madre Iglesia*.

EL PODER COMO APROVECHAMIENTO E INDIGNIDAD

Uno de los grandes infundios de los escritores de la historia oficial colombiana ha sido el de hacer ver como una víctima de la pobreza y de la inquina política al gramático y pseudo

canonista antioqueño Marco Fidel Suárez, un simple aprovechador del poder que gobernó con un gran sentido de indignidad a Colombia entre 1918 y 1921.

Aunque el convencimiento general es el de que don Marco Fidel fue objeto de los ataques acerbos del representante a la Cámara Laureano Gómez que en forma por demás “injustificada” le montó un debate parlamentario porque “simplemente” vendía sus sueldos y gastos de representación para poder solventar la estrechez económica que le embargaba, lo cierto es que este mandatario paisa, nacido en la población de Hatoviejo (hoy Bello) en 1855, supo combinar muy bien su misticismo católico con el utilitarismo.

En Suárez se denota con mucha claridad la gran contradicción espiritual del antioqueño: por un lado asume su catolicismo a ultranza y está convencido de que el cielo está destinado para los pobres y desheredados en este valle de lágrimas, pero por otro, le mueve el desbordado ánimo de lucro.

Siendo prácticos se podría decir que religiosamente el paisa y en este caso el presidente Suárez se enmarcan mejor desde el punto de vista religioso en el calvinismo, que sustenta uno de sus dogmas en que el éxito en los negocios es una evidencia de la gracia divina.

La parábola política de Suárez se ha querido destacar con ditirambos y mentiras. Se recalca que con José María Obando, es el segundo mandatario colombiano que tiene condición de hijo extramatrimonial; que su madre era lavandera y que debió hacer muchos sacrificios, incluso pasar hambre, para poder educarse. Se llega además a señalar que en su afán de superación debió hacer un largo y penoso viaje a pie hasta Bogotá porque no tenía los medios económicos. Desde la óptica del estadista se lo pinta como uno de los grandes internacionalistas de comienzos del siglo XX, inspirador y defensor del Tratado Urrutia-Thompson, en virtud del cual se pactó la indemnización de Estados Unidos por 25 millones de dólares a Colombia por la pérdida de Panamá.

Todo lo anterior hace parte del mito del mandatario “paria” como él mismo se denominó en sus *Sueños de Luciano Pulgar*. Pero lo que no se dice es que Suárez fue un protegido desde niño por los curas; que toda su vida se caracterizó por ser un burócrata empedernido, a quien nunca le alcanzaba el sueldo e inexplicablemente vivía endeudado; que como internacionalista y en su calidad de haber ocupado en tres ocasiones el Ministerio de Relaciones Exteriores, impulsó la doctrina *Respice Polum* (mirar a la Estrella Polar), o lo que es lo mismo, arrodillarse a los Estados Unidos, pero que, adicionalmente, fue el causante de la guerra territorial entre Perú y Ecuador que se prolongó por más de medio siglo y que recién vino a terminar en octubre de 1998; que como Presidente de la República entregó el petróleo colombiano y la dignidad nacional; que privilegió los intereses internacionales en desmedro de los nacionales; que llegó al solio de Bolívar gracias al fraude electoral; que contó con la complicidad de la Iglesia Católica para eliminar a sus adversarios políticos; que reprimió las protestas sociales con ferocidad y con el luctuoso tableteo de las ametralladoras; y que solía aprovecharse de las firmas transnacionales que tenían negocios en Colombia para solicitarles bajo chantaje, cuantiosos empréstitos personales.

NI MARGINADO NI DESPROTEGIDO

Si bien el niño Marco Fidel era campesino, hijo de doña Rasalía Suárez, quien se desempeñaba como costurera, lavaba y cuidaba la ropa de los vecinos para procurarse su sustento, es falso que en su casa se aguantaba hambre.

En su modesta vivienda, doña Rosalía, quien había tenido una aventura amorosa con José María Barrientos, el padre de Marco Fidel, atendía a los sacerdotes que orientaban al muchacho “con su porcelana más guardada”.

El orientador espiritual del hijo de la costurera de Hatoviejo es el clérigo Joaquín Bustamante que lo sumerge en los dogmas cristianos, el catecismo y las parábolas del evangelio. De su mano va a los colegios de Fredonia y La Ceja, donde recibe su primer premio gracias a un trabajo de investigación sobre el cultivo del maíz en los climas cálidos de Antioquia.

Al salir del colegio ingresa al seminario gracias a la recomendación de su benefactor Bustamante y un nuevo protector: el presbítero Joaquín Tobón. Es difícil que ahí donde se estudian las máximas teológicas, la escolástica y se eleva el misticismo, el joven Suárez haya padecido hambre. A lo sumo habrá practicado el ayuno, pero desde entonces siempre tuvo garantizada la alimentación, su vestido y su dormida.

Por ser hijo extramatrimonial la Iglesia trunca su carrera sacerdotal. Al salir del seminario es designado director de la escuela de su pueblo natal y en 1880 llega a Bogotá. Según algunos de sus biógrafos, el viaje a la capital de la República lo hace a pie y en malas condiciones, lo cual es totalmente falso por cuanto que es enviado por su protector el sacerdote Bustamante al Colegio del Espíritu Santo que dirigen Carlos Martínez Silva y Sergio Arboleda.

En ese centro académico gana otro premio por un estudio sobre la gramática de don Andrés Bello, lo que le vale el ingreso a la Academia Colombiana de la Lengua, propuesto por el ex presidente Miguel Antonio Caro, quien además le abre las puertas para que inicie su carrera política.

Era la época en que Colombia vivía un ambiente pastoril y de poesía, en donde lo trascendente consistía en “sacrificar un mundo para pulir un verso” y don Marco Fidel ya era ducho en gramática, sintaxis y semántica.

Esos conocimientos constituían carta de garantía para labrarse una mediana cultura y abrirse espacio político. De esta manera y con buenos padrinos Suárez entra por la puerta grande a Bogotá y comienza su trayectoria pública. Por lo tanto, no era ni “paria” como se autocalificó, ni su educación se la procuró con ingentes esfuerzos.

En la Bogotá de finales del siglo XIX inicia su larga carrera de burócrata que le permitiría subsistir con dignidad y cierta holgura sin las dificultades económicas que la historia oficial ha querido hacer creer que afrontó.

Su carrera de chupatintas es ascendente: amanuense de Rufino José Cuervo en la Academia; ayudante en la Biblioteca Nacional; subsecretario del Ministerio de Relaciones Exteriores; congresista, magistrado del Consejo de Estado; tres veces canciller; y, finalmente, Presidente de la República.

EL INTERNACIONALISTA FELÓN

Suárez ocupa por primera vez la Cancillería en 1891 en el gobierno de Carlos Holguín, el original presidente conservador que en forma abusiva obsequió el valioso Tesoro Quimbaya de 122 piezas precolombinas, patrimonio nacional, a la reina regente de España, María Cristina de Habsburgo, en reconocimiento al laudo arbitral que había proferido a favor de Colombia en el problema de límites sobre el río Orinoco con Venezuela.

Desde el Ministerio de Relaciones Exteriores perfila la política internacional de Colombia de comienzos del siglo XX. Una política que sus biógrafos no dudan en enaltecer pero que en la práctica no es más que una estrategia de subordinación total a los Estados Unidos y de trampa premeditada para definir los límites territoriales con los vecinos, bajo la falsa mampara de la “armonía bolivariana”.

Artífice tanto del Tratado Urrutia-Thompson que puso fin a las diferencias del Estado colombiano con Washington por la separación de Panamá como de la doctrina *respice polum*, que se traduce en la obsecuencia frente a Estados Unidos.

Como canciller del presidente José Vicente Concha, Suárez al presentar en 1914 a consideración del Congreso para su aprobación dicho tratado, expuso su genuflexa tesis de sometimiento a la “*amada estrella polar*” norteamericana.

“El norte de nuestra política exterior debe estar allá, en esa poderosa nación que más que ninguna otra ejerce decisiva atracción respecto de todos los pueblos de América. Si nuestra conducta hubiera de tener un lema que condensase esa aspiración y esa vigilancia, él podría ser respice polum, es decir, no perdamos de vista nuestras relaciones con la gran confederación del norte”.

De otra parte, a Suárez le cabe la responsabilidad de haber concebido la política colombiana de delimitación terrestre tanto con Ecuador como con el Perú. Política errada y mal intencionada que precipitó dos conflictos internacionales.

En efecto, con la firma y aprobación del Tratado Lozano-Salomón en el que se definieron los límites entre Colombia y Perú, suscrito en Lima el 24 de marzo de 1922 y en el que en su elaboración años antes había metido la mano Suárez, se protocoliza una gran traición y de paso constituye la génesis del prolongado conflicto fronterizo entre Perú y Ecuador que culminó en 1998.

Mediante dicho pacto internacional, el Estado colombiano cedió gran parte del sur del Putumayo (algo más de 50 mil kilómetros cuadrados) al Perú, territorio éste que Ecuador, a su vez, le había entregado a Colombia mediante el Tratado que Marco Fidel Suárez en su calidad de canciller suscribió en Quito en el año de 1916 con su homólogo ecuatoriano Alberto Muñoz Vernaza, en virtud del cual se definieron los límites de la frontera colombo-ecuatoriana.

En otras palabras, Ecuador entregó parte de su territorio a Colombia en desarrollo de este tratado y pocos años después se encontró con que esa porción geográfica, el gobierno colombiano se la traspasó a su enemigo histórico: el Perú, que no contento con esa franja de territorio que constituye el sur del río Putumayo arrebató por la vía bélica a los ecuatorianos en 1941 alrededor de 160 mil kilómetros cuadrados.

Pero, adicionalmente, este controvertido tratado de límites con el Perú va a ser el detonante del conflicto fronterizo que Colombia enfrentó con ese país entre 1932 y 1934, el cual estuvo salpicado de pintorescas aventuras de piratería y líos de faldas.

No fue gratuito que El Tratado Lozano-Salomón que tiene matriz suarista se haya celebrado en secreto y no fuera comunicado a la Cancillería ecuatoriana, por cuanto se temía una airada protesta diplomática.

De esta manera Colombia traicionó al Ecuador. Pero el padre de esta felonía era el Tratado Suárez-Muñoz Vernaza, pues la política preconcebida por don Marco Fidel desde que se firmó en 1916 este instrumento internacional era la de ir *“dejando pedazos de territorio en aras de la fraternidad americana”*, como lo expresó el director de *El Tiempo*, Eduardo Santos.

En definitiva, la estrategia internacional de Suárez en materia de litigios fronterizos que paradójicamente algunos ponen de ejemplo, consistía en ceder territorios disputados para asegurar, según su visión equivocada, la paz con los países vecinos.

■ **UN GOBIERNO SUMISO**

■ En medio de múltiples protestas y denuncias de fraude es elegido Presidente de la República en representación del conservatismo nacionalista, Marco Fidel Suárez con 216.594 votos en el mes de febrero de 1918. Sus contendores el conservador histórico Guillermo Valencia obtuvo 160.498 sufragios y el liberal José María Lombana, 24.041.

■ Las dudas sobre la pulcritud de los comicios se extienden por todo el país. Sin embargo y con una dudosa legitimidad política, Suárez inicia su gestión en difíciles circunstancias fiscales, pues la Primera Guerra mundial de 1914 redujo al mínimo las posibilidades comerciales del país.

■ Dentro de ese contexto y siguiendo su lema de *respice polum*, Suárez buscó insistentemente un acercamiento con Estados Unidos, pese a que todavía subsistía el resentimiento nacional por la desmembración de Panamá.

■
El primer paso para ese acercamiento, no obstante que la herida patria por la pérdida de ese territorio colombiano no había sido restañada, era la ratificación por parte del Congreso del Tratado Urrutia-Thompson, del cual el primer mandatario había sido su inspirador durante su paso por la Cancillería en el gobierno Concha. La aprobación del mismo contemplaba dos restituciones: una pecuniaria de 25 millones de dólares que recibiría Colombia de parte de Washington y otra moral contenida en los términos “sincero pesar” que el gobierno norteamericano dejaba expresamente señalado en el tratado.

■
Con la ilusión de recibir los providenciales 25 millones de dólares que venían como caídos del cielo en un momento de grandes afugias económicas para el país, el Congreso de Colombia aprobó el tratado. Pero el dolor de cabeza para el presidente Suárez comenzó cuando al ser ratificado por el Congreso norteamericano, los republicanos se negaron a refrendar la expresión *sincere regret*, argumentando que si a alguien tenía que pesarle algo era a los colombianos por sus mediocres gobernantes.

■
De esta manera, los Estados Unidos se negaron a manifestar su “pesar” por el *affaire Panamá* y el Congreso norteamericano exigió la modificación del Tratado Urrutia-Thompson.

■
Este tropiezo generó voces airadas y protestas por parte de varios congresistas colombianos que consideraron una nueva humillación para el país la actitud norteamericana. Por su parte, el gobierno de Suárez se empeñó en defender la ratificación del tratado, llegando a aceptar las razones del Congreso de Estados Unidos de eliminar la controvertida expresión por motivos de conveniencia nacional y resignación cristiana. Al fin y al cabo, para don Marco, estaban de por medio unos cuantos millones de dólares.

■
Simultáneamente a este debate que paralizó la ratificación del tratado hasta diciembre de 1921, Suárez expidió un decreto que reglamentaba el uso y propiedad de los hidrocarburos en el subsuelo colombiano. Con esta disposición el Estado colombiano asumía la propiedad y la posesión de los campos petroleros por encima de cualquier particular, e incluso, sobre concesiones pactadas con anterioridad.

■
La nacionalización de ese recurso energético cayó como balde de agua fría en el gobierno norteamericano y vino entonces el chantaje al cual el presidente Suárez accedió.

■
Algunos empresarios norteamericanos que habían adquirido amplias extensiones de tierra en el país con fines de explotación petrolera declararon la medida del gobierno como “lesiva y arbitraria”.

■
Washington no se demoró en responder y condicionó la aprobación del Tratado Urrutia-Thompson a que el gobierno colombiano derogara aquella disposición que, según su concepto, violaba los derechos de la libre empresa.

■
Suárez que combinaba muy bien su misticismo con el utilitarismo, cayó en cuenta de que había literalmente “metido la pata” y que era menester buscar la manera de darles gusto a los gringos.

■
Si bien era consciente de que su decreto defendía el interés nacional, debía echarlo para atrás, porque él que venía pregonando su lema de mirar hacia la estrella polar del norte, mal podía atentar contra los intereses de las empresas petroleras norteamericanas y de paso dilatar el trámite del Urrutia-Thompson que significaba 25 millones de dólares.

■
Surgió entonces una salida rabulesca orquestada desde el mismo gobierno consistente en que la Corte Suprema de Justicia declarara inconstitucional el decreto. Suárez hizo conocer de inmediato la decisión de la Corte al gobierno norteamericano buscando recobrar su simpatía.

■
De esta manera la Standart Oil Company se apropió de la Concesión de Mares en la zona del Carare y el Opón y la Compañía Petrolera Copert de la Concesión Barco en el Catatumbo.

■

En vísperas de la celebración del primer centenario de la independencia, el gobierno organizó una colorida ceremonia militar, para lo cual dispuso la importación de Estados Unidos de uniformes para el Ejército, lo que generó el rechazo y la protesta de los productores de telas nacionales.

El 16 de marzo de 1919 un grupo de sastres y productores de telas protagonizaron una manifestación en la Plaza de Bolívar para reprocharle al Presidente gramático la actitud de favorecer los intereses estadounidenses y reclamar el derecho de cortar los uniformes de los soldados colombianos. Su respuesta fue cruel y desmesurada. Reprimió el mitin a bala y cayeron acribillados veinte manifestantes.

La oposición se afianzó. *El Diario Nacional* en el que tenía amplia influencia el gerente del Banco Mercantil Americano, Alfonso López Pumarejo, era uno de los periódicos que en forma virulenta más atacaba al gobierno.

Concedor Suárez de la campaña de desprestigio que en su contra orquestaba López, no dudó en buscarle la caída y solicitó al embajador norteamericano que intercediera ante los dueños del banco para que prescindieran de él.

El embajador no accedió a la petición del Presidente y los directivos del Banco Mercantil rechazaron semejante intromisión por considerar que un Jefe de Estado no puede acudir a la intriga personal para castigar a un ciudadano por sus posiciones políticas.

En la Presidencia, el mandatario gramático no solamente fue sumiso con Washington sino también con la Santa Sede porque consideraba que contar con el apoyo de la curia era factor de garantía para poder gobernar. Por eso obtuvo del Papa la gracia especial de tener el Santísimo Sacramento en la capilla privada del palacio presidencial. Se definía como “fiel hijo de la Iglesia”, y en virtud de ello cuando se produjo la depreciación de la lira italiana, no dudó en otorgarle un auxilio mensual al Nuncio Apostólico en Bogotá del orden de 400 pesos “*por las obligaciones morales que la Nación tiene para con la Santa Sede*”.

DE PRÉSTAMO EN PRÉSTAMO

En medio de un ambiente político embrollado, el representante a la Cámara, Laureano Gómez Castro ha citado al ministro de Gobierno, Aristóbulo Archila para la sesión del 26 de octubre de 1921 para que responda sobre algunas anomalías.

Ha llegado la fecha, en el recinto hay completo silencio y expectativa. Gómez anuncia que posee “*una copia fotográfica en que el señor Presidente vende a un banco extranjero sus sueldos y gastos de representación*”. La expectativa crece, los congresistas afectos al gobierno tratan de acallarlo y buscan interpellarlo. El orador continúa y se refiere a una hipoteca sobre los gastos de representación de Marco Fidel Suárez a favor del Banco Mercantil Americano por medio de libranzas descontables del Tesoro Nacional.

Gómez explica que los gastos de representación no son una prima de que goza el primer mandatario, ni una gabela que puede disponer a su arbitrio, sino que tienen un objetivo específico. Estas partidas, agrega, son para cubrir los gastos de reuniones que el Jefe del Estado se vea en la necesidad de hacer. Si esos gastos no se ejecutan, de ninguna manera tiene derecho el Presidente de suscribirlos como respaldo a créditos personales, recalca Gómez.

El anterior, sin embargo, es el cargo de menor valía frente a lo que presenta enseguida. Se refiere entonces al caso del representante de una compañía norteamericana exportadora de rieles y maquinaria para ferrocarriles, de apellido Boodner, quien se proponía hacer una negociación de suministro de tales productos para el Ferrocarril del Pacífico.

Boodner pidió audiencia con el presidente Suárez por ser considerable el monto del negocio. Una vez conocida la importancia del asunto, el primer mandatario inmediatamente expresó su deseo, que dio a entender en forma más o menos simulada, de que para que dicha casa

contratase con las simpatías y la anuencia del gobierno, *“debía hacer a un amigo del Presidente un préstamo de veinte mil pesos. Terminada la entrevista, el agente hizo inquirir quién era el sujeto para quien se interesaba el Presidente. El sujeto era él mismo”*.

■
Gómez procede, inmediatamente, a mostrar a la plenaria de la Cámara las escrituras de perfeccionamiento del negocio, con el número 441 de la Notaría Segunda de Bogotá.

■
¿Qué había pasado?, se pregunta el representante Gómez y él mismo responde: *“Pues que el señor Presidente aprovechaba la influencia oficial y la posición en que se hallaba colocado, que aprestigiaba con la banda tricolor que llevaba sobre su pecho para conseguir de un agente extranjero que estaba taratando con él negocios de interés público, un beneficio de carácter personal. Eso, el empleo de las influencias oficiales en personal provecho, es algo que muy claramente define el Código Penal y que se llama prevaricato. Pudiera creerse que se trataba de un hecho aislado, de un desliz, de una equivocación única y sola. Lo lamentable es que eso obedece a un verdadero sistema de conducta, porque ya el señor Suárez cuando era Ministro de Relaciones Exteriores había vendido al Banco Central un año entero de su sueldo, y a los dos meses de verificada la operación se retiraba del Ministerio y dejaba sin garantía la deuda, y sin que la palabra de su compromiso tuviera el necesario, el obligado cumplimiento”*.

■
Pero si los anteriores casos de indignidad fueran poco, Gómez trae a colación otro lance del señor Suárez que confirma su conducta consuetudinaria de aprovechar las posiciones públicas para endeudarse en grandes sumas de dinero con bancos y multinacionales de la época.

■
El representante de un importante conglomerado de banqueros holandeses, señor Loscher, visitó Bogotá para hacer una propuesta en torno del proyecto de apertura de Bocas de Ceniza. Al conocer Suárez la importancia del banquero creyó oportuno abordarlo para exigirle un préstamo de diez mil pesos.

■
La letra de garantía por ese empréstito personal fue girada a nombre del propio Suárez y endosada en blanco con su firma y pasó por las manos de los principales banqueros de Bogotá.

■
Suárez no pudo negar ninguno de los cargos y solo se limitó a señalar cuando se presentó al recinto de la Cámara, que todos esos préstamos estaban garantizados por sus bienes.

■
Como los hechos son tozudos, el Presidente decide retirarse del cargo. Gómez logra una victoria parlamentaria contundente y Alfonso López Pumarejo, quien le había pasado la documentación y los datos para que hiciera el debate a su amigo el representante conservador, se sacaba un clavo con Suárez, quien había pretendido urdir para que lo depusieran de la gerencia del Banco Mercantil Americano.

■ **DINERO Y POLÍTICA**

■
Con Suárez se presenta el primer caso de corrupción pública del siglo XX en Colombia y se inaugura el fenómeno de la explosiva mezcla de dinero y política. Por eso y con razón el maestro Darío Echandía señalaba que en la actividad política se pueden meter las patas pero no las manos.

■
Los biógrafos y algunos descendientes del mandatario paisa han querido disimular la gravedad de su conducta señalando que su separación del poder obedeció más a la necesidad de salvar el Tratado Urrutia-Thompson que al debate de Laureano Gómez y que su “su sacrificio fue ignorado”.

■
Inclusive el sagaz ex presidente Alfonso López Michelsen se ha creído el embuste según el cual don Marco Fidel *“era un hombre místico, más cercano a la mentalidad del siglo XV que la del siglo XX, ajeno a las cuestiones de la vida práctica y que creía que a quien debía darle cuenta de sus intenciones era a Dios... Se trataba de un hombre del medioevo, de un beato que sinceramente estaba convencido de que dándole cuenta al cielo de sus intenciones quedaba garantizada la pureza de sus propósitos”*.

■

Ciertamente, Suárez era “un beato” de la avidez que supo disimular muy bien con su actitud contemplativa. Bajo la disculpa de su ancestral pobreza siempre se aprovechó de los altos cargos oficiales que ocupó para conseguir financiación personal. Pero no se trataba de insignificantes sumas de dinero para poder solventar las “limitaciones económicas” que es el infundio que sus descendientes han querido difundir. No, se trataban de cuantiosos fondos para la época y sus prestamistas eran los más importantes bancos y las nacientes transnacionales.

■
En pocas palabras y como lo hizo *El Tiempo* en el año de 1917, se puede describir a Suárez señalando que fue un hábil maquinador que ascendió a las alturas políticas “*mediante la pulcra gramática de sus escritos y la sedosa malicia de su temperamento*”.

■

LA DICTADURA CIVIL, EFICAZ MEDIO PARA CALCINAR UN PAÍS

El gobierno transaccional de Mariano Ospina Pérez (1946–1950) constituyó el mayor resquebrajamiento institucional para el país. Bajo esta administración se recrudeció la violencia, se produjo el asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, que marca un hito histórico en el acontecer nacional y, como si lo anterior fuera poco, este mandatario conservador terminó

cerrando el Congreso desalojando a sus integrantes a culatazos, imponiendo una rígida censura de prensa, limitando las libertades ciudadanas, e interviniendo en forma dictatorial en la composición del Consejo de Estado para imponer a magistrados válidos del Presidente y así darle visos de legalidad a sus actos arbitrarios de gobierno mediante su declaratoria de exequibilidad.

Con Ospina Pérez en el gobierno se da comienzo en el país a un aciago régimen dictatorial que se prolonga con Laureano Gómez y Roberto Urdaneta Arbeláez en el poder y culmina con la dictadura militar de Rojas Pinilla, la cual a su vez, es reemplazada por un sistema político de élites que se denominó Frente Nacional, cuyo remedio resultó más grave que la enfermedad.

Bajo la denominación de la Unión Nacional, Ospina Pérez dio inicio a su mandato llamando a colaborar al liberalismo debido a que esta colectividad logró conservar sus mayorías en el Congreso de la República. Sin embargo en desarrollo de este gobierno, los liberales se retiraron en varias oportunidades del gabinete ministerial como consecuencia de la violencia partidista que atentaba contra sus adeptos.

Pese a los esfuerzos de Ospina por mantener la convivencia ciudadana, la confrontación partidista en vez de disminuir aumentó. Los dos bandos, el conservador y el liberal buscaban por todos los medios consolidar su posición política y sus bases estimuladas por la dirigencia de ambos partidos se declararon una guerra a muerte.

Esta situación no sólo debilitó el sistema político del país sino que, además, el gobierno tuvo que acudir a las vías de hecho con apariencia jurídica para lograr mantenerse en el poder.

El panorama, a todas luces oscuro, estaba rodeado de una realidad política compleja por cuanto el liberalismo que era el partido mayoritario debía entrar en acuerdos de mala gana con el gobierno conservador de Ospina, cuyo patrocinador y jefe de partido, Laureano Gómez, daba muestras de intolerancia política contra su tradicional adversario.

Los acuerdos duraron muy poco porque fueron más las desavenencias que los consensos cuando el liberalismo estuvo participando en el gobierno.

En las elecciones de 1947 en que se renovaron concejos municipales, Laureano Gómez se ingenió una teoría para justificar la violencia y desconocer la victoria del liberalismo. El jefe del conservatismo salió con el infundio de que en estos comicios hubo fraude porque se utilizó un millón 800 mil cédulas falsas.

Pese a la campaña de Gómez, el liberalismo consolidó su triunfo obteniendo 738 mil 233 votos frente a 571 mil 301 votos del conservatismo. Estas elecciones determinaron que la confrontación partidista arreciara en campos y ciudades, hasta el punto que ya en 1948 se hablara de que en departamentos como Boyacá y Santander se venía dando una auténtica guerra civil.

En el ámbito institucional las cosas iban de mal en peor, el liberalismo buscó por todos los medios presentar en el Congreso una reforma electoral para adelantar los comicios presidenciales por considerar que no tenía las suficientes garantías por parte del gobierno conservador.

La reforma electoral logró pasar en el Congreso donde el liberalismo tenía las mayorías pese a los intentos de sabotaje por parte de los representantes conservadores que liderados por Álvaro Gómez Hurtado impedían con pitos las intervenciones de los congresistas liberales.

Los ataques violentos se trasladaron al Congreso, donde en una memorable sesión se presentó un tiroteo que dejó un muerto y varios heridos por la intemperancia partidista.

El año de 1948 va a ser el detonante de la crisis política. El país en medio de la polarización partidista se sorprende con el magnicidio del jefe del Partido Liberal, Jorge Eliécer Gaitán.

Magnicidio que parte en pedazos la institucionalidad del país. Surgen entonces innumerables consecuencias funestas para el Estado colombiano, que aún no se han podido superar.

Y es que hace más de medio siglo, en Colombia no solamente se volcaron las aguas a consecuencia del “Bogotazo”, sino que ante la faz de la opinión nacional quedó desnudada tal y como es nuestra clase política tradicional. Ante el cadáver de Jorge Eliécer Gaitán y cuando aún no se apagaban los incendios en las edificaciones del centro de la capital de la República, quienes gobernaban y dirigían la Nación hacían cálculos para mantenerse o asumir el poder.

La fecha del 9 de abril de 1948 no es solamente aciaga por el impacto del magnicidio de quien se perfilaba como seguro Presidente de la República para el periodo 1950-54, sino por la manera como nuestros gobernantes asumieron el manejo político de la grave situación.

La actitud asumida por la clase dirigente colombiana en ese momento de crisis es el claro reflejo de lo que ha sido la élite política en este país, prácticamente desde los inicios de la República. Nuestra historia ha estado llena de mezquindades y el oportunismo ha sido el común denominador. Los ejemplos sobre nuestra dura realidad histórica abundan, y por eso es que los colombianos en 190 años de vida institucional no hemos sido capaces de consolidar un concepto tanto formal como real de Nación.

Episodios como la insurrección de Córdoba al Libertador, la conspiración septembrina, la Convención de Ocaña, el doloroso proceso de la Regeneración, la guerra de los Mil días, el golpe de Estado de Marroquín contra Sanclemente, la separación de Panamá, la matanza de las bananeras, el propio magnicidio de Gaitán, el régimen autárquico del gobierno conservador entre 1946 y 1953, la caída de Rojas, el Frente Nacional, para mencionar sólo algunos, son muestra evidente de que nuestra clase dirigente jamás ha tenido un proyecto político justo y equitativo y por demás viable, capaz de construir patria. Nuestra historia, infortunadamente, está plagada de bajas pasiones, donde la componenda, la transacción, las ambiciones personales, el individualismo y los intereses de grupo o partido han sido la nota predominante.

Es entonces entendible desde el punto de vista histórico y si se quiere sociológico, que la muerte de Gaitán fue utilizada simplemente para que se produjese un realindamiento de las élites del poder. Se creyó por parte de la dirigencia de la época que ante la magnitud del hecho solo bastaba con repartir “miti miti” las posiciones burocráticas del gobierno para apaciguar los ánimos del pueblo y ponerle orden a la conflictiva situación.

Los protagonistas políticos de ese día demostraron oportunismo y fueron inferiores al reto del momento histórico. Cada dirigente o cada partido jugaba a cómo sacar réditos del infausto momento. Parece que el país para estos gobernantes, en su microvisión, simplemente era una entelequia, lo importante, lo urgente, era pensar en sacar provecho político o personal.

La radiografía de nuestra clase gobernante durante los hechos del 9 de abril se puede sintetizar así:

En medio de la confusión y el caos, un grupo de dirigentes liberales, la mayoría nada afecto a Gaitán, asume la vocería de su partido y se da sus maneras para llegar hasta el palacio presidencial a pedirle la renuncia al primer mandatario Mariano Ospina Pérez.

Ciertamente que el régimen de Ospina Pérez se había caracterizado por la persecución a muerte al liberalismo, y la violencia partidista y sistemática por parte del gobierno conservador era más que evidente. No en vano el propio Gaitán pronunció un discurso enérgico (La Oración por la Paz) durante la Manifestación del Silencio en la Plaza de Bolívar de Bogotá el 7 de febrero de 1948, en el que le pidió al presidente Ospina hechos de concordia y civilización.

Integraban la comisión de liberales que fue a Palacio el 9 de abril: Carlos Lleras Restrepo, Darío Echandía, Plinio Mendoza Neira, Luis Cano, Alfonso Araújo, Roberto Salazar Ferro, Alonso Aragón Quintero y Alberto Arango Tavera, quienes aprovechando la conmoción consideraron que tenían una oportunidad de oro para presionar a Ospina y de esta manera lograr que dimitiera.

En ese momento, la candidez política del Maestro Darío Echandía, dio rienda suelta a la expresión “¿el poder para qué?”, para posteriormente, el 10 de abril, terminar aceptando el Ministerio de Gobierno (hoy del Interior) que consolidaría el régimen de Ospina.

Ante las presiones de la dirigencia liberal, el presidente Ospina Pérez con su característica ladina y si se quiere sinuosa, demostró sus dotes de buen conciliador. Frente al riesgo de perder el poder se vio en la necesidad de transar y no tuvo inconveniente alguno de ofrecerle al liberalismo la mitad del gobierno.

De esa manera y bajo el sofisma de la “Unión Nacional”, con su actitud componedora que lo caracterizó durante su vida política “arregló” momentáneamente el problema.

Mientras los liberales con Ospina “negociaban” una salida política a la crisis, el jefe del Partido Conservador y hasta ese momento canciller de la República, Laureano Gómez “craneaba” de acuerdo con su óptica y su proceder, una solución de fuerza.

Gómez consideraba que ante la debilidad política de Ospina la mejor alternativa para el conservatismo y el país era que una junta militar encabezada por el general Germán Ocampo, quien ostentaba la mayor antigüedad asumiera el poder.

Los militares también creyeron llegado su momento y por eso, a instancias de Laureano Gómez, asistieron a una audiencia privada con Ospina que se realizó el 10 de abril en horas de la mañana para plantearle el asunto. A la cita concurrieron los generales Ocampo, Carlos Vanegas, Rafael Sánchez Amaya, Ricardo Bayona, Julio Londoño y Mora Angueira.

Como Ospina ya había transado con los liberales y en consecuencia se sentía con respaldo político, consideró inaceptable la propuesta de los generales de que abandonara el poder para que asumiera una junta militar.

Calculador como era Ospina creyó oportuno y necesario darle “contentillo” a los militares y ni corto ni perezoso en el nuevo gabinete de “Unión Nacional” designó al general Ocampo como ministro de Guerra ¡Así quedaban todos contentos! El único que quedó descontento fue Laureano Gómez, a quien nada le gustó el hecho de que Ospina le hubiera dado la mitad del poder al liberalismo.

Primero no tuvo eco su propuesta de la junta militar, luego debió aguantarse que el conservatismo perdiera el monopolio del poder y, como si fuera poco, no tuvo otra alternativa que aceptar que Ospina lo declarara insubsistente de su cargo de canciller para ser reemplazado por un godo “descolorido” como Eduardo Zuleta Angel.

Con la notificación del relevo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Gómez, quedó protocolizada la división conservadora entre laureanistas y ospinistas. División que hizo metástasis el 13 de junio de 1953 cuando el general Roja Pinilla, secundado e impulsado por el propio Ospina Pérez, Gilberto Alzate Avendaño y Lucio Pabón Núñez, dio el golpe de Estado a Gómez con la complicidad y beneplácito de los conservadores ospinistas y el liberalismo.

Pero quien logró proyectarse definitivamente como “jefe” del Partido Liberal a raíz del magnicidio de Gaitán fue, sin lugar a dudas, su más acérrimo enemigo al interior de esta colectividad, el joven abogado Carlos Lleras Restrepo.

Lleras que era opositor de Gaitán y que en 1946 respaldó fervientemente la candidatura presidencial de Gabriel Turbay, asumió la jefatura del liberalismo de facto y comenzó su decidida labor de conducción a sus copartidarios.

Pese a la ojeriza que le tenía a Gaitán, Lleras Restrepo no tuvo rubor en presidir y ser uno de los oradores centrales en la manifestación del entierro simbólico del caudillo liberal que se realizó el 20 de abril de 1948 en el Parque Nacional de Bogotá. Esta actitud de Lleras no era más que simple oportunismo político.

Oportunismo político que le sirvió a Lleras para proyectarse en la vida pública del país y haber logrado alcanzar la Presidencia de la República.

En definitiva la pequeñez y la falta de visión histórica fue lo que predominó el 9 de abril entre nuestra clase dirigente de ese entonces.

Sin embargo es común oír decir que la Colombia de hoy requiere de los políticos de antaño que protagonizaban grandes debates en el Congreso y que tenían un gran don de mando cuando ejercían la Presidencia.

Lo que habría que preguntarse, en cambio, es ¿cuál es la herencia que nos legaron? Y ¿cuál es el país que nos dejaron?

A la clase política colombiana, concretamente a la élite liberal-conservadora a través de la historia republicana de este país le ha faltado grandeza, porque todos los conflictos socio-económicos y políticos los han manejado con inmediatez, según su conveniencia y sin apostarle al futuro.

Con esa mentalidad utilitarista se manejó el impacto y las consecuencias del “Bogotazo” y por eso el 9 de abril, hace medio siglo, comenzó para el país un verdadero calvario institucional. Con razón Gaitán fue profético al señalar que si lo mataban, “las aguas se demorarán 50 años en regresar a su nivel normal”. Y cuanta agua, también, ha corrido por debajo del puente.

Con el asesinato de Gaitán no paró la confrontación, sino todo lo contrario, el enfrentamiento partidista se acentuó hasta el punto de que Ospina Pérez terminó convertido en dictador, conculcando derechos civiles y garantías sociales.

En este sórdido periodo de la historia colombiana hacen su aparición los grupos paramilitares como se llaman hoy. En ese entonces se conocían con el nombre de policía “chulavita” o simplemente como los “Pájaros” que eran auspiciados y respaldados por funcionarios del alto gobierno y por la dirigencia más connotada del conservatismo y cuya misión era la de exterminar al enemigo político del gobierno y del Partido Conservador, sembrando terror y miedo en la mayor parte de la geografía nacional.

El liberalismo cansado con tanta ignominia buscó realizar un juicio político de responsabilidades al presidente Ospina Pérez en el Congreso de la República. Ingenua y torpemente algunos congresistas encabezados por el representante Julio César Turbay Ayala visitaron al Presidente en su despacho para solicitarle las suficientes garantías de parte del gobierno para la realización del debate.

Ospina ante el plan del liberalismo no dudó un instante en cerrar el Congreso de la República mediante decreto de estado de sitio del 9 de noviembre de 1949, en él se amparó también para suspender las asambleas departamentales. Simultáneamente impuso una rígida censura de prensa y los servicios de correo, telegramas y aún las llamadas telefónicas estuvieron sometidas a supervisión oficial.

Simultáneamente atropelló al Consejo de Estado disponiendo que sólo una mayoría de tres cuartas partes de esa corporación podría decidir sobre la inexecutable de los actos de gobierno. Pero la dictadura de Ospina no tuvo escrúpulos, pues mediante decreto 4120 del 30 de diciembre de 1949 modificó la estructura y funciones del mismo Consejo de Estado para asegurar una mayoría conservadora en la Sala de lo Contencioso Administrativo y de esta manera garantizar una aparente exequibilidad de sus arbitrarios actos de gobierno.

¿Qué legitimidad podían tener las instituciones y cuál Estado de Derecho se podría proclamar en esta nefasta época de la historia nacional cuando el común denominador fueron las vías de hecho, el abuso de poder y el atropello?

ANTROPOFAGIA PARTIDISTA Y UNA VERSIÓN CRIOLLA DE FOUCHÉ

El Partido Conservador desde su fundación, en 1849, ha recorrido su periplo histórico prácticamente dividido. Ese ha sido su destino. Solamente se ha unido la colectividad de Caro y Ospina en oportunidades coyunturales cuando las circunstancias del país han sido generalmente adversas.

En el siglo XX, el conservatismo, la mayoría de las veces, gobernó dividido por motivos de diversa índole, aunque “el golpe de cuartel”, o mejor la usurpación del poder por parte de un sector del partido encabezado y liderado por el ex presidente Mariano Ospina Pérez, hace medio siglo, marcó para esta colectividad su crisis institucional y moral de la que no ha podido recuperarse.

La actitud política de ese sector echó por el suelo la base doctrinaria y el sustento moral de ese partido, pues prevalecieron los intereses mezquinos y personalistas a la defensa del “orden constitucional contra la dictadura” y “la legalidad contra las vías de hecho”⁴

Pero, para fortuna del partido conservador, su máxima figura en el siglo pasado, el controvertido presidente Laureano Gómez, con su conducta dejó constancia histórica de su inmodificable posición en torno a un caso de violación de Derechos Humanos en la persona del empresario Felipe Echavarría Olózaga.

Gómez era el presidente titular y estaba retirado de la jefatura del Estado como consecuencia de un infarto. Actuaba entonces el designado Roberto Urdaneta Arbeláez.

*“Un día Laureano Gómez se enteró en forma directa que un particular, el industrial Felipe Echavarría Olózaga, había sido torturado por oficiales del ejército con el fin de obtener de él la confesión de que participaba en un complot en que, se dijo, serían asesinados varios personajes connotados de ambos partidos. La acusación tenía visos de ser una patraña, cuando mucho, el desvarío de una mente perturbada. En cambio, las pruebas de la tortura eran concluyentes”.*⁵

El presidente titular al comprobar totalmente tales hechos solicitó para los torturadores castigo ejemplar y pidió al designado Urdaneta la destitución del comandante de las Fuerzas Armadas, general Gustavo Rojas Pinilla. Urdaneta advirtió que si esa medida se adoptaba, sobrevendría un golpe de Estado.

Gómez señaló que esa consecuencia era secundaria ya que lo importante era preservar al conservatismo incontaminado de tan flagrante delito violatorio de los derechos humanos. No podía concebir ver “cubierta de oprobio la República bajo el mando conservador... Si se toleraba ahora, cuando el alto personal del gobierno conocía lo ocurrido, cuantos abusos, delitos y atropellos, se habrían cometido a sus espaldas recibían una táctica aprobación comprometiendo su responsabilidad ante los contemporáneos y la historia”.⁶

Comprendiendo “que había llegado una de esas horas en que se descubren las condiciones y se prueban los caracteres”,⁷ Laureano Gómez determinó asumir nuevamente el poder ante la negativa del designado de llamar a calificar servicios al comandante de las Fuerzas Militares. A sabiendas, además, que “el ministro de gobierno tenía conocimiento de que el delito había sido cometido por un organismo del ejército” . . . y por lo tanto, “La responsabilidad administrativa recaía sobre su jefe (el general Rojas Pinilla) porque lo supo y lo consintió o lo ignoraba, debiendo haberlo sabido”.⁸

Una vez asumida la jefatura del Estado, el presidente Gómez en reemplazo de Lucio Pabón Núñez, quien defendía a capa y espada al comandante de la Fuerzas Militares, designó a Jorge Leyva Ministro de Guerra (hoy de Defensa), quien decretó la destitución de Rojas. Realizado ese acto administrativo, el nuevo ministro salió a hacerse reconocer por la tropa al Batallón Caldas y el Presidente se retiró de Palacio por elemental norma de cortesía con Urdaneta Arbeláez, quien estaba constipado y todavía ocupaba las habitaciones privadas de la Casa de Nariño.

⁴ Programa conservador 1849

⁵ Editorial de El Siglo, Bogotá, Julio 16 de 1978

⁶ Gómez, Laureano. Manifiesto de Nueva York, Julio de 1953

⁷ Op. Cit.

⁸ Op. Cit.

Al llegar la noche, Rojas Pinilla entró como “Pedro por su casa” a Palacio donde se entrevistó con Urdaneta Arbeláez, a quien le ofreció su respaldo para que continuara al frente de los destinos de la nación. En la reunión participaban el ex presidente Ospina Pérez y el dirigente caldense Gilberto Alzate Avendaño entre otros, calculando como “pescaban en río revuelto”.

Como Urdaneta desde un principio se negó a reasumir el mando ante la oferta de apoyo de Rojas, y éste no tenía las suficientes agallas para tomarse el poder aprovechando abusivamente la ausencia de Gómez en Palacio, el hasta hace pocos momentos depuesto Ministro de Guerra, Lucio Pabón Nuñez, en medio de la confusión y la ofuscación de la élite conservadora presente, le dio por propalar la versión de que el comandante de la Fuerzas Militares, Gustavo Rojas Pinilla, había asumido el poder. Bajo la complacencia de unos y otros y la bufonada de Pabón Nuñez se dio el caricaturesco golpe de Estado del 13 de junio de 1953 que cubre de vergüenza la historia colombiana y de desarraigo ético e institucional al Partido conservador.

Un golpe de Estado que después se quiso “legalizar” so pretexto de la ausencia del presidente de Colombia en la Casa de Nariño, como si la presencia del Jefe del Estado en la sede presidencial fuera el elemento fundamental para señalar que constituye falta absoluta en el desempeño del cargo.

Era obvio, además, que Rojas no estaba preparado para mandar ni menos para designar en ese momento un gabinete ministerial. Empero, *“el doctor Ospina Pérez se aprovecha de la situación y le nombra todo el gabinete al general Rojas, incluyendo a los militares que quedaron de ministros . . . Así empezó Ospina dominando al general Rojas”*.⁹

Después sería el mismo Ospina el que para “tapar” el golpe y darle visos de legalidad, se inventó la fórmula de la “vacancia” presidencial y en acto espurio expedido por la Asamblea Constituyente de bolsillo de Rojas y presidida por aquel, se reconoció al usurpador como presidente legítimo de Colombia. Acto, sobra decirlo, atentatorio y violatorio del Estado de Derecho.

De ahí en adelante, el conservatismo debe afrontar una fuerte escisión entre quienes defienden “el orden constitucional contra la dictadura” y quienes están al asecho de las oportunidades y los gajes burocráticos.

Pero claro, a mediano y largo plazo y así se puede observar en la historia reciente del país, los “posibilistas” como califica a quienes pertenecían al sector ospinista el historiador Alberto Dangond Uribe, han logrado mantenerse en el poder gracias a sus artimañas y a sus tradicionales estrategias electorales salpicadas de corrupción y clientelismo.

Y es que en un país subdesarrollado como el nuestro *“la mediocridad, por supuesto, obtiene algunos éxitos. En la política actúan a menudo hombres hábiles, ladinos, suficientes para sostenerse en una cadena de “triumfos” personales sin contenido histórico. EL Duque de Otranto fue uno de ellos. José Fouché, en efecto, se acomodó al Directorio, al Consulado, al Emperador y al Rey. Reemplazaba sus programas políticos con la misma facilidad con la que cambiaba de casaca”*¹⁰

Esa “alma de Fouché”, es lo que ha caracterizó a los ospinistas que después de usufructuar y aprovecharse de la dictadura de Rojas, cuando lo vieron en el ocaso y ante los vientos del retorno institucional, en forma hipócrita y por demás utilitarista, abandonaron la nave en la que venían transitando en medio de un mar de gajes y prebendas, para unirse a la política de pacto de clanes más no de pacto social del Frente Civil que luego se conocería con la denominación de Frente Nacional.

Cuando Laureano Gómez y Alberto Lleras sentaron las bases de la política de reconciliación y cooperación de los dos partidos tradicionales a través de la Declaración de Benidorm, el grupo

⁹ Testimonio del general (r) Alberto Powells. Documento “Itinerario del Golpe de Estado”. Revista Semana, Bogotá, edición N° 579, Junio 8 – 15 de 1993.

¹⁰ Dangond Uribe, Alberto. Laureano, su vida es su victoria. Editora Colombiana S.A. Julio de 1962, página 17

“posibilista” no podía quedarse atrás y como tenía que sobrevivir a los nuevos acontecimientos, ocho meses después de haberse suscrito ese documento por los dos jefes políticos, sacó a jugar su carta.

Su estratagema consistía en un documento que lo denominó el Pacto del 20 de Marzo, en el que en forma oportunista se aceptaba la tesis de Benidorm, en el sentido de que era *“posible y necesario crear un gobierno o una sucesión de gobiernos de coalición amplia de los dos partidos, hasta tanto que recreadas las instituciones y afianzadas por el respaldo decidido de los ciudadanos, tengan fortaleza bastante, para que la lucha cívica se ejercite sin temor a los golpes de estado”*. (. . .)

Alberto Lleras al referirse al Pacto de 20 de Marzo explicó a sus copartidarios que éste se produjo “cuando una y otra vez los restos del conservatismo que yo llamaría posibilista se fatigaron de golpear con mano tímida a la innoble puerta del estado de sitio”.¹¹

Así como los “posibilistas” con su jefe el ex presidente Ospina Pérez a la cabeza manejaron y se beneficiaron de los tiempos de bonanza de la dictadura, también se apropiaron de todas las gabelas del Frente Nacional. Pese a que ese grupo no intervino en el nacimiento del experimento frentenacionalista terminó, sin embargo, imponiendo los candidatos presidenciales que en los períodos 1962 – 66 y 1970 – 74 correspondieron al Conservatismo. Porque poco les importaba los contenidos programáticos y el compromiso con la historia, su interés radicaba en los “triumfos” electorales y en los gajes burocráticos. Por eso y con la autoridad de haber militado en ese sector conservador, el ex congresista William Massy Mor afirma que *“el ospinismo se acabó cuando no tuvo a quien más nombrar en la fronda burocrática de todos los niveles del Estado”*.

Como el país de los galos *“detrás del trono de Francia, en el Palacio de las Tullerías, siempre estaba Fouché. Entraba y salía airoso y muy compuesto, con los girondinos, con los terroristas, con Robespierre, con los termidoristas, con Barrás, con el Directorio, con el Primer Cónsul, con el Emperador y con el Rey”*¹²

Esa es la razón por la cual el propio Laureano Gómez al retornar al país del exilio diferenció al conservatismo doctrinario con los conservadores “posibilistas” con la célebre fase del “oro y la escoria”.

Diferencias de alto contenido político, moral, y doctrinario que impidieron en lo sucesivo, encontrar fórmulas de “unión”, porque es obvio que por estos antecedentes de la historia reciente, los dos sectores del conservatismo en ese entonces por su estilo y por su forma de ver la política, se repulsaban.

Otro antecedente que demuestra el espíritu de Fouché de los “posibilistas”, es el que tuvo ocurrencia con ocasión del escogimiento de la segunda candidatura de Belisario Betancur en el año de 1978.

El conservatismo para entonces también estaba fraccionado entre los conservadores doctrinarios de Laureano Gómez y los ospino-pastranistas, aunque ya el ex presidente Ospina había fallecido, la voz cantante de este sector era el ex presidente Misael Pastrana Borrero.

El partido conservador venía de un proceso de unión de puro formalismo, pues el grupo “posibilista” disimuló apoyar decididamente la candidatura de Alvaro Gómez Hurtado en 1974. Como consecuencia de esta circunstancia *“había un directorio nacional único, impuesto por el doctor Ospina Pérez arbitrariamente, con dos amigos suyos por cada laureanista. Imposición hecha en el momento de celebrar la convención que proclamó la candidatura de Alvaro Gómez y como una especie de contraprestación. No obstante su situación de inferioridad, los laureanistas procuraron mantener la armonía y llegaron a tener por convicción sobre sus*

¹¹ Lleras Camargo Alberto, en circular a los Directorios Liberales Departamentales. “Los guerrilleros intelectuales”, página 153

¹² Dangond Uribe, Alberto. Op. Cit. Página 43.

colegas de directiva, una situación de equilibrio. Fue cuando los pastranistas decidieron romper su unidad formal".¹³

Llegada la coyuntura electoral y eliminada toda posibilidad de realizar una convención nacional única, el conservatismo doctrinario liderado por Alvaro Gómez Hurtado lanzó en el primer semestre de 1977 la candidatura de Belisario Betancur Cuartas, la cual fue proclamada oficialmente el 14 de octubre de ese año en el Salón Elíptico del Capitolio Nacional.

El nombre de Betancur en ese momento congregaba y era carta de garantía para llevar adelante una campaña vigorosa y de éxito. Frente a la actitud del alvarismo, el heredero político del ex presidente Ospina y nuevo jefe de los "posibilistas", Misael Pastrana Borrero, montó en cólera y se dedicó a ponerle toda clase de obstáculos a esa candidatura.

Vinieron entonces "cartas indagatorias, pre-requisitos, exigencias de definiciones sobre presuntas legitimidades, presiones sobre programas. Se llegó a decir que quienes habían propuesto ese nombre (el de Belisario Betancur) tenían la perversa intención de quemarlo".¹⁴

Pese a las pataletas de los "posibilistas", Pastrana Borrero y sus áulicos no tuvieron más remedio que resignarse y aceptar, porque no tenían otra carta frente a la candidatura de Betancur.

Aunque para el pastranismo fue en 1977 una desilusión mortal el lanzamiento de la candidatura presidencial de Betancur, lo paradójico fue que este sector terminó adueñándose de la candidatura belisarista. Y en la siguiente candidatura de Betancur, la que salió triunfante en 1982, los "posibilistas" no solo se apropiaron de la candidatura sino que fueron los amos y señores del gobierno que presidió el ilustre hijo de Amagá. Hasta se llegó a decir que el ex presidente Pastrana era "el rey tras el trono", pues su palabra era ley y el poder ejecutivo estaba a sus órdenes. No contento con manejar a su antojo ese factor de poder, se autoproclamó como jefe máximo del Partido Conservador y en 1987 tuvo la osadía de cambiarle el nombre a la histórica colectividad de Caro y Ospina, anteponiéndole la palabra "social".

El "posibilismo" siguió haciendo de las suyas. En 1994, con el nombre de Andrés Pastrana lanzó candidato presidencial propio que no quiso untarse de conservatismo y por eso se escudó bajo un movimiento que autodenominó Nueva Fuerza Democrática. Su supuesto éxito en las encuestas se basó en el marketing político, a sabiendas y aprovechando que el pueblo colombiano (por desventura) no vota por ideas, sino que lo hace como "*en una democracia subdesarrollada, y, a veces, en las avanzadas, por imágenes, mitos, pálpitos, o por oscuros sentimientos y resentimiento sin mayor nexo con la razón*".¹⁵

En 1998 el "delfín" de la casa Pastrana alcanzó la Presidencia de Colombia, pero al término de su mandato dejó sumido a su partido en una profunda crisis de identidad doctrinaria.

DE CÓMO SE LLEGA AL PODER POR LA VÍA DEL FRAUDE

La impotencia y quizá la rabia cundían en la casa del general Gustavo Rojas Pinilla, localizada en el tradicional barrio de Teusaquillo de Bogotá. Tanto Rojas y su hija María Eugenia como los dirigentes anapistas que entraban y salían de la residencia entre las altas horas de la noche de aquel domingo 19 de abril de 1970 y las primeras de la madrugada del lunes 20, se sentían robados y buscaban organizar una protesta que tuviera amplias consecuencias políticas y sociales.

¹³ Civismo y Civilización. El Siglo Editoriales IV Tomo, Bogotá, Editorial Desarrollo S.A. 1979, página 33

¹⁴ Op. Cit.

¹⁵ Vargas Llosa, Mario. EL pez en el agua. Editorial Seix Barral, Barcelona 1993.

Hacia las tres de la mañana del lunes 20 de abril, cuando ya se había producido la orden del gobierno de Lleras Restrepo en el sentido de prohibir la difusión radial de los resultados electorales ante la aplastante victoria del general Rojas que prácticamente le ganaba tres a uno al candidato del Frente Nacional, el abogado huilense Misael Pastrana Borrero, se acordó por parte de algunos anapistas con el hasta ese momento candidato triunfante una solución de fuerza para que no se desconociera su triunfo por parte del régimen liberal-conservador.

EL PAPEL DE GOLCONDA

En efecto, a esa hora de la madrugada, se encontraban en la residencia de Rojas Pinilla reunidos con él y con su hija María Eugenia, el sacerdote René García y el profesor de matemáticas y de marxismo Germán Zabala, integrantes del entonces controvertido grupo religioso Golconda.

Golconda fue un movimiento de sacerdotes de izquierda y de algunos seculares católicos que recogió en buena parte el pensamiento de Camilo Torres después de su muerte y logró sacudir las estructuras de la Iglesia Católica colombiana en los años 60s y comienzos de los 70s.

Los sacerdotes de Golconda combinaban su visión teológica con una metodología marxista para cambiar la realidad social del país. Y por eso veían en la Anapo del general Rojas un movimiento capaz de cambiar el contexto histórico mediante una ruptura entre los partidos tradicionales y el proceso popular que hervía en ese momento en Colombia.

LA NEGATIVA DEL ELN

Cuando el general Rojas a esa hora de la madrugada se da cuenta de que el régimen frentenacionalista le va a birlar su victoria electoral, le dice al sacerdote René García: *“René es necesario que el Ejército de Liberación Nacional (ELN) se tome la dirección de este proceso y baje a dirigir porque nosotros no tenemos la capacidad para hacerlo”*.¹⁶

Golconda tenía muy buenos contactos con la dirigencia del ELN y por esa razón el sacerdote René García viaja a Bucaramanga a contactar al comandante del ELN Fabio Vásquez Castaño para proponerle la idea de Rojas. Empero, Vásquez no aceptó, señalando que *“nosotros con los harapientos no queremos nada, esos son unos carniceros, una gente sin principios”*.¹⁷

Para los anapistas la negativa de Vásquez de trasladarse hasta Bogotá a dirigir la resistencia a los intereses del régimen del Frente Nacional les hizo perder todo el impulso político.

El profesor Germán Zabala, por su parte, considera que *“Rojas Pinilla se replegó no porque no quisiera pelear, sino porque él no estaba en disponibilidad de hacer un combate. Se lo dejaba a Fabio Vásquez. Para mí el culpable no es el General, porque históricamente no era a él a quien le correspondía; era a Fabio, que si baja y se mete a las ciudades podía tomar el poder con la Anapo. No había necesidad de echar un tiro, eran millones de anapistas los que estaban pidiendo un cambio. La voz del General hubiera bastado”*.¹⁸

En esa convulsión política que vivía el país, todo era propicio para la integración del ELN con la Anapo y de hecho se estaba dando. Prácticamente se puede afirmar que había llegado el momento histórico para ese grupo guerrillero. Sin embargo, recuerda el sacerdote René García, *“Fabio Vásquez no lo quiso entender así. Ellos debieron aparecer públicamente con (Domingo) Laín y (Manuel) Pérez el 19 de abril del 70 y no el 15 de febrero como finalmente lo hicieron. Teníamos razón al decirles que ahí había un cambio histórico, cosa que después Bateman si entendió. Lo que no hizo el ELN, se lo inventó Bateman. El M-19 viene a ser la corrección de un error del ELN. Ellos llenaron el vacío que había dejado el ELN en ese momento histórico”*.¹⁹

¹⁶ Restrepo, Javier Darío. La revolución de las sotanas, Editorial Planeta, Bogotá, Diciembre 1995, segunda edición, página 117

¹⁷ Op. cit.

¹⁸ Op. cit. Página 118

¹⁹ Op. cit.

AMENAZA PARA EL BIPARTIDISMO

El movimiento político de Rojas supo encauzar a su favor el descontento y antipatía de los sectores populares y políticos contrarios a la coalición frentenacionalista. Por eso la Anapo logró la adhesión de un vasto electorado que lo conformaban las bases populares, los militares retirados, las familias de los militares en ejercicio, los liberales e inconformes con el Frente Nacional y dirigentes y militantes del antiguo M.R.L. de Alfonso López Michelsen que ya se había unido al liberalismo oficialista.

Pero, además, en amplios sectores de la opinión nacional existía el convencimiento de que el juicio político que se le siguió a Rojas en el Senado en el año 1959 había sido parcializado, simplemente porque ese proceso fue realizado por sus enemigos que eran la inmensa mayoría en esa corporación.

A ello hay que añadirle el escándalo Fadul y Peñalosa denunciado en un debate en el Congreso de la República por el senador samario José Ignacio Vives Echeverría, en el sentido de que tanto el director del IFI como el ministro de Agricultura del gobierno de Lleras Restrepo estaban aprovechando sus altas posiciones para sacar provecho personal. Ese escándalo que tuvo amplias repercusiones políticas llenó de indignación a buena parte del país y generó un alto índice de descontento que lo supo captar y canalizar la Anapo.

Desde que la Corte Suprema de Justicia y el Tribunal Superior de Cundinamarca devolvieron a Rojas sus derechos civiles y políticos, tras la “condena” en el Senado, la dirigencia liberal conservadora del Frente Nacional vio en el General una posible amenaza aunque nunca con las proporciones que llegó a tener el 19 de abril de 1970, pues la Anapo en ese momento era un movimiento de amplio calado popular y social cuyo avance era imparable.

FRAUDE DESCARADO

A través de los últimos 30 años se ha ido formando un acervo probatorio que permite afirmar sin temor a equivocarse que, ciertamente, a Rojas Pinilla le robaron las elecciones. Varios documentos y libros se han escrito desde entonces que permiten comprobar cómo fue el fraude y cuál fue la estrategia del gobierno y del bipartidismo para darle el “triumfo” a Misael Pastrana Borrero.

Pero también es preciso señalar que el triunfo de Rojas se debió en gran parte a la profunda división conservadora que produjo además de la candidatura oficial de Pastrana, las candidaturas disidentes de Belisario Betancur y Evaristo Sourdís. Ese fraccionamiento conservador favorecía ampliamente las aspiraciones de Rojas.

El primer error del gobierno de Lleras Restrepo fue el de ordenar a través de su ministro Carlos Augusto Noriega la suspensión de las transmisiones radiales de los boletines electorales al ver que en cada uno de ellos la ventaja de Rojas era cada vez mayor respecto a Pastrana.

Otro error garrafal lo cometió la Registraduría que en abierta manipulación de los guarismos electorales dejó ver inconsistencias protuberantes. Según las reseñas electorales de los comicios de 1970, el fraude es incontrovertible en casos sucedidos en los departamentos de Nariño, Chocó y Sucre, en donde los primeros boletines oficiales dan cuenta del amplio margen de ventaja de Rojas.

Sin embargo en los subsiguientes informes de la Registraduría no sólo Pastrana comienza a superar al candidato de la Anapo, sino, cosa curiosa, Rojas desciende en sus votaciones, en vez de mantenerse o aumentarlas.

En Nariño a Rojas le quitaron 8000 votos entre las diez de la noche del domingo y la tres de la tarde del lunes; y en Sucre, el general bajó de 11 mil a 7 mil votos de un boletín a otro. En Cauca y Chocó la votación de Rojas se congeló, mientras la de Pastrana creció

aceleradamente. Todas estas anomalías continuadas. Pero sobre todo los descensos en la votación del candidato de la Anapo fueron explicados después como “errores telegráficos”.

A la media noche del 19 de abril del 70 Pastrana perdía por 212.000 votos, y pocas horas después, al amanecer, ya ganaba por 2000 sufragios. No hay duda que la maquinación del fraude y el cambio de votos e información se hizo desde las altas esferas del poder.

Pero el gobierno en su afán de evitar el ascenso de Rojas al poder, continuaba cometiendo más errores, que a la luz de la historia, son pruebas contundentes de la manipulación y el fraude.

CREDENCIAL ESPURIA

Ante la inconformidad de los dirigentes de la Anapo que se sienten robados por el establecimiento, el presidente Carlos Lleras reacciona enérgicamente y el 21 de abril manda a dormir temprano a los colombianos en alocución televisada, en la que, adicionalmente, decreta el Estado de Sitio e instaura el toque de queda en Bogotá. El 22 de abril hace arrestar a un centenar de dirigentes anapistas y aísla en su residencia a Rojas y a su hija María Eugenia, haciendo que queden totalmente incomunicados con el mundo exterior.

De esta manera, Misael Pastrana gana la Presidencia de la República por escasísimos 63.557 votos, pero el resultado oficial se comunicó por la Corte Electoral en julio, tres meses después de la realización de las elecciones. Aunque desde el 20 de abril se sabía que el transporte de los resultados de las regiones alejadas iba a ser aprovechado para manipular los guarismos a favor de Pastrana.

Jurídicamente hablando, se afirma que el conjunto de indicios hace la prueba. En este caso no solamente hay indicios graves sino pruebas contundentes que demuestran que, efectivamente, a Rojas Pinilla le robaron las elecciones presidenciales y que Misael Pastrana Borrero llegó al solio de Bolívar gracias al fraude y la manipulación del régimen frentenacionalista, por eso su credencial como primer mandatario de los colombianos en el período constitucional 1970-74 fue y seguirá siendo fraudulenta.

EL PODER COMO FACTOR DE SOBERBIA, ARROGANCIA Y VANIDAD

Si en Colombia se quisiera hacer un estudio tanto psicológico como sociológico del poder, hay que acudir necesariamente a la personalidad de la influyente familia Pastrana para comprender, a ciencia cierta, cómo la ambición por el manejo de los asuntos del Estado lleva al individuo a cambiar su esencia, sus aparentes convicciones y a tener una profunda transmutación en su ser. Ese es el común denominador de Misael Pastrana Borrero y su hijo Andrés Pastrana Arango quienes en el transcurso de su trayectoria pública hábilmente y con destreza han hecho aparecer sus intereses personales como “verdaderos” aportes desprendidos a la patria.

A ambos el poder los tornó hombres soberbios, vanidosos, elocuentes y diletantes. Por eso no debe sorprender que Andrés, luego de haber lanzado severas críticas al presidente Álvaro Uribe Vélez, a quien acusó de “comprar conciencias” para hacer aprobar en el Congreso de la República el acto legislativo que viabiliza la reelección presidencial y de señalar con dedo acusador que “los paramilitares inclinarán la balanza electoral” en los comicios de 2006 a favor del uribismo, haya terminado aceptándole sin ningún rubor, ser su embajador en Washington.

Nuevamente el establecimiento colombiano ha salido a calificar de “colaboración patriótica y generosa” la actitud de Pastrana Arango, argumento que es generalmente utilizado cuando de consolidar el monopolio del bipartidismo tradicional se trata. Argumento que, afortunadamente, ya muy pocos creen.

¿“LA PATRIA POR ENCIMA DE LOS PARTIDOS”?

La élite liberal-conservadora colombiana cuando se trata de cooptar a un dirigente que está en la oposición como ocurrió con Andrés Pastrana en el gobierno de Álvaro Uribe, trae a colación la manida frase del dirigente liberal de la guerra de los Mil Días de principios del siglo XX, Benjamín Herrera, “la patria por encima de los partidos” que no deja de ser un ridículo eufemismo porque de sobra se sabe que hay detrás de una posición burocrática como un Ministerio o la principal legación diplomática en el mundo.

Pero, además, la voltereta política de este ex presidente conservador obedeció a que la esencia de los Pastrana es el manejo del poder, el cual llevan detentándolo hace aproximadamente cincuenta años en Colombia.

Bajo el argumento de que Andrés se “debía sacrificar por los altos intereses de la nación”, el ex presidente Julio César Turbay Ayala, un tahúr de la mecánica política, caracterizado por sus dotes de conciliador, defensor del militarismo a ultranza y recordado por su draconiano Estatuto de Seguridad durante su mandato (1978-82), aconsejó a Uribe Vélez de la necesidad de ofrecerle la embajada en Washington en reemplazo de Luis Alberto Moreno, elegido como presidente del BID.

Uribe ni corto ni perezoso no sólo aceptó el valioso consejo sino que se valió del propio Turbay para ofrecerle la “codiciada” posición a Pastrana, quien como era obvio, no dudó en aceptar.

Pero claro, todo el proceso estuvo rodeado de llamadas, encuentros y halagos de destacados voceros de la élite política colombiana para “convencer” a Pastrana de la “necesidad patriótica” de aceptar la generosa oferta de Uribe Vélez.

De esta manera, Uribe neutralizó y cooptó para su causa a un supuesto contradictor, y Pastrana Arango, por su parte, alimentó aún más su ego.

LA PEQUEÑA HISTORIA

El proceso de ascenso de la familia Pastrana al poder en Colombia tiene origen en un departamento olvidado de la geografía de este país. En efecto, Misael Pastrana Borrero, nacido en Neiva en 1923 cuando la capital del Huila no era más que una aldea con un ambiente muy provincial, pasó sin mayor esfuerzo a ser un fino ciudadano al haber sabido arrimarse a buen árbol. Gracias a patrocinadores como los ex presidentes Mariano Ospina Pérez (1946-50), Alberto Lleras Camargo (1945-46 y 1958-62) y Carlos Lleras Restrepo (1966-70) logró llegar en 1970 a la Presidencia de Colombia gracias al fraude electoral, pues históricamente está comprobado que el ganador en la contienda electoral del 19 de abril de ese año fue el general Gustavo Rojas Pinilla.

Sin embargo el bipartidismo impuso a Pastrana en la Presidencia de Colombia, posición en la cual conoció, acarició y detentó el poder. Pero no le bastaron cuatro años de disfrute de ese fenómeno sociológico y político que es el poder sino que se acostumbró a él y siguió manteniéndolo o buscándolo afanosamente, a veces con voracidad, hasta el mismo instante de su fallecimiento.

Si Virgilio Barco (1986-90) fue un Presidente atípico para el país por su indescriptible forma de ser, Pastrana Borrero lo fue en grado sumo como ex presidente. En efecto, llegó a la Presidencia sin tener una cauda electoral propia y su elección se debió, fundamentalmente, al Partido Liberal. Al momento de ascender al solio de Bolívar, Pastrana no era un gran elector como fue el caso de Julio César Turbay, quien pacientemente y tras larga lucha logró hacerse a un numeroso grupo de barones electorales. Por el contrario, Pastrana demostró sus habilidades de jefe político y electoral una vez terminó su mandato en el año de 1974. De allí en adelante comenzó a tener una fuerza parlamentaria predominante frente a la otra orilla conservadora que lideraba Álvaro Gómez Hurtado. Claro que coadyuvó a consolidar su "jefatura" el fallecimiento de Ospina Pérez en 1976.

CARRERA SIN OBSTÁCULOS

Pastrana Borrero fue un hombre dechado de la vida, su carrera política no tuvo obstáculos ni tropiezos. Todo el camino que recorrió en la actividad partidista estuvo pavimentado y lo hizo en línea recta, sin curvas ni cuestas.

Provenía de una familia modesta del Huila. Su padre don Misael Pastrana Pastrana debió instalarse por algún tiempo en la localidad de Garzón para desempeñarse como gerente de la agencia del Banco Agrícola Agropecuario, un cargo de tercera categoría que consiguió gracias a que le ayudaba políticamente a su amigo el dirigente conservador Rafael Azuero Manchola.

Misael hijo tuvo la buena fortuna de haber sido enviado a estudiar en reputados establecimientos educativos de Bogotá como el colegio de San Bartolomé y la Universidad Javeriana. En sus comienzos vivió como un modesto provinciano, hospedándose en precarias pensiones de la ciudad. Pero su carrera fue ascendente gracias a la tutela del ex presidente Ospina Pérez y de su esposa Bertha Hernández. Esa tutela le permitió llegar a ser uno de los grandes burócratas del país. Desde el gobierno de Ospina hasta el Frente Nacional (1958-1974), Pastrana ocupó todas las posiciones habidas y por haber de la burocracia colombiana. Desde secretario de Ministerio, pasando por gerente bancario, hasta ministro de Despacho, embajador y, finalmente, Presidente de la República. No tuvo empacho, inclusive, de ser beneficiario de la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957).

Corría el año de 1947 y el joven Pastrana recién egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad Javeriana y con ambiciones de ir a especializarse en el exterior, es nombrado por el presidente Ospina como secretario de la Embajada de Colombia ante la Santa Sede, donde conocería a quien poco después sería su esposa, María Cristina Arango Vega, hija del entonces embajador y dirigente liberal, Carlos Arango Vélez

En 1949 el propio Ospina lo llama para que le sirva de secretario privado en la Presidencia hasta el final de su periodo. Elegido Laureano Gómez como nuevo mandatario de los colombianos, Pastrana sigue en la Secretaría Privada por tres meses más hasta cuando es nombrado ministro consejero de la Embajada de Colombia en Washington. Posteriormente retorna a Colombia a ocupar el cargo de secretario general del Ministerio de Relaciones Exteriores.

En 1953 se produce el golpe de cuartel del general Gustavo Rojas Pinilla, Pastrana que va adquiriendo una notable trayectoria de ejecutivo en asuntos públicos no se mete en las luchas partidistas, ni se enfrenta al dictador creando "batallones suicidas" como Belisario Betancur y Álvaro Gómez. Por el contrario, aprovecha que Ospina Pérez se convierte en "socio" político de Rojas para hacerse nombrar gerente de la oficina de la Caja Agraria en Nueva York.

EL TECNÓCRATA

Elegido en 1958 Alberto Lleras Camargo como primer Presidente del Frente Nacional, Pastrana es designado Ministro de Fomento (lo que equivale hoy a la cartera de Desarrollo). De ahí en adelante el país comienza a escuchar en forma insistente su nombre. Después y en el mismo gobierno pasa al Ministerio de Obras Públicas y luego es rotado al Ministerio de Hacienda.

Pastrana, como se observa, ocupa durante la administración Lleras Camargo ministerios netamente técnicos, lo que contribuye a darle un alto perfil de tecnócrata. Ese prestigio hace que algunos medios de prensa lo postulen como precandidato presidencial para el segundo turno del Frente Nacional. Pero ese fue simplemente un campanazo porque al surgir el nombre de Guillermo León Valencia, Pastrana sabe que no tiene nada que hacer.

Durante el gobierno de Valencia se aleja por poco tiempo de la burocracia e ingresa al sector privado reemplazando en la presidencia de la firma multinacional Celanese a Carlos Lleras Restrepo. Coincidentalmente en 1970 Pastrana sucederá a Lleras en la Presidencia de la República.

Este joven tecnócrata conservador del Huíla ya había tenido alguna experiencia en la empresa privada, pues entre los años 1956 y 1959 se desempeñó como gerente y presidente de la Asociación de Fabricantes y Productos Farmacéuticos (Afidro), y había ocupado la vicepresidencia de la Corporación Financiera Colombiana de Desarrollo Industrial.

En definitiva, la carrera profesional de Pastrana hasta ese momento es la de un ejecutivo con aires de técnico que jamás había participado en disputas ni en luchas partidistas; no conoció del duro enfrentamiento de los partidos tradicionales, porque mientras en Colombia se libraba una más de las batallas fratricidas por motivos netamente políticos, él disfrutaba de las altas posiciones burocráticas en el exterior y devengaba en dólares.

EL POLÍTICO

El 9 de septiembre de 1969 deja la jefatura de misión de la sede diplomática en Washington para la cual había sido designado por el presidente Carlos Lleras Restrepo, luego de haberle colaborado como ministro de Gobierno, y retorna a Colombia para meterse de lleno en la actividad proselitista y buscar su nominación como candidato presidencial del conservatismo.

Lo sorprendente de Pastrana es que durante su trayectoria pública jamás fue elegido al Congreso, ni siquiera para el Concejo de Neiva o la Asamblea del Huíla. Cuando aspiró a la Cámara de Representantes fue derrotado estruendosamente por Felio Andrade Manrique. En otras palabras, no conocía hasta 1969 lo que era hacer una campaña política ni se había metido en el "barro" electoral. Nunca, además, supo de la mecánica de las convenciones conservadoras ni como se "tejen" y se hacen los pactos parlamentarios en los pasillos del Congreso. Al Capitolio fue, solamente, cuando se desempeñaba de ministro, pero a diferencia de Belisario Betancur, Turbay, López Michelsen, Virgilio Barco, Álvaro Gómez, César Gaviria, Ernesto Samper, e inclusive de su hijo Andrés Pastrana, Misael no se hizo en el Congreso.

EL MENTOR

Paradójicamente, una desgracia, le abriría las puertas al éxito. El domingo 24 de julio de 1938, el adolescente Pastrana de apenas quince años de edad fue con dos compañeros suyos de colegio a observar las maniobras aéreas que se iban a llevar a efecto en el campo de Santa Ana y a las cuales asistían también los presidentes entrante y saliente Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos Montejó respectivamente. En un instante todo fue horror. Un avión se incendia y se choca con la tribuna donde se hallaba una gran cantidad de gente presenciando el espectáculo. Uno de los heridos de gravedad por las quemaduras fue Pastrana. Atendido en el Hospital San Juan de Dios fue a verlo la madre de un condiscípulo suyo, nada menos que doña Bertha Hernández de Ospina. Ella se enterneció con la situación del muchacho y de allí en adelante se convirtió en su protectora.

Esta circunstancia lo llevó a que el propio Ospina Pérez le tomara aprecio y lo impulsara en la actividad pública. El apoyo de la familia Ospina Hernández fue decisivo y definitivo en la vida de Pastrana, hasta el punto que doña Bertha al pedir a los delegados que apoyaran su nombre en la convención conservadora de 1969 afirmaba que Misael "es Mariano treinta años más joven".

EMPATE

Con la sombra tutelar del ex presidente Ospina y doña Bertha, Pastrana presenta su candidatura a la convención nacional conservadora que se reunió en Bogotá el 5 de noviembre de 1969. Sin embargo, Pastrana enfrentaba a duros contrincantes con mayor experiencia política y proyección nacional que él.

A Pastrana no lo veían con buenos ojos los dirigentes de lo más granado del conservatismo. Por eso en esa asamblea nadie estaba dispuesto a cederle el paso al protegido del ex presidente Ospina. Dirigentes de la talla de Álvaro Gómez Hurtado, Belisario Betancur, José Elías del Hierro, Evaristo Sourdis, Hernán Jaramillo Ocampo y Cástor Jaramillo Arrubla, quienes también tenían aspiraciones presidenciales, buscaban cerrarle el paso a como diera lugar.

Al momento de decidir en la convención se presentaron dos nombres: el de Pastrana y el de Sourdis. Llegó el momento de votar y se produce un resultado muy estrecho: 276 votos por Sourdis y 272 votos por Pastrana.

Esta circunstancia hace que el denominado "sindicato" integrado por Sourdis, José Elías del Hierro, Hernán Jaramillo y Cástor Jaramillo Arrubla, todos ellos aspirantes a ser ungidos como candidato oficial del conservatismo, se coligaran a favor del primero para derrotar a Pastrana. Empero, el "sindicato" no logró su cometido.

Ospina que presidía la convención al llamar a una segunda votación comienza a maquinarse para lograr que su pupilo salga bien librado de la maniobra del "sindicato". Al iniciarse la segunda votación, Ospina, ni corto ni perezoso, anuncia su voto público para favorecer a Pastrana y evitar votos enmascarados. Su actitud despierta gran protesta entre los convencionistas. Estalla una zambra en la asamblea política, el ex presidente Roberto Urdaneta Arbeláez toma a la fuerza el micrófono y señala que el voto secreto era garantía de imparcialidad. Álvaro Gómez, a su turno, quien se había comprometido con Sourdis y buscaba una tercería para él, anuncia su voto por Ospina Pérez.

El resultado de la votación no pudo ser más sorprendente: 278 votos por Sourdis y 278 votos por Pastrana.

Frente a ese empate surgió el mecanismo de los compromisarios para dilucidar el problema y lograr un arreglo definitivo que permitiera escoger el candidato. Se le propuso a Álvaro Gómez que fuera compromisario, pero éste obviamente no aceptó porque buscaba ser el candidato si Sourdis y Pastrana retiraban sus nombres de la contienda.

Sourdis y Hernán Jaramillo propusieron, entonces, el nombre de José Elías del Hierro para que actuara como compromisario frente a Ospina. En la noche del siete de noviembre se acordó llevar a la convención nacional una propuesta en la que se establecía que los árbitros tenían plenos poderes para escoger el candidato. Sin embargo, recuerda Del Hierro, *"en la mañana del ocho antes de que se reuniera la convención, se cambió el texto de la proposición en términos que daban la posibilidad de enviar a la convención nacional liberal, una lista con varios nombres, proposición que a pesar de mi oposición, se presentó. Esta había sido acordada por Mariano Ospina Pérez y Álvaro Gómez Hurtado"*. (1)

Ospina buscaba a todo trance la manera de respaldar a Pastrana y a diferencia de Del Hierro que asumió un papel imparcial, el ex presidente obraba con una inclinación absoluta y, en consecuencia, urdía la mejor carta para lograr sus propósitos políticos.

Por eso se ideó la fórmula de enviar a la convención liberal una lista de candidatos por orden alfabético con los nombres de: Del Hierro José Elías, Jaramillo Ocampo Hernán, Pastrana Borrero Misael y Sourdis Evaristo.

Ospina sabía de antemano que el liberalismo escogería de esa lista a Pastrana, quien contaba con el apoyo de los dos Lleras.

José Elías del Hierro rechazó de inmediato que su nombre se incluyera en la lista que sagazmente enviaría Ospina a los liberales, además porque había renunciado a su candidatura presidencial.

Dice Del Hierro: *"Agradecí la postulación pero la rechacé porque cuando yo renuncié, renuncié: lo había hecho al aceptar ser compromisario e insistí en la escogencia de un solo candidato, prescindiendo de los nombres de Sourdis y Pastrana que eran los contendores, para poner el nombre de uno solo, el tercero, que fuera suficientemente calificado, que obtuviera la confianza del conservatismo y que no pudiera ser vetado por el partido liberal".* (2)

TRAICIÓN

Ospina siguió en su empeño de enviar su lista a los liberales y desconoció la posición de Del Hierro. La convención liberal se reunió en Bogotá el 9 de noviembre en el Capitolio Nacional y recibió dos cartas: una de Ospina y otra de Del Hierro, quienes explicaban lo sucedido y hacían un recuento de los acontecimientos en la asamblea conservadora.

La misiva de Ospina *"faltaba a la verdad, pues la información sobre la convención conservadora era parcial, incompleta y acomodaticia"* (3), habida cuenta que era evidente su respaldo a Pastrana, recuerda Del Hierro.

De esta manera, Ospina dejó en manos de los liberales la decisión sobre el candidato conservador. Frente a esa actitud de traición al conservatismo y, por sobre todo, de descortesía con José Elías del Hierro, el ex presidente Guillermo León Valencia publicó una extensa declaración en la que expresaba que el ex mandatario antioqueño *"transmitió a la convención liberal, solo parte de lo sucedido en la convención conservadora, pero no todo, porque eludió informar el desarrollo completo de los acontecimientos, especialmente de los dos rechazos alternativos que sufrió su candidato presidencial, durante el curso de las deliberaciones conservadoras"*.

En esas circunstancias, el liberalismo definió el problema conservador escogiendo como último candidato oficial del Frente Nacional a Misael Pastrana y Ospina se salía con la suya. Sin embargo, el conservatismo se dividía pugnazmente, pues las candidaturas presidenciales de Sourdis y Belisario Betancur se mantuvieron y fuera de éstas un buen número de conservadores terminó apoyando la aspiración del general Gustavo Rojas Pinilla de volver al poder, esta vez por la vía democrática.

FRAUDE

Por escasísimos 63.557 votos ganó Pastrana la Presidencia de Colombia en aquel memorable 19 de abril de 1970.

En febrero de 1995 en su edición No. 665 la revista *Semana* de Bogotá publicó un sesudo análisis en el que dejó en duda la legitimidad y legalidad de la elección presidencial de Pastrana, reproduciendo cifras aterradoras que dejaron mucho que pensar.

Dicha publicación analizó fría y objetivamente los casos sucedidos en los departamentos de Nariño y Sucre, y presentó cifras según las cuales en los primeros boletines de la Registraduría Rojas aparecía ganando por amplio margen, al igual que en el Chocó, y en los subsiguientes no solo Pastrana comienza a superarlo sino que, extrañamente, Rojas desciende en sus votaciones, en vez de mantenerse o de aumentarlas. ¿Cómo se puede explicar semejante aberración?

Pero, además, el periodista e historiador Arturo Abella en su columna de *El Nuevo Siglo* del 21 de abril de 1995 recuerda que el ministro de Gobierno, Carlos Augusto Noriega los designó a él y a Jaime Soto para que informaran los datos de la Registraduría. *"Cuando las emisoras empezaron a dar los datos de cada mesa, la mayoría favorecía a Rojas Pinilla. Y los datos oficiales quedaban atrasados y por lo tanto desmentidos por la realidad. Había una patente*

contradicción en las cifras. Y hacia las diez de la noche la convicción general daba el triunfo de Rojas..."

Lo único cierto es que la votación a favor de Pastrana en lo que concierne a su partido fue solamente de 400 mil sufragios conservadores, lo que confirma que su elección se debió, primordialmente, al liberalismo, como lo demuestran las estadísticas electorales de las discutidas elecciones de 1970.

EN EL TRONO

De su gobierno no hay mayor cosa que resaltar, sino la puesta en marcha del leonino sistema de Unidades de Poder Adquisitivo Constante (UPAC), que en su primer momento logró su cometido de impulsar y afianzar el sector de la construcción a través del ahorro. Durante el primer año y medio de haber comenzado este sistema se captó más de ocho mil millones de pesos, lo que permitió que Pastrana pudiera desarrollar su Plan de la Cuatro Estrategias dirigido, principalmente, a dar mayor auge al desarrollo urbano.

Sin embargo con el sistema Upac se institucionalizó la inflación en el país y el mismo sólo sirvió para enriquecer al sistema financiero y empobrecer a las clases medias colombianas.

En el plano económico y social Pastrana enterró las posibilidades de reforma agraria en Colombia a través del llamado Acuerdo de Chicoral que favoreció los intereses de los grandes terratenientes y terminó su gobierno con una inflación que llegaba al 30% y un endeudamiento galopante.

Pero es al salir de la Presidencia cuando verdaderamente se conoce a Pastrana como político. Si Ospina Pérez, su maestro, fue ladino, sagaz y felón, Pastrana se volvió soberbio, autárquico y vanidoso.

El gran responsable de que en Colombia se hubieren retrasado por más de veinte años las reformas a la justicia y al régimen departamental y municipal fue Pastrana Borrero, si no que lo diga el ex presidente Alfonso López Michelsen. Cuando López propuso lo que se denominó "la Pequeña Constituyente" para hacer dichas reformas constitucionales, Pastrana ejerció una inclemente oposición y maquinó hasta lograr su cometido en el sentido de "tumbar" el acto legislativo que daba vía libre a la convocatoria de esa asamblea.

Fue también Pastrana quien se opuso férreamente al esquema Gobierno-Oposición predicado por el presidente Barco. No descansó en su empeño de obstaculizar la gestión del mandatario liberal, pero en esta oportunidad sus resentimientos y rabieta por haber perdido el poder (pues dominaba gran parte de la burocracia estatal durante el gobierno de Belisario Betancur) no tuvieron mayor eco y su política de contradicción fracasó estruendosamente.

Pastrana se acostumbró al poder, pero sobre todo a usufructuarlo y por eso desde 1970 hasta 1986 cuando llegó Virgilio Barco al gobierno, mantuvo influencia en el sector energético colombiano.

Al fallecer Ospina en 1976 su pupilo se autoproclamó "jefe" del ospino-pastranismo y rivalizó con Álvaro Gómez Hurtado por la supremacía en el conservatismo. En su condición de nuevo "jefe" se fue "apropiando" de barones electorales que venían de otras orillas de la colectividad azul. El pastranismo, entonces, se consolidó como grupo para satisfacer su voraz apetito burocrático.

En el Congreso de la República los pastranistas se destacaron por su habilidad para la triquiñuela política; por su capacidad para conseguir prebendas burocráticas y contratos; y por la suspicacia para hacer elecciones. Contrastaba con el grupo parlamentario que seguía las orientaciones de Álvaro Gómez. El alvarismo, en cambio, se caracterizó por ser participante de los grandes temas del Estado mediante debates parlamentarios y la presentación de proyectos de ley y de actos legislativos de trascendencia.

Pastrana como jefe se caracterizó por ser un gran elector que formó a su alrededor un grupo de áulicos que en sus respectivas regiones hacían de las suyas y utilizaban como botín la burocracia y los servicios del Estado.

Esa camarilla clientelista y electorera de Pastrana estaba constituida por barones y caciques electorales de la catadura de los Telésforo Pedraza en Bogotá, los Yepes Alzate en Caldas, los Valencia Cossio y los Vélez Escoba en Antioquia, los González Narvárez y los Castro Borja en el Valle, los Polanía Sánchez y Gómez Hermida en el Huíla, los García Burgos en Córdoba, los Nelson Amaya en la Guajira, los Rogerio Bolaños en Nariño, los Angulo Gómez en el Tolima, los Martínez Simahán en Sucre, los Cuello Dávila en el Cesar, los Leovigildo Gutiérrez en el Meta, los Hernando Barjuch en Norte de Santander, los Jaime Salazar Robledo en Risaralda. Todos estos dirigentes tenían como denominador común el talante pastranista de haber esquilado el Estado en provecho de sus propios intereses y, lo que es peor, haber explotado a las gentes de sus departamentos sembrándoles falsas esperanzas para obtener el voto el día de las elecciones.

Por eso Pastrana se volvió un gran elector y defendía con coraje las posiciones burocráticas de sus amigos en la provincia. Durante el gobierno de Belisario Betancur fue el rey tras el trono. Todo movimiento burocrático debía ser consultado con él.

LUIS XIV

Al finalizar el gobierno de Betancur y como Álvaro Gómez estaba en pos de una nueva candidatura presidencial, Pastrana se arrogó la "jefatura única" del Partido Conservador. De esa manera se convirtió en un Luis XIV que proclamaba "el Estado soy yo". En el conservatismo el partido era Pastrana, porque la razón y la verdad las tenía él y ¡ay! de quien osara contradecirlo.

Ese estilo Luis XIV y su condición de jefe único y supremo del conservatismo lo llevó a dirigir a su antojo la colectividad azul. Durante el gobierno de Barco declaró la "oposición reflexiva" que constituyó un completo fracaso político y para darse aires de reformador cambió el nombre de su partido y le colocó el mote de "social". A través de una serie de disquisiciones ampulosas buscó explicar, sin que nadie le entendiera, porqué dicho partido debía llamarse Social Conservador.

Como ex presidente se caracterizó por su delirio de grandeza. Como le quedó chiquito este país, se dio a la tarea de recorrer el mundo y buscó la manera de ingresar a clubes internacionales. Presumía saber de ecología y afirmaba que él había formulado el primer código sobre recursos naturales en el mundo. Se hacía cortar sus camisas en Park Avenue y usaba zapatos suizos y corbatas Hermès.

Nunca escribió un libro y sin embargo cuenta con varias publicaciones. Lo que ocurría es que mandaba a compilar sus artículos de prensa, sus conferencias y discursos, y publicaba un libro cada año o cada dos años.

Su vanidad y ambición lo llevaron a tener medios de comunicación propios como el Noticiero TV-HOY, la revista Guión y el periódico La Prensa que durante su efímera existencia se caracterizó por ser una gacetilla donde el insulto y la injuria fueron el denominador común. Y como si fuera poco, creó un centro de estudios, la Fundación Simón Bolívar, que recibía y recibe aún recursos internacionales de entidades como la Konrad Adenauer.

IRRUMPE EL DELFÍN

Durante la jefatura de Pastrana el conservatismo se convirtió en una máquina de perder elecciones, por eso es que su hijo Andrés debió integrar movimientos popurrí y presentarse con nominaciones disfrazadas de independientes y suprapartidistas para poder llegar a la Presidencia de Colombia en 1998.

El conservatismo después de los dos Pastrana quedó, finalmente, al abandono de su doctrina, perdiendo prácticamente por completo su identidad.

Al morir Misael Pastrana en 1997 dejó a su "príncipe heredero", Andrés Pastrana Arango quien gracias a su apoyo e impulso logró escalar diversas posiciones públicas hasta alcanzar en 1998 la Presidencia de la República.

Pastrana Arango se destacó como presentador del noticiero TV-HOY de propiedad de su familia durante los primeros años de la década de 1980. En 1985 hasta 1988 se hizo elegir concejal de Bogotá y en este último año se convirtió en el primer alcalde de la capital colombiana gracias a la división del Partido Liberal.

Su gestión frente a la Alcaldía de Bogotá fue menos que mediocre, pero indiscutiblemente esa posición le sirvió de catapulta para su carrera política. Al culminar su gestión en 1990 viajó a Boston a realizar un curso en la Universidad de Harvard, retornó un año después a Colombia a formar un movimiento bipartidista que denominó Nueva Fuerza Democrática con el cual encabezó una lista al Senado, obteniendo ocho curules.

Aunque Pastrana Arango proyectaba una imagen aparente de putritanismo político, de anticientelismo, sus manejos burocráticos por debajo de la mesa y en forma subrepticia mostraban todo lo contrario. Se podría afirmar que él es el prototipo de lo viejo con empaque nuevo. Es decir, simplemente este "delfín" no era más que el resultado de un buen trabajo de marketing político y de un aceptable manejo de medios de comunicación.

COPARTÍCIPE DEL MODELO NEOLIBERAL

Una vez llegó al Senado en 1992, Pastrana Arango se convirtió en socio político del presidente César Gaviria Trujillo (1990-1994), el padre del modelo neoliberal en Colombia.

Gaviria le dio como participación burocrática dos Ministerios: el de Trabajo en cabeza de Luis Fernando Ramírez y de Desarrollo Económico en la de Luis Alberto Moreno, el hoy presidente del BID.

Precisamente, desde esas carteras se desarrolló buena parte de las medidas que implementaron el esquema aperturista como la reducción de aranceles, la flexibilización laboral y la mercantilización de la salud.

El pastranismo lideró desde el Ministerio de Trabajo el proceso de eliminación del Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), bajo el amparo de unos decretos que emitió Gaviria para modernizar el Estado, pero afortunadamente para Colombia, el Consejo de Estado los declaró ilegales.

Gracias al gobierno de Gaviria, Andrés Pastrana pudo aceitar su maquinaria burocrática, pues no solamente manejaba los hilos de los dos Ministerios mencionados, sino que contaba además con el Banco Central Hipotecario, la Corporación Nacional de Turismo, el Instituto Financiero Industrial (IFI), la Superintendencia de Sociedades, el Viceministerio de Obras Públicas, el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, Caminos Vecinales, la Caja Agraria y el Idema.

RESPICE POLUM

El 7 de agosto de 1998, Pastrana Arango asume la Presidencia de Colombia teniendo como guía fundamental de su política internacional la doctrina del Respice Polum (mirar hacia la estrella polar) que a comienzos del siglo XX implementó un ex mandatario coideario suyo, Marco Fidel Suárez (1918-21) que no es otra cosa que ser obsecuente con los dictados de Washington.

Pastrana no solo fue subordinado a todo lo que imponía la Casa Blanca, sino que llegó al extremo de aceptar todo el diseño y el esquema operativo del Plan Colombia.

Claro que en concepto del establecimiento colombiano este plan de guerra y de grandes beneficios económicos y geoestratégicos para Washington, constituye la más “generosa contribución” de los Estados Unidos para combatir el narcotráfico y la subversión.

Pastrana, por su parte, saca pecho por haber conseguido tan “invaluable ayuda” de la administración Clinton.

En gran medida, dicen los analistas del conflicto armado, el fracaso del proceso de paz con la FARC que impulsó Pastrana se debió a que la guerrilla veía con mucho recelo la intromisión de Washington en la militarización del país y la intervención de mercenarios norteamericanos en la confrontación interna.

En el ejercicio del cargo de primer mandatario de los colombianos, Pastrana Arango decepcionó a sus electores por sus pobrísimas ejecutorias, dejando postrada a Colombia en la mayor crisis que haya tenido la historia de este infortunado país.

NOTAS

1. Del Hierro Santacruz Carmen. Del Hierro un forjador de Historia. Cargraphics S.A. Bogotá 1995.
2. Opus cit.
3. Ibid.

EL PODER POR AZAR

Cómo ha progresado usted Presidente. Del club de ex presidentes colombianos es el que mayor influencia tiene en el ámbito nacional y es el de más importante proyección internacional. Aunque nos legó el modelo de apertura económica, cuyas consecuencias funestas el país las vino a soportar tiempo después, salió, gracias a la manipulación mediática, con buena imagen

del gobierno que presidió durante el cuatrienio 1990-94 y pasó a desempeñarse por un lapso de diez años (1994-2004) como Secretario General de la Organización de Estados Americanos (OEA), una institución que no ha podido remozarse de su anquilosamiento burocrático y su rol sigue siendo mediocre, por no decir anodino, en el ámbito latinoamericano. Sin embargo, usted dio un gran salto en menos de un lustro ya que de ser un congresista de provincia se convirtió en ciudadano del mundo.

Ciertamente que usted ha tenido muy buena estrella en la vida, presidente Gaviria, similar a la que ha rodeado en Colombia a los dos Pastrana. Su trayectoria pública lo confirma. Se inició en las lides políticas al comenzar la década de los 70, cuando fue elegido concejal de su "querendona, trasnochadora y morena" Pereira, pero en su mente nunca estuvo la posibilidad de convertirse en primer mandatario de los colombianos, ni siquiera después de la administración de su amigo el presidente Virgilio Barco, en la que ocupó con relativo éxito las carteras de Hacienda y de Gobierno. Por eso, cuando salió de ese Ministerio, el ex presidente Alfonso López Michelsen, con su característico olfato, dijo que le extrañaba que una persona con imagen e ímpetu político como usted no estuviera en la liza política por la primera magistratura del Estado.

Pensaría usted, Presidente, que no tenía ningún chance, pues en la contienda estaban políticos duchos como Hernando Durán Dussán, Luis Carlos Galán, Ernesto Samper y Alberto Santofimio.

Tuvo la suerte de que Galán lo designara como jefe de debate de su campaña. Usted que como parlamentario y ministro ha conocido como el que más el tejemaneje del Congreso comenzó a realizar un trabajo de alta filigrana política para llevar a las todas galanistas a un buen número de parlamentarios liberales. Con su gran capacidad de persuasión logró convencer a caracterizados barones electorales para que apoyaran la candidatura del fundador del Nuevo Liberalismo. Su aspiración en ese momento, en caso de triunfar Galán en los comicios presidenciales, era convertirse en Contralor General de la República.

Cuando recorría el país buscando adeptos para la causa de su candidato presidencial, vino el asesinato de Galán. Usted, que nunca había sido galanista, aunque desde el mismo momento en que asumió el papel de respaldar a Luis Carlos Galán logró un liderazgo notable en ese sector liberal, tenía que ser su sucesor. No nos engañemos Presidente, no había otra persona con su carisma y con su talante que pudiera reemplazar al dirigente caído.

A partir de ese 18 de agosto de 1989 comienza para usted, presidente Gaviria, una etapa definitiva para su vida política. Los resultados están a la vista y sobra traerlos a cuento. Atrás quedaban sus duras experiencias de parlamentario de provincia, las humillaciones de jefes políticos poderosos de su época como "Plumón" Vélez Marulanda o dirigentes de la prepotencia de Jorge Mario Eastman, con quien usted trabajó en la revista *Consigna*. Ambos lo miraban con desprecio y, en cierta forma, lo subestimaban.

UNA MIRADA RESTROSPECTIVA

Pero volvamos a sus años de juventud y a sus primeros pasos en la actividad política para tratar, *grosso modo*, de saber quién es usted, Presidente.

Proviene de una familia de clase media de Pereira; su padre, don Byron Gaviria Londoño, como buen paisa fue cafetero gracias a que su tía doña Amalia Londoño le legó una hacienda, e igualmente, tuvo negocios como el restaurante *Gambrinos* de la calle 17 entre carreras 7ª y 8ª, el cual era un buen punto de encuentro y sitio predilecto de muchos de sus coterráneos para la tertulia.

De él heredó, seguramente, su afición por los asuntos públicos por cuanto que don Byron tuvo esporádicas incursiones en el ámbito político, pues fue concejal y congresista. De sangre le viene su cerrero liberalismo, habida cuenta que sus apellidos paternos caracterizan a familias de marcada tradición política en el Gran Caldas. Su tío abuelo, el doctor Santiago Londoño, fue un

libre pensador que por allá, en los años 20, fundó en compañía de otros inquietos intelectuales lo que se llamó en Pereira "La Golconda", un grupo político de claro matiz socialista.

Sin embargo, quienes hemos seguido su trayectoria nos preguntamos si en su vena política, no influyó su pariente Camilo Mejía Duque, casado con su tía Josefina Trujillo ¿Cómo era su trato con Mejía Duque, Presidente? Por los antecedentes que se tienen, es posible afirmar que su relación no fue muy cercana políticamente hablando, porque usted cuando ya incursionaba en la actividad partidista era un caracterizado jefe del movimiento Unidad Liberal que fundara en 1970 Oscar Vélez Marulanda, "Plumón", como disidencia a la vieja empresa electorera de su tío Mejía Duque que era jefe liberal indiscutible de Caldas y Risaralda. Era la época en la que usted y su compañero Gustavo Orozco desde el Concejo de Pereira organizaron lo que se denominó Bloque Cívico que dio cimiento, prácticamente, al grupo de "Plumón".

Desde entonces, Presidente, usted ha tenido visión política. No quiso meterse a hacer política con Mejía Duque porque tal vez no encuadraba en sus esquemas. Mas cuando su tío político, que tenía un sentido mesiánico del poder, estaba convencido como Luis XIV del Estado, que él y sólo él encarnaba al liberalismo. Al lado de "Plumón" comenzó a escalar posiciones en el sector político, Presidente: concejal, alcalde de Pereira, subdirector de Planeación Nacional, viceministro de Desarrollo, representante a la Cámara.

No pudo ser Gobernador de Risaralda porque se opuso, precisamente, su tío Camilo Mejía, quien había roto relaciones con usted por haber engrosado las filas de la disidencia.

Después de algunos años de brega política, llega usted, presidente Gaviria, a la Cámara de Representantes como suplente de Gabriela Zuleta, caracterizada dirigente liberal en su departamento. Desgraciadamente, ella va a parar a la cárcel por problemas con dineros públicos, y usted accede como principal en esa corporación.

Que coincidencia en su sino Presidente. Tras la prisión de Gabriela Zuleta y el asesinato de Galán, usted pudo ascender a posiciones de primera línea.

EL GOBERNANTE

Fue usted, Presidente, un buen estudiante en la facultad de Economía de la Universidad de los Andes, así lo manifestaba Mario Latorre y lo confirma Mario Laserna. Se introdujo en las lecturas de autores como Galbraith, Stuar Mill, Keynes, Prebish y en "La Taberna", localizada en la calle peatonal de la 18 de su ciudad natal, se trezaba en agudos debates sobre economía y literatura. Eran años de bohemia, de lírica decadente y de melena.

Si bien es cierto que al finalizar su gobierno el balance que presentó al país era relativamente bueno porque logró dar un vuelco institucional con la Constitución del 91 e inició el proceso de incorporar a Colombia en la economía mundial, sus fórmulas neoliberales y sus reformas institucionales a escasos dos años de culminada su gestión demostraron que no tenían las bondades que usted y su equipo de gobierno preconizaban.

Crejó usted, Presidente, que su obra de gobierno no requería de defensa, porque ella hablaría por sí misma. Esa convicción, según algunos de sus amigos fue equivocada, porque a muchos de ellos que hicieron parte de su administración, los "dejó colgados de la brocha", cuando afirmó desde su cómoda poltrona de la Secretaría General de la OEA, que el gavrismo como grupo político o como vertiente liberal, no existe.

La apertura económica que nos "vendió" como la panacea para nuestro subdesarrollo y "el nuevo país" que quiso inaugurar con la Constitución de 1991 fueron flor de un día, puesto que sus consecuencias no fueron las que usted ni sus gobernados esperábamos, Presidente. Sin embargo le sirvieron para "tapar" y disimular en algo el "apagón" que los colombianos debimos de soportar durante varios meses de su gobierno y el escándalo de *La Catedral*, la mansión cárcel de la que se "escapó" (para utilizar un eufemismo) Pablo Escobar.

En el plano político, varios de sus ministros y colaboradores pese a su mediocridad y oportunismo se han proyectado en el ámbito político y han estado en el primer plano de la opinión nacional como Noemí Sanín, Juan Camilo Restrepo, Luis Fernando Ramírez Acuña, Humberto de la Calle, Juan Manuel Santos, Rafael Pardo Rueda, Andrés González Díaz, Luis Alberto Moreno y Mauricio (Dragacol) Cárdenas Santamaría.

EN LA OEA

Es indudable que sigue siendo usted, Presidente, jefe natural del liberalismo. No es si no ver el desfile de personajes de la política y el gobierno que va hasta su sitio de alojamiento cuando visita Bogotá, para intercambiar opiniones sobre la coyuntura política y, de paso, solicitarle una opinión o consejo. Por eso hay quienes afirman que, políticamente, es usted muy semejante por su habilidad a Turbay y tiene el talento mefistofélico de López Michelsen.

Ahora desde su retiro de la OEA, usted mira la política colombiana y latinoamericana con una perspectiva distinta, gracias a la óptica que le dio haber estado al frente de la Secretaría General de ese organismo, pese a que su gestión dejó mucho que desear al no haberle logrado dar una nueva dimensión política ni imprimir un nuevo acento diplomático. La OEA, después de su labor de dos lustros sigue siendo simplemente un buen foro para tomar té, como alguna vez afirmó el ex presidente Belisario Betancur.

Conociendo su habilidad política, desconcertó y fue lamentable por decir lo menos, cuando la opinión pública latinoamericana lo vio intercediendo en su condición de secretario general de la OEA por Abdalá Bucaram, el controvertido presidente destituido del Ecuador, y por el oscuro ex asesor de seguridad del gobierno de Fujimori, Vladimiro Montesinos, a quien usted le buscaba afanosamente asilo político. Y qué decir de su cuestionado papel de mediador de la crisis política venezolana. Siempre salió a relucir su antichavismo y fue evidente su parcialización a favor de los sectores de oposición. No tuvo más remedio, y quizá a disgusto, que reconocer el triunfo del presidente Hugo Chávez en el referendo revocatorio del 15 de agosto de 2004 ante la contundencia de los resultados electorales.

Aparte de Venezuela, tanto en Ecuador como en Perú sus gestiones para ayudar a un mandatario despilfarrador que aún tiene cuentas pendientes con la justicia y a un delincuente de cuello blanco de la calaña de Montesinos, dejaron mucho que desear.

No obstante estas falencias y su entreguismo a los Estados Unidos, su nombre es respetado en el concierto político de la subregión. Ha sabido cultivar excelentes relaciones con los Jefes de Estado y líderes políticos de los países del continente y tal vez por eso ahora tiene una nueva afición: la colección y comercialización de obras de arte de pintores latinoamericanos.

Su afán de figuración y su ambición de poder, muy similar a la de los Pastrana, lo llevaron a maquinarse en junio de 2005, su elección como jefe único del liberalismo, tratando de hacerse perdonar su lastre neoliberal y rotulándose en forma oportunista, como socialdemócrata.

En definitiva, su progreso y transformación son evidentes, presidente Gaviria. Del ambiente provincial de Pereira, cuya política manzanilla la manejaban sus antiguos colegas de brega parlamentaria como Camilo Mejía, "Plumón" Vélez, María Isabel Mejía Marulanda y Juan Guillermo Ángel Mejía, pasó a la Casa de Nariño a comandar el país, y no contento con ello, buscó tener repercusión continental con el desafío que le deparó conducir los destinos de la OEA.

CÓMO SE PLANEA UN GOLPE DE ESTADO Y SE FALLA EN EL INTENTO

Diez de la noche del 11 de noviembre de 1995 en Bogotá. La ciudad a esa hora comienza a militarizarse, hay movimiento en los cuarteles. El centro de la capital de la República donde están ubicadas las sedes de los poderes públicos se encuentran en calma, se ha reducido inclusive el flujo vehicular. Todo está listo para iniciar el denominado "Plan Rescate" inspirado por un grupo de conspiradores para sacar a la fuerza del Palacio de Nariño a Ernesto Samper Pizano, quien había asumido el poder el 7 de agosto de 1994.

A la diez en punto de la noche un pelotón de soldados de la Brigada XIII del Ejército irrumpe en el palacio presidencial y reduce al presidente Samper, a sus familiares y a los colaboradores que se encuentren con él a esa hora. Igual cosa sucede con los integrantes del equipo de gobierno en sus respectivas residencias.

Una vez desalojado el presidente Samper de Palacio, un oficial inmerso en la sublevación daría esta lacónica declaración: *"Basta sólo un pelotón de soldados para salvar una civilización, la dignidad de Colombia y sus Fuerzas Armadas"*.

Inmediatamente asumía el poder en la Casa de Nariño una Junta Cívico-Militar de transición y emergencia nacional integrada por cinco miembros que *ipso facto* declararían clausurado el Congreso de la República y decretarían el estado de conmoción nacional.

Así se había planeado darle golpe de Estado al presidente Samper por parte de un grupo de conspiradores para, según ellos, hallarle una salida extraconstitucional a la crisis política en que se encontraba Colombia en 1995 y que se prolongó hasta finales de 1996.

Los pormenores de este macabro plan los relata el mayor (r) Gonzalo Bermúdez Rossi, quien inclusive escribió un libro (*Pronunciamientos, conspiraciones y golpes de Estado en Colombia*), en el que da a conocer mayores detalles de dicha "operación".

LOS CONSPIRADORES

El plan para conspirar contra Samper se "cocinó" durante varios meses de 1995, primero en reuniones de tipo social y luego cuando fue tomando fuerza y forma la idea, sus promotores invitaban a sesiones secretas en sitios como la Academia Bolivariana y de Historia Naval, Residencias Tequendama, Hotel Casa Medina, Hotel Bogotá Royal, Club Militar de oficiales, fincas localizadas en la sabana de Bogotá, o en alguna de las residencias de los conspiradores.

Entre quienes intervinieron en el diseño de la "Operación Rescate" figuran principalmente dirigentes conservadores y liberales del sector gavirista, inclusive en más de una reunión participó el fallecido ex presidente Víctor Mosquera Chaux. En la lista de conspiradores aparecen los nombres de los generales Harold Bedoya Pizarro, Camilo Zúñiga Chaparro (en ese momento comandante de la Fuerzas Militares), Luis Bernardo Urbina, Adolfo Clavijo, así como los de otros oficiales subalternos.

Los dirigentes políticos que azuzaban a los militares para que apoyaran su iniciativa de dar el golpe y quienes en realidad gestaron todo el proceso fueron: Ramiro de la Espriella, Álvaro Uribe Rueda, Hernán Echavarría Olózaga, Felio Andrade Manrique, Pablo Victoria Wilches, Marino Jaramillo, Hugo Escoba Sierra, Luis Carlos Sáchica, Miguel Santamaría Dávila, Hugo Mantilla, Hernando Reyes, Diego Tovar Concha, Gustavo Vasco, Jesús Bejarano, Raimundo Emiliani Román, Alberto Dangond Uribe, entre otros.

Este grupo comenzó a hacer contactos políticos para "vender" la idea de la "Operación Rescate" y comprometer a mucha más gente influyente en este país. Se escuchó a una delegación de oficiales del Perú en comisión en Colombia para que explicara los pormenores del autogolpe de Fujimori y poder tomar algunos elementos con miras a perfeccionar el plan.

Una vez concebida la estrategia se contactó al jefe conservador Álvaro Gómez Hurtado, a quien se le expuso el plan con "pelos y señales". A Gómez le quedó "sonando" la idea y comenzó a asistir a algunas reuniones conspirativas.

NEGATIVA DE FRECHETTE

En desarrollo de la perfección del plan para derrocar a Samper se pensó por parte de algunos integrantes del grupo político-militar viajar a Washington para buscar el respaldo de las autoridades norteamericanas. El grupo conspirador estaba convencido de que la administración Clinton iba a dar el visto bueno al golpe e inclusive daría apoyo logístico y de inteligencia a través de la CIA y los agentes de la DEA que trabajan en Colombia.

Como primera medida se acordó contactar al controvertido embajador gringo Myles Frechette, quien amablemente recibió a una comisión del grupo integrada tanto por civiles como por militares, quienes le expusieron detalladamente el "Plan Operación Rescate".

Frechette rechazó diplomáticamente el "Plan" y mostrando un ejemplar de la Constitución Política de Colombia, manifestó: "Señores oficiales y caballeros, la salida de Samper está aquí".

La respuesta del embajador gringo cayó como balde de agua fría a los conspiradores, pues ellos daban como un hecho la aprobación del golpe por parte de Washington. Sin embargo no se detuvieron en hacer un análisis de la realidad geopolítica del continente latinoamericano y la postura política de Estados Unidos frente a ésta su zona de influencia después de la Guerra Fría. Inclusive, antes de finalizar el conflicto Este-Oeste, por influencia de Washington el 2 de diciembre de 1985, en Cartagena de Indias, se reformó la Carta de la Organización de Estados Americanos (OEA) y en el preámbulo se institucionalizó que *"la democracia representativa es condición indispensable..."* para el desarrollo y estabilidad de los pueblos que hacen parte de la región. De esta manera se cerró el capítulo de las dictaduras y los regímenes despóticos en América Latina.

LA POSTURA DE ÁLVARO GÓMEZ

Pero además de la negativa de Frechette a la "Operación Rescate", el grupo conspirador se enfrentó a la actitud dubitativa de Álvaro Gómez Hurtado, a quien se había escogido como el probable presidente de la Junta Cívico-Militar que tendría a su cargo, además de cerrar el Congreso, convocar elecciones dentro de los dos meses siguientes al derrocamiento de Samper y aplicar de inmediato la extradición de los jefes de los carteles del narcotráfico.

Igualmente, esta junta planteaba hacerle un juicio sumario en el país al presidente Samper y buscaría por todos los medios condenarlo.

Álvaro Gómez, al comienzo le entusiasmó la idea, pero luego de analizarla detenidamente y observar las aristas de lo que conllevaba este proceso conspirativo comenzó a echarse para atrás, más aún cuando él había sido escogido para liderar la Junta Cívico-Militar de cinco miembros que asumiría transitoriamente el poder.

Según Hipólito Hincapié Roldán, experimentado periodista y columnista político del diario *El Nuevo Siglo* y muy cercano a la familia Gómez Hurtado, Álvaro Gómez comenzó por indagar sobre la composición de la Junta Cívico-Militar. Ese fue, según dice Hincapié, el primer punto en que Gómez comenzó a cuestionar, pues se había previsto que dicha junta la integrarían tres militares y dos civiles, ya que gracias a algunos altos oficiales del Ejército se realizará el golpe de Estado y de alguna manera había que retribuirles la decisión y la responsabilidad que iban a asumir.

Gómez Hurtado propuso que la junta estuviera integrada al contrario, es decir, tres civiles y dos militares. Ese fue un tema que, definitivamente, enredó al grupo conspirador.

Pero, adicionalmente, Álvaro Gómez se hizo otra reflexión que tenía que ver con sus principios políticos y se podría decir que con la historia y la posteridad. Gómez pensó, señala Hincapié, que si él era protagonista del derrocamiento de Ernesto Samper, estaría justificando política e históricamente el golpe de Estado que el general Gustavo Rojas Pinilla dio a su padre, el ex presidente Laureano Gómez Castro, el 13 de junio de 1953. Este análisis hizo desistir definitivamente a Gómez Hurtado de acompañar al grupo conspirador en el "Plan Rescate".

ZÚÑIGA DELATA

Cuando ya se había decidido poner en marcha la operación para derrocar a Samper y habían comenzado los contactos con el embajador Frechette, el comandante de la Fuerzas Militares, Camilo Zúñiga Chaparro, tras un pormenorizado examen de la situación y de las circunstancias políticas y militares del país, determinó contarle todo al propio presidente Samper, con lo cual puso en alerta al gobierno, frustrando entonces la conspiración.

El lema de "lealtad, discreción y silencio" que había adoptado como regla el grupo de los conspiradores se vino al suelo y cada uno de éstos asumió la postura del "sálvese quien pueda", ya que se atemorizaron de las posibles represalias que pudiera tomar el gobierno en su contra. Varios de los conspiradores salieron a negar enfáticamente el diseño del plan como Álvaro Uribe Rueda y Ramiro de la Espriella. Otros más asustados como Hugo Mantilla se fueron a esconder a sus fincas. En fin, se produjo la desbandada.

Zúñiga, por su parte, una vez que pasó a uso de buen retiro fue recompensado por el presidente Samper con un alto cargo diplomático.

Por su parte, el general Harold Bedoya si bien estaba dentro del grupo de los conspiradores nunca jugó papel preponderante en el plan. Si bien era respetado al interior de las Fuerzas Militares su liderazgo no daba para tanto porque en ese entonces simplemente era general de división. Por eso y con razón, la Primera Dama de la época, Jacquín Strouss de Samper en un polémico reportaje que concedió a la revista *Semana* en su edición del 1 de septiembre de 1977 sostuvo que *"Bedoya no tiene la inteligencia para dar un golpe de Estado"*.

Luego de que los conspiradores vieron sus proyecciones frustradas vino un gran traspié para su propósito de reagruparse con miras a continuar con sus planes de perturbación al gobierno de Samper una vez bajada la marea. El 2 de noviembre de 1995, nueve días antes de la fallida ejecución del golpe, Álvaro Gómez es asesinado. Este hecho, como es natural y obvio, llenó de confusión al país y, además, puso punto final a los intentos de derrocar a Samper.

Sobre el asesinato de Gómez hay varias tesis relacionadas con el golpe de Estado que están descritas con lujo de detalles en el libro *El presidente que se iba a caer* de los periodistas Mauricio Vargas, Edgar Téllez y Jorge Lesmes, según las cuales ese magnicidio se habría llevado a cabo como represalia a la negativa del destacado dirigente conservador a seguir adelante con la "Operación Rescate". Pero ese es tema para otro análisis.

TRISTE CAPÍTULO

Todo el relato anterior no deja de ser un triste capítulo de la crisis política que afrontó Colombia durante el gobierno de Samper. Por fortuna para el supuesto y caricaturesco Estado de Derecho de este país no se consumó el golpe de Estado que se había previsto realizar el 11 de noviembre de 1995, de lo contrario habría sido peor el remedio que la enfermedad.

Hay que reconocer, en honor a la verdad, que el controvertido ex embajador Myles Frechette les dio una gran lección a los conspiradores al señalar que la única salida que había a la crisis institucional y de gobierno en ese momento, era la vía democrática. Por fortuna para los colombianos no se escribió otro nefasto capítulo en la ya tragicómica historia de este país tropical.

EL PODER COMO EXPRESIÓN DE LA EXCENTRICIDAD Y LA CHABACANERÍA

El estilo del gobernante marca una impronta en la forma de conducir a un pueblo. Hay mandatarios que prefieren el consenso al autoritarismo o viceversa. Existen también los que se acogen a la prudencia y la diplomacia en la toma de decisiones. Otros, por el contrario, les gusta la vitrina y se sobre exponen en los medios de comunicación. Pero hay jefes de Estado, que como los dictadores militares de la década de los años 50 en América Latina, han dejado huella por sus excentricidades. Ese estilo en que se combina lo chabacano con lo bufón y que es la excepción a la regla en el talante de gobernar, lo vivió y padeció un país suramericano como Ecuador a finales de los 90 con el tristemente-célebre Abdalá Bucaram Ortiz.

Lo llamativo de la historia de Bucaram, abogado nacido en Guayaquil en 1952 y de origen libanés, es que el pueblo ecuatoriano en su gran mayoría conocía de vieja data los antecedentes de dudosa reputación no sólo de él sino de su familia y pese a los escándalos y las excentricidades que “adornaban” su trayectoria política, lo eligió en 1996 como Presidente de la República. Pero en fin, por algo dicen que “la voz del pueblo es la voz de Dios”.

Sin embargo, la mayoría de las veces el pueblo soberano se equivoca, como se equivocó cuando prefirió que condenarán a Jesucristo en vez de Barrabás. En el caso ecuatoriano la escogencia de Bucaram como primer mandatario dio origen a una gran crisis política e institucional difícil de resolver, cuyas consecuencias aún se están pagando.

Abdalá Bucaram es un dirigente político *sui generis*. Perteneciente a una familia que lleva la política en la sangre, logró consolidar un liderazgo propio. Tras haber ocupado puestos de segundo nivel en la administración pública, logró hacerse elegir como alcalde de Guayaquil en 1984, pero dos años antes había fundado su propia tolda política, el Partido Roldosista Ecuatoriano, en honor a su cuñado el presidente siniestrado Jaime Roldós Aguilera.

Al asumir la Presidencia de Ecuador, en agosto de 1996, se autoproclamó como “el Superhéroe de los pobres”. Ofreció todo a todos los sectores sociales y políticos que lo apoyaron. Se declaró antineoliberal pero aplicó medidas económicas ajustadas a las más estrictas recetas neoliberales. Se comprometió a no hacer ajustes en las tarifas de servicios públicos e hizo todo lo contrario. Anunció que su gobierno rechazaba las privatizaciones y quiso vender todas las empresas públicas. Denunció la corrupción de los gobiernos que lo antecedieron y fue más corrupto que ellos. Entre el circo y la fiesta, se rodeó de gente grotesca y caricaturesca que ayudó a acelerar su caída.

Bucaram es el claro ejemplo de los políticos demagogos y falaces que a cualquier costo logran lo que quieren, pero su paso por los cargos de responsabilidad pública dejan, por lo general, estragos que toman tiempo para superar.

RETROSPECTIVA

Desde la década de los 70 los integrantes de la familia Bucaram han sido protagonistas de primera línea en el inestable y sorpresivo proceso político del Ecuador. En otras palabras, este apellido está estrechamente ligado a la historia política del último cuarto de siglo de este país. Su fuerte electoral siempre fueron las masas populares de los suburbios de Guayaquil. Ahí se incubó y se desarrolló este “clan”, cuyo “pater familias”, el comerciante Assad Bucaram logró, a punta de populismo, sobrepasar los linderos del puerto ecuatoriano y proyectar su liderazgo político en el nivel nacional.

La chabacanería, el estilo coloquial y populachero, su familiaridad y compadrazgo con las barriadas del suburbio porteño han sido el denominador común en el estilo de hacer política de los Bucaram. Por eso quien mire el pasado del depuesto presidente Abdalá Bucaram Ortiz no debe extrañarse de su comportamiento durante los seis meses que ejerció la primera magistratura del Ecuador.

Assad, el tronco político de esta familia, era hijo de inmigrantes libaneses que se asentaron en Ambato, una pequeña ciudad que gracias al ferrocarril se convirtió en un importante polo comercial de la sierra ecuatoriana.

Don Abdalá Bucaram y doña Martha Rafaela Elmhalm vienen a Suramérica con sueños y esperanzas. Se instalan en esa población donde disfrutaban de la tranquilidad y el clima; ahí empiezan su labor de comerciantes de telas y baratijas. En la nochebuena del 24 de diciembre de 1916, les nace un hijo varón a quien le ponen por nombre Assad.

Posteriormente, la familia se traslada a Guayaquil, donde el pequeño Assad tiene que afrontar un rechazo social. Por un lado es serrano y en la costa ecuatoriana ese es un elemento de discriminación, y por otro, es de ascendencia libanesa. Y todo lo que huele a árabe, turco o libanés es rechazado. Socialmente es excluido. En la escuela es un niño solo, arrinconado a la hora del recreo. Su infancia es dura, si se quiere cruel, pero rica, indudablemente, en cuanto a formación de carácter.

Assad se rebela a su realidad, finge aceptar un mundo que es su contraparte para poder sobrevivir y se convierte en un luchador para toda la vida, pero guarda en su interior el rencor de la infancia que no pudo disfrutar. Un rencor que luego dará forma a un hombre frío, a quien privará el rostro de la sonrisa, pero hará un ser calculador, desconfiado y astuto.

A duras penas cursó estudios de enseñanza media y sus primeros pasos políticos los da en el año de 1956 cuando es elegido como suplente al Congreso Nacional.

Hombre ladino y habilidoso, Bucaram aprovecha una profunda crisis de su partido Concentración de Fuerzas Populares (CFP) fundado en 1949 por Carlos Guevara Moreno, ministro de Gobierno durante la segunda administración de José María Velasco Ibarra, para erigirse como nuevo líder de esa fuerza política.

En efecto, ocurrió en 1960 cuando CFP sufre una aparatosa derrota electoral en la provincia del Guayas, su fuerte político. Guevara Moreno decepcionado por los resultados decide abandonar la dirección del partido y retirarse definitivamente de la palestra política. Al quedar expósito CFP y además liquidado políticamente, Assad uno de los dirigentes de base toma sus riendas y desde su puesto de “sargento” se convierte rápidamente como el nuevo “general” y caudillo al interior de la organización partidista.

Cabe anotar que CFP fue una hoja desprendida del velasquismo que abrevó de sus fuentes populistas, habida cuenta que su fundador, Carlos Guevara Moreno, fue seguidor y colaborador de Velasco Ibarra.

Inclusive, en su declaración “doctrinaria” se estableció que la ideología de CFP “no es conservadora, ni totalitaria, ni liberal, ni socialista, ni comunistas”, es simplemente “popular, porque mira al pueblo como conjunto y fenómeno social e histórico...”.

Bajo esta premisa “ideológica”, Assad Bucaram busca resucitar a CFP y lo consigue en 1962 cuando se hace elegir alcalde de Guayaquil con el 43 por ciento de la votación. Su figura se crece gracias a una aceptable administración y de ahí en adelante se proyectará en el concierto político nacional como jefe indiscutible de CFP. En tal condición este comerciante y agente viajero de profesión será elegido en los sucesivos congresista, prefecto provincial del Guayas, vicepresidente de la Asamblea Constituyente de 1966 y se hará reelegir como alcalde de Guayaquil.

El hecho de que CFP sea el segundo partido populista del Ecuador después del velasquismo hace que la rivalidad entre estos dos sectores tenga grandes repercusiones políticas. Es, precisamente el velasquismo, el que contribuye a promocionar y proyectar la figura de Bucaram cuando lo destituye de la Prefectura del Guayas y no contento con ello lo destierra e impugna su nacionalidad ecuatoriana. Esta táctica de acabar con el enemigo resultó ser un bumerán para el presidente Velasco Ibarra puesto que esa persecución lo único que hizo fue darle más vigor y respaldo popular a Assad.

Las circunstancias adversas para Bucaram se revierten a su favor en muy corto tiempo, pues para 1972 es el gran favorito para ganar las elecciones presidenciales. Pero en ese año se produce el golpe de Estado del general Guillermo Rodríguez Lara contra Velasco Ibarra, entre otras razones, para impedir el ascenso al poder del líder populista y jefe de CFP.

EL CLAN

■
Cuando en 1977 la dictadura militar decide reiniciar el proceso democrático en el Ecuador, tortuoso por cierto, busca por todos los medios cerrarle el paso a la candidatura presidencial de Assad Bucaram. Luego de un referéndum realizado en enero de 1978 por el cual se optó una nueva Constitución, los militares se dieron sus mañas para reformar la ley general de elecciones, violando disposiciones constitucionales y establecieron que para ser Presidente de la República se requería ser hijo de padre y madre ecuatorianos con lo que se eliminó la candidatura de Bucaram.

Resignado por el atropello de la dictadura militar que ve en Bucaram una amenaza populista, este político habilidoso decide jugarse una carta electoral que le permitiera a CFP continuar manteniéndose en los primeros lugares de las encuestas.

Ni corto ni perezoso, Assad decide escoger a su sobrino político Jaime Roldós Aguilera de 37 años de edad para que asuma el reto de convertirse en el candidato presidencial de CFP en fórmula con otro joven dirigente del partido Democracia Popular, Osvaldo Hurtado Larrea, quien será la fórmula para la Vicepresidencia.

El binomio Roldós-Hurtado triunfó ampliamente tanto en la primera como en la segunda vuelta. La victoria definitiva se produce el 29 de abril de 1979 cuando Roldós le gana a Sixto Durán-Ballén con el 62 por ciento de la votación.

Jaime Roldós estaba casado con Martha Bucaram, hermana de Abdalá y sobrina de Assad. Al triunfar Roldós, el jefe de CFP creyó que él iba a convertirse en el rey tras el trono del nuevo gobierno democrático, pero estaba completamente equivocado.

Roldós tenía una concepción muy diferente a la de Bucaram y antes de posesionarse de la Presidencia del Ecuador el 10 de agosto de 1979, ambos rompieron relaciones personales y políticas. Assad Bucaram logró salir elegido diputado al Congreso Nacional y con él un buen número de dirigentes de CFP, lo que convertía a este partido en la primera fuerza parlamentaria del país.

Esta circunstancia le permitió a Bucaram hacerse elegir como presidente del Congreso, tribuna desde la cual atacó férreamente al gobierno de su sobrino político.

Pero con Roldós y Bucaram en el poder (el primero en el ejecutivo y el segundo en el legislativo haciendo oposición) se entronizó en el Ecuador la familia del jefe de CFP en las posiciones de comando del Estado.

Jaime Roldós nombró a su cuñado Abdalá Bucaram como intendente general de la Policía del Guayas, primero, y asesor de la Inspección General de la Nación, después.

Pero no solamente el gobierno de Roldós y la influencia de Assad Bucaram en el Congreso fue lo que permitió el ascenso de Abdalá a posiciones importantes de la administración pública sino que, junto a él, lograron puestos claves sus demás hermanos y familiares.

Además de Martha Bucaram que era la primera dama de la Nación y de Abdalá, sus hermanos Adolfo, Jacobo, Santiago y Elsa, así como su primo Averroes, comenzaron a ser protagonistas dentro del escenario político ecuatoriano.

Desde entonces todos ellos y varios de sus cuñados y parientes han ocupado posiciones de preeminencia tanto en el poder ejecutivo como en el legislativo.

A la muerte de Jaime Roldós y ante las fricciones internas de CFP, Abdalá Bucaram optó por fundar su propio partido político para aglutinar a sus familiares y amigos cercanos y poder así continuar manipulando la herencia electoral de su tío Assad. En 1983, el Tribunal Supremo Electoral reconoció legalmente el Partido Roldosista Ecuatoriano (PRE) y a su jefe máximo Abdalá Bucaram Ortiz. Con las banderas de su propia colectividad, Abdalá participó por primera vez en unas elecciones presidenciales en 1988 cuando logró clasificar a la segunda vuelta pero fue derrotado por Rodrigo Borja Cevallos de la Izquierda Democrática.

EN EL PODER

Luego de tres intentos consecutivos, en 1996, Abdalá logró su triunfo definitivo al imponerse a Jaime Nebot del partido Social Cristiano (de ultra derecha) con más del 54 por ciento de la votación. Llegó a la Presidencia del Ecuador gracias a un discurso populista lleno de promesas y embustes demagógicos que le creyeron los sectores más pobres y desprotegidos del país.

Su estilo que el Ecuador lo conocía desde 1979 atemorizó a los sectores medios y altos de la sociedad que no concebían que un populista como Bucaram que utilizaba un vocabulario soez en sus presentaciones públicas llegara al Palacio de Carondelet. Además de chabacano, grosero y excéntrico, la sociedad ecuatoriana conocía de su pasado y del pasado de sus hermanos. La mayoría de ellos ha tenido procesos judiciales por malversación de fondos públicos y abusos en el desempeño de los cargos que han ocupado.

El panorama entonces, con Abdalá en la Presidencia, no podía ser alentador. Siguiendo la tradición de la conducta política de su familia, designó a su hermano Adolfo como ministro de Bienestar Social y a su cuñado Pablo Concha como ministro de Finanzas.

Pero además del nepotismo y sus extravagancias, los escándalos que se suscitaron al interior del gabinete ministerial desató el rechazo general.

La ministra de Educación, Sandra Correa se vio obligada a renunciar porque le comprobaron que había plagiado la tesis que le permitió graduarse como abogada. Alfredo Adum, ministro de Energía y Minas se caracterizó por su indelicadeza en el desempeño del cargo y por su vocabulario rampón para atacar a sus críticos públicamente. Vicente Estrada, ministro de Obras Públicas protagonizaba escándalos públicos que hacían ruborizar a cualquiera. Durante una rueda de prensa del cantante español Miguel Bosé en el Hotel Crown Plaza, donde se encontraba alojado este funcionario oriundo de Guayaquil, no tuvo inconveniente de interrumpirla so pretexto de que se le había extraviado su ropa interior. Cantante y periodistas escucharon el destemplado grito del ministro: *“¿Quién fue el maricón que me robó los calzoncillos?”*

En el plano económico Bucaram incumplió todas sus promesas. Desilusionó a su electorado al que le había ofrecido hacerle correr ríos de leche y miel y, por el contrario, adoptó el esquema neoliberal como brújula, hasta el punto que el controvertido ex ministro de Economía de Argentina, Domingo Cavallo fue su principal asesor en materia de convertibilidad de la moneda.

Sus medidas de incremento abrupto de los servicios públicos y domiciliarios exacerbaban la paciencia de los ecuatorianos que vieron esquilados sus bolsillos. Pero una de las causas principales que determinó la organización de la burguesía ecuatoriana para deponer a Bucaram fue el maltrato y el abuso para con los sectores de oposición. Bucaram no ahorró insultos para injuriar y calumniar a los ex presidentes Osvaldo Hurtado, Rodrigo Borja y León Febres Cordero.

“Dos ninfómanos (sic) del odio son Borja y Febres Cordero, un par de viejos satánicos”. “Febres Cordero es un simple viejo pedorro que está jugando a ser héroe nacional. Ese viejo nunca ha sido operado de nada, salvo del ojo, pero sus pelotas y su corazón nunca han sido tocados”. De ese tenor eran los agravios que lanzaba a diestra y siniestra Abdalá.

En desarrollo de su controvertido gobierno, Bucaram trató también de acallar a los medios de comunicación que lo criticaban y bajo la disculpa de combatir la delincuencia militarizó todo el

país. En síntesis, el Ecuador estaba sitiado por la fuerza pública por lo que sus habitantes se sentían amordazados. Era en fin, un gobierno de terror que todo lo perseguía.

Estos abusos y los escándalos frecuentes distorsionaban, definitivamente, la gobernabilidad del país.

EL DETONANTE

Había que poner freno a tanta desfachatez y el detonante que permitió que la crisis estallara de una vez por todas fueron las declaraciones del embajador de Estados Unidos en Quito, Leslie Alexander, el 5 de febrero de 1977, en el sentido de que la corrupción sistemática estaba afectando el clima de inversión y la estabilidad económica en el Ecuador.

Ese pronunciamiento del diplomático gringo fue el motor para organizar un paro nacional por parte de los diversos sectores sociales y políticos. Tras bambalinas, la Embajada de los Estados Unidos vio el momento oportuno para manejar con mucha cautela los hilos que permitieran defenestrar a Bucaram.

Con el velado respaldo gringo, la burguesía ecuatoriana con sus dirigentes a la cabeza se dio a la tarea de preparar la estrategia para echar del Palacio de Carondelet a Abdalá Bucaram.

A las cinco de la tarde de ese 5 de febrero se reunieron en Quito los ex presidentes Rodrigo Borja, Osvaldo Hurtado y Sixto Durán Ballén. León Febres Cordero se hizo representar por su pupilo político, el ex candidato presidencial Jaime Nebot. Todos ellos han sido antagonistas y se han enfrentado en duras batallas políticas, pero las circunstancias de ahora exigían su unidad para poder actuar coordinadamente y lograr un consenso para la acción. En esa reunión se cocinó prácticamente la elección del presidente del Congreso, Fabián Alarcón como primer mandatario interino de la República.

Una vez tomada la decisión de deshacerse de Bucaram se produjo el desenlace. Las acusaciones de corrupción por parte del Tribunal Supremo, por malversación de los fondos reservados de la Presidencia, sirvieron de base para que el Congreso ecuatoriano echara mano del argumento de "incapacidad mental" y procediese a su destitución el 6 de febrero de 1977. Vino luego el tire y afloje por la sucesión presidencial, la cual como era obvio, correspondía a la vicepresidenta Rosalía Arteaga, quien ocupó por algunas horas la silla presidencial.

Sin embargo prevalecieron los acuerdos políticos iniciales y terminó asumiendo la Presidencia de la República, Fabián Alarcón.

Mientras tanto Bucaram partió de Quito a Guayaquil y de ahí se tomó unos días de descanso en el balneario de Salinas, destilando amargura en medio de la soledad y la viudez del poder. Posteriormente se exilió en Panamá (donde ya lo había hecho entre 1986 y 1990).

La Corte Suprema de Justicia ecuatoriana ordenó en abril de 1977 su prisión preventiva y su extradición, pero Bucaram ya se encontraba en el exilio. Un referéndum convocado por Alarcón, ratificó el 25 de mayo ampliamente (74% de los votos emitidos) su destitución de la Presidencia.

La caída de Bucaram trajo posteriormente consecuencias funestas para la estabilidad democrática ecuatoriana, pues gracias a su herencia llegaron al poder presidentes de la talla de Jamil Mahuad o Lucio Gutiérrez, que constituyeron también un fiasco político.

De todas maneras, la parábola política de Bucaram ha sido una pesadilla para el Ecuador. Aunque ha buscado abrirse nuevamente espacio, no ha podido lograrlo. Sigue influyendo gracias a que su Partido Roldosista cuenta con representación en el Congreso. Parece que luego de su desalojo de la Presidencia, llegó el fin de la "dinastía Bucaram" que a mediados del siglo XX forjó en el suburbio porteño de Guayaquil, "don Buca", como lo llamaban sus seguidores, al comerciante de telas e hijo de inmigrantes libaneses, Assad Bucaram

CHARLA CON GLORIA GAITÁN JARAMILLO

"A GAITÁN PUDIERAN ACUSARLO DE ENRIQUECIMIENTO ILÍCITO"

Polémica, controvertida, con recio carácter, la única hija de Jorge Eliécer Gaitán ha luchado por no quedarse anclada en el pasado mitificando la figura del caudillo liberal, aunque es innegable que la influencia del pensamiento de su progenitor ha marcado huella indeleble en su personalidad. Gloria Gaitán se mueve entre sus investigaciones intelectuales, sus variables e intermitentes incursiones políticas y los proyectos ahora trancos de la institución estatal que presidió hasta los primeros días de agosto de 2002, luego de que el presidente Álvaro Uribe Vélez la declarara insubsistente y la desalojara ipso facto de ese entorno suyo que es la casa-museo Gaitán, donde creció y trabajó por consolidar un complejo arquitectónico de carácter cultural.

Allí, en la que por varios años fue su oficina en el desaparecido Instituto Colombiano de la Participación Jorge Eliécer Gaitán, Colparticipar, que ella dirigía, se podía encontrar a una Gloria Gaitán aguerrida, empeñada en su propósito de entregarle a Colombia lo que había denominado el Exploratorio Nacional, un gran centro interactivo de ciencia y epistemología, el cual quedó a medio hacer y cuyas estructuras se levantan en las inmediaciones de la casa museo del líder inmolado el 9 de abril de 1948, en el tradicional barrio Teusaquillo de Bogotá.

INESPERADO ENCUENTRO

La visita del cronista a Gloria Gaitán a la sede del entonces instituto Colparticipar que estaba adscrito al Ministerio de Educación, fue casual. Caminando una tarde soleada de finales de marzo de 1997 por Teusaquillo con Jorge Orduz Rico, caracterizado liberal de mil batallas políticas, se le ocurrió, ante la cercanía, pasar a saludar a Gloria, amiga suya de vieja data.

Una vez hecha la presentación de rigor por parte de Orduz, iniciamos un diálogo que se prolongó por más de cuatro horas en que se tocaron diversos temas, teniendo siempre como trasfondo la historia. Hubo oportunidad para ir a conocer la estructura del Exploratorio Nacional, cuyo diseño estuvo a cargo del reconocido arquitecto Rogelio Salmona.

La conversación con Gloria Gaitán estuvo matizada de anécdotas y vivencias suyas. Es mucho lo que ha conocido y es mucha también la "letra menuda" que sabe de nuestra historia (¿o historieta?) nacional del último medio siglo.

Sin grabadora y entre aromáticos tintos y aguas de infusión que gentilmente nos ofrecía la anfitriona, nos dimos al arte de conversar, por lo que estas deshilvanadas notas no son más que producto de la retentiva del cronista sobre los aspectos que más llamaron su atención.

Durante el diálogo se abordaron múltiples temas y salieron a relucir sus recuerdos del presidente Salvador Allende, de quien fue su colaboradora en el Palacio de la Moneda, así como su distanciamiento con Fidel Castro, quien eludió una invitación suya para participar en los actos conmemorativos del cincuentenario del magnicidio de Gaitán en Bogotá.

DOSIS ANTIRREVOLUCIONARIA

Adentrándonos a la escena de la política colombiana, Gloria Gaitán, desde su particular óptica se destapó contra los ex presidentes López Pumarejo y López Michelsen e hizo un análisis, de lo que, en su concepto, han representado para el proceso histórico del país.

Si bien reconoció que Colombia ingresó al siglo XX gracias al liberalismo que fue el partido que introdujo algunas reformas que la sacaron del atraso y de la concepción decimonónica en que la tenía sumida la hegemonía conservadora, consideró que la denominada Revolución en Marcha de López Pumarejo no es el experimento de avanzada política que los historiadores oficiales pintan.

En su concepto, lo que han significado los dos López para Colombia no ha sido otra cosa que "una vacuna" contra la revolución. Es decir, inoculan pequeñas dosis de revolución para evitar que ésta se produzca. Ese es el papel de la vacuna que inyecta dosis de virus para crearle defensas al cuerpo y la función que en tal sentido cumplieron, según Gloria, La Revolución en Marcha de López Pumarejo en la década del treinta y el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) de López Michelsen de los años sesentas.

LOS PLINIOS

Al abordar el tema obligado de su padre, Gloria trae a cuento la relación de Gaitán con el ex ministro liberal Plinio Mendoza Neira, que como se sabe, fue la última persona que estuvo con el caudillo liberal el día del magnicidio y quien en más de una oportunidad lo había traicionado políticamente.

En efecto, cuando Mendoza Neira (padre del periodista de ultra derecha Plinio Apuleyo Mendoza) se desempeñaba como ministro de Guerra del gobierno de López Pumarejo, Gaitán en la Cámara de Representantes lo defendió de una acusación que sobre malos manejos e irregularidades en el aeropuerto de Apiay le imputaba el contralor general de la República, Carlos Lleras Restrepo. Gaitán, quien ese día acababa de enterrar a su señora madre dijo en el recinto de la Cámara: "vengo a defender a un gran hombre de una grande calumnia". Sin embargo Mendoza le pagó mal y, posteriormente, en las elecciones presidenciales de 1946 en el que estaba en juego el nombre de Gaitán apoyó a su más enconado contradictor, Gabriel Turbay.

Por esa razón, recuerda, "en mi casa en vez de hablar de los Judas, decíamos los Plinios". Inclusive, horas antes de que Roa Sierra acabara con su vida, su esposa, doña Amparo Jaramillo, lo llamó por teléfono a la oficina y le advirtió: "Jorge Eliécer deje a los Plinios y esté con los suyos".

¿QUIÉN LO MATÓ?

Son varias las versiones históricas que se tejen sobre la muerte de Gaitán. El cronista no iba a desaprovechar la oportunidad para preguntarle a la hija del caudillo su versión al respecto.

Según Gloria, junto con el escritor del libro *El Bogotazo*, Arturo Alape, tuvieron la oportunidad de ver en La Habana una película de un agente de la CIA que cayó prisionero en Cuba. En la cinta, el agente comenta que a él le ordenaron sobornar a Gaitán para que se retirara de la actividad política colombiana por considerarlo agente internacional del comunismo. En caso de que rehusara, no había otra alternativa que eliminarlo.

Ella recuerda que, efectivamente, en un almuerzo familiar en su casa escuchó que Gaitán les comentó que le habían hecho una tentadora oferta académica consistente en que le daban todas las comodidades para que se instalara en París y se vinculará como profesor a algunas universidades europeas. Es más, dice, "tanto mi madre como yo, le insistimos en que dejara la política y aceptara ese ofrecimiento".

En la cinta cinematográfica la oferta de la que hablaba el agente de la CIA coincide perfectamente con este antecedente. Por eso, agrega Gloria, "no cabe duda que a Gaitán lo

eliminaron los gringos en complicidad con altos dirigentes políticos comprometidos con el gobierno de Mariano Ospina Pérez”.

RODRÍGUEZ OREJUELA

En un país con una sociedad pacata como la colombiana, en donde apenas hasta finales de los años 90 nos vinimos a dar cuenta que el narcotráfico convivía entre nosotros y se contemporizaba con los "empresarios" del negocio, es rescatable la franqueza y la forma abierta de relatar las anécdotas que Gloria Gaitán tiene con gente como los Rodríguez Orejuela.

Con algo de humor y cierta ironía, Gloria cuenta que hace más de dos lustros, concretamente para la celebración del 40 aniversario del magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán, organizó un acto especial para "sembrar como semilla" en forma vertical a su padre en la zona adyacente del museo donde se encontraba embalsamado, para lo cual el presidente de entonces, Virgilio Barco, colaboró activamente.

El acto estuvo lleno de simbolismo, pues se "sembró" a Gaitán con porciones de tierra que se trajo de todas y cada una de las regiones del país y se regó el sitio con agua del canal de Panamá y de los ríos Magdalena y Bogotá. En fin, el homenaje tuvo mucha significación nacional. La Presidencia de la República le indicó a Gloria que consiguiera el dinero para cubrir los gastos del homenaje que luego y en corto plazo se le reintegraría a la cuenta del Centro Jorge Eliécer Gaitán que era un organismo adscrito al Ministerio de Educación.

Gloria se dio a la tarea de conseguir los recursos y no tuvo más que empeñar al Banco Popular las argollas de matrimonio de sus padres y algunos objetos de valía que hacen parte del museo. Cuando fue a la Presidencia de la República para que le reintegraran el dinero se encontró con que no había ninguna disponibilidad presupuestal. Fue un difícil momento, recuerda, porque estaba a punto de perder ese patrimonio histórico. Golpeó varias puertas y prácticamente resultó imposible la consecución del dinero. En esos días cuando estaba tratando de solucionar tremendo problema, la visitó un emisario de Gilberto Rodríguez Orejuela, quien llegó a su oficina con un gran maletín repleto de dinero.

Gloria había conocido a Gilberto Rodríguez casualmente un 9 de abril en que él había ido hasta el Centro Gaitán a un acto en homenaje al caudillo liberal. Rodríguez se le acercó muy emocionado y le relató que su padre en el Valle había sido gaitanista.

Ahora, se había enterado de las afugias económicas de Gloria y le enviaba una donación para que solucionara el problema con el Banco Popular. Ante esa circunstancia y frente a tamaña oportunidad, tomó el teléfono y llamó privadamente a Germán Montoya, entonces secretario general de la Presidencia y el hombre más poderoso e influyente del gobierno de Barco para comentarle que en su oficina estaba un emisario de Rodríguez Orejuela y que si él la autorizaba a recibir la donación.

Montoya al otro lado del auricular se quedó mudo, recuerda Gloria. Cuando otra vez le insistió, el alto funcionario volvió a guardar silencio. Ante esa actitud le manifestó: "ah bueno, el que calla otorga".

Regresó donde su visitante y le aceptó el dinero. Este una vez entregó la cantidad le solicitó que le firmara un recibo, a lo cual Gloria procedió pero expresando en el documento que había aceptado dicha donación luego de pedirle autorización a Germán Montoya, secretario general de la Presidencia.

Posteriormente, en reunión de la junta directiva del Centro Jorge Eliécer Gaitán, Gloria dejó constancia de la donación en el acta. El delegado del Ministro de Educación que en ese entonces era el ex congresista Juan Manuel Ospina, como buen godo moralista y morrongo (paradójicamente pariente cercano del ex presidente Mariano Ospina Pérez), quiso oponerse a que se dejara tal constancia, pero finalmente no pudo hacer nada.

De esa forma las piezas del Museo Gaitán volvieron a su sitio y no se perdieron. Por eso con picardía y algo de humo negro, Gloria afirma: *"A Gaitán pudieran acusarlo de enriquecimiento ilícito"*.

DE CÓMO A JIRONES SE HA ENTREGADO TERRITORIO COLOMBIANO

La lectura de los anales de la historia sobre delimitación territorial depara grandes sorpresas y no poca hilaridad respecto de un tema tan delicado y sensible como es el de la soberanía nacional. Quien se aproxime al estudio del origen de los tratados de límites que ha suscrito Colombia con sus países vecinos podrá descubrir cómo nuestros gobernantes a través del devenir político han entregado, sin ningún rubor, grandes porciones de territorio colombiano.

La excepción a la regla es la posición unánime de rechazo que ha asumido la dirigencia colombiana cuando en forma inadmisibles y sin ningún argumento jurídico ni histórico, Nicaragua busca ante el Tribunal de La Haya que se le otorgue soberanía (¿?) sobre el archipiélago de San Andrés y Providencia y los cayos de Serrana, Serranilla y Quitasueño.

Si bien el Estado colombiano ha defendido con ahínco el Tratado Esguerra-Bárceñas que definió los límites con Nicaragua en marzo de 1928, no siempre ha sido así en materia de defensa de nuestra soberanía.

La historia no oficial registra casos aberrantes de entrega de territorio simplemente por intereses políticos o económicos de algunos gobernantes de turno. Brevemente veamos para vergüenza histórica como se han desarrollado estas bochornosas negociaciones de Derecho Internacional Público.

■
En 1832, el Congreso de Colombia aprobó el Tratado Pombo-Michelena por medio del cual prácticamente se le entregaba a Venezuela casi la mitad de La Guajira. Este instrumento internacional no fue perfeccionado por cuanto el Congreso venezolano no lo aprobó porque según su pretensión, Colombia debía cederle más territorio de lo que contemplaba dicho tratado. Gracias a la ambición de los venezolanos que desecharon ese convenio, Colombia pudo conservar en su integridad el departamento de La Guajira.

Por la misma época y siendo secretario de asuntos exteriores don Lorenzo María Lleras se presentó a consideración del Congreso el Tratado Lisboa-Lleras que no era más que un instrumento para cederle territorio al Brasil. Sin embargo, el parlamentario Pedro Fernández Madrid se opuso férreamente a su aprobación por considerar que atentaba contra la soberanía colombiana.

El presidente liberal Manuel Murillo Toro protagonizó a través de un tratado de límites con Costa Rica, la entrega de la Costa de Mosquitia a este país, por considerar que este territorio no tenía mayor valía para Colombia.

En su mensaje al Congreso, Murillo Toro calificaba de "porción insignificante" la Costa de Mosquitia y buscaba con su "donación" que Costa Rica adoptara la Constitución de 1863. Con esta maniobra, el primer mandatario de origen tolimense estaba convencido de que Costa Rica terminaría anexándose a Colombia, pero infortunadamente, su percepción resultó equivocada.

Entre 1855 y 1857 gobernó a Colombia en representación de los dos partidos tradicionales, el conservador Manuel María Mallarino, quien no tuvo empacho ni escrúpulos de cancelar mediante la cesión de una buena parte de territorio del país que se calculó en "75 millones de acres", un empréstito que le había hecho al Estado colombiano la poderosa compañía francesa Saint Rose, domiciliada en París.

■

Si en el *Mercader de Venecia* de Shakespeare, uno de sus personajes, el desventurado Antonio trató de cancelarle una deuda al avaro Shilock con una lonja de su propia carne, ¿por qué el presidente Mallarino no iba a poder hacerlo con los acreedores del gobierno colombiano, entregando una buena rebanada del territorio nacional?

■ En efecto, Mallarino con toda desfachatez firmó con Mr. Stevenson Bushman, representante de la citada compañía extranjera el contrato en virtud del cual Colombia cancelaba su deuda otorgando una porción del territorio colombiano.

■ Al llegar semejante esperpento de contrato al Congreso de la República para su respectiva aprobación, don José María Samper se opuso decididamente y gracias a su impugnación no se comió tamaño despropósito.

Se ha escrito mucho sobre la separación de Panamá en 1903. Pero lo que queda claro por los múltiples documentos y testimonios de la época es que este proceso de secesión se hizo con el consentimiento y complicidad del gobierno conservador del José Manuel Marroquín.

Eduardo Lemaitre en su libro sobre el tema relata pormenorizadamente todo el proceso en el que intervino el hijo del presidente Marroquín, don Lorenzo Marroquín, a quien llamaban “el hijo del Ejecutivo”, que desempeñó papel clave para que Estados Unidos lograra la separación de Panamá.

Don Lorenzo “maquinó y manipuló” para que su padre, el primer mandatario, designara al senador José Domingo Obaldía como gobernador de Panamá, porque se necesitaba a alguien que “cerrara los ojos ante las pretensiones secesionistas”.

Pues bien, entre Lorenzo Marroquín, Obaldía y varios cartageneros que tenían intereses económicos en el asunto, urdieron y apoyaron la entrega del departamento de Panamá. El propio Lemaitre señala que el hijo de Marroquín recibió en “compensación” por sus “importantes servicios” la suma de 40 mil dólares de la época.

También se registra en este vergonzoso episodio cómo dirigentes liberales de la talla de Antonio José Restrepo (Ñito Restrepo) se comprometieron con los gringos a “venderles barato” Panamá, siempre y cuando los Estados Unidos le ayudaran al Partido Liberal a ganar la Guerra de los Mil Días.

Restrepo era agente confidencial de la revolución y en un contacto con un agente diplomático de los Estados Unidos le expresó: *“si ganamos la guerra nosotros tomaremos posesión de estas tierras (Panamá) y las venderemos a Estados Unidos”*.

El episodio más inaudito de entrega de territorio colombiano es la cesión de las islas y cayos conocidos con el nombre de Los Monjes a Venezuela. El caso es como para Ripley por cuanto que esta entrega no se hizo a través de un tratado sino de una simple nota diplomática el 5 de noviembre de 1952, siendo presidente de Colombia, Roberto Urdaneta Arbeláez y canciller Juan Uribe Holguín.

El secretario general de la Cancillería colombiana, Alfredo Vásquez Carrizosa hizo entrega de la nota diplomática a las once de la mañana al embajador de Venezuela en Bogotá, Luis Jerónimo Pietri y a las dos de la tarde de ese mismo 5 de noviembre de 1952, la Cancillería venezolana contestaba aceptando Los Monjes como parte del territorio de su país.

El fondo de esa cesión tenía una motivación política. A cambio de Los Monjes, el gobierno venezolano se comprometía a no permitir el paso de armas a Colombia para las guerrillas liberales de la época que tenían su centro de operaciones en los Llanos Orientales.

El 8 de septiembre de 1972, durante el gobierno conservador del presidente Misael Pastrana Borrero, su canciller Alfredo Vásquez Carrizosa (el mismo del caso de los Monjes), suscribió el Tratado Vásquez-Saccio, en el que se le reconoció el derecho a los Estados Unidos a pescar libremente en las aguas de Roncador, Serrana y Quitasueño en el departamento de San Andrés

y Providencia. Con este tratado, el gobierno de Pastrana Borrero buscaba que, indirectamente, los gringos reconocieran la soberanía colombiana sobre estas islas.

Faltando cinco días para finalizar el gobierno del presidente conservador Belisario Betancur, se suscribió en San Andrés el 2 de agosto de 1986 el Tratado sobre delimitación marítima entre Colombia y Honduras por parte de los respectivos cancilleres Augusto Ramírez Ocampo y Carlos López Contreras.

Dicho tratado alcanzó a ser aprobado en el Senado de la República de Colombia, pero fue "atajado" en la Comisión Segunda de la Cámara de Representantes al observar que el país estaba cediendo a Honduras 35 mil kilómetros cuadrados de áreas marinas y submarinas y logró archivarse.

Sin embargo, en el gobierno del también conservador Andrés Pastrana Arango, dicho tratado fue desarchivado para hacerlo aprobar del Congreso colombiano, entregando de esta manera esa significativa zona marítima.

Con la firma y aprobación del Tratado Lozano-Salomón en el que se definieron los límites entre Colombia y Perú, suscrito en Lima el 24 de marzo de 1992, también el Estado colombiano terminó entregando buena parte de su territorio.

Pero este tratado que lleva la impronta del tres veces canciller de la República y Presidente de Colombia (1918-1921), el tristemente-célebre Marco Fidel Suárez, a quien nunca le alcanzaron sus sueldos de burócrata sempiterno, encierra un verdadero intríngulis que dio origen a la guerra entre Perú y Ecuador que se prolongó por más de medio siglo y que recién vino a terminar en octubre de 1998.

En efecto, con el Tratado Lozano-Salomón el Estado colombiano cedió gran parte del sur del Putumayo al Perú, territorio éste que Ecuador, a su vez, le había entregado a Colombia mediante el Tratado Suárez-Muñoz-Vernaza, suscrito en Quito en 1916 y con el cual se definió los límites entre estos dos últimos países.

DE CÓMO SE TRATA DE IMPLEMENTAR UNA REVOLUCIÓN POLÍTICA Y SE TRIUNFA EN EL INTENTO

“Es un demagogo y un corrupto que ha robado más que los anteriores presidentes”, afirma sin rodeos y con cierto dejo de rabia, Oscar Lazárraga, un empresario de clase media alta cuando espeta su concepto sobre Hugo Chávez Frías.

“Yo envidio a los colombianos que tienen un presidente como Álvaro Uribe, porque Chávez simplemente es un populista y un dictador que ha empobrecido más a nuestro país”, sostiene una señora en la Plaza Altamira de Caracas (bastión del reducido grupo opositor que mantiene una virgen en una gruta y menos de una docena de antichavistas velándola para ver si les hace “el milagrito”) que sólo acepta identificarse como Rosmira por temor a las represalias chavistas, y quien junto con un grupo de amigos, hace cinco años espera en ese lujoso barrio caraqueño la caída del régimen, lo cual hasta ahora no ha llegado a concretarse (al finalizar el paro patronal de noviembre del 2002 a enero del 2003, los vecinos de ese sector residencial – y en la casi totalidad de las zonas exclusivas de Caracas - mantuvieron aceite hirviendo en las terrazas de los edificios para arrojarlo sobre las “turbas” cuando estas pretendieran trepar por las paredes, tal y como aconteció en la Edad Media, según los cronistas de la época, lo que deja adivinar, un poco, el dejo abiertamente retrógrado del pensamiento opositor en Venezuela, su nulo sentido práctico en el ejercicio de la política y notable incapacidad para enarbolar un programa de gobierno).

Las anteriores son opiniones de los antichavistas que ven en el Presidente de Venezuela la encarnación de un “dictador comunista” y de un resentido social que está acabando con el país metódicamente “como acostumbran a hacer los bolcheviques”, al decir de Rolando Cortés, un pequeño empresario en reprografía que quebró después del paro porque los ricos que lo invitaron a participar “me dejaron colgado de la brocha y el gerente del banco me cerró la cuenta por falta de movimiento, ¿pero cómo la iba a mover si estábamos en paro?”. Aún así sigue odiando a Chávez y a los comunistas.

En contraste, cuando se indaga a los sectores populares, las respuestas son exactamente al revés.

Helena, conserje de un edificio del centro de Caracas, afirma que vio una luz en el túnel de su vida cuando pudo inscribir a su hijo Alex en una escuela bolivariana donde – explica - “hasta le atienden su problema de aprendizaje con especialistas, ¿cómo le parece?”.

Óscar, un mecánico colombiano que lleva ocho años viviendo como indocumentado, muestra su satisfacción el comprobante de ingreso de su solicitud de regularización porque ahora tiene la oportunidad de llegar a nacionalizarse sin pagarle al “gestor” los dos mil dólares que le cobraba por “hacerle la vuelta”.

- Además nunca en mi vida he visto dos mil dólares juntos,- confiesa en medio de una gran carcajada que deja ver una dentadura perfecta a pesar de la pobreza.

A Matilde, una profesora jubilada, no le cabe la alegría en el cuerpo cuando cuenta que le han pagado deudas oficiales atrasadas desde finales de los 80, las cuales ya daba por perdidas y, además, como si lo anterior no fuera suficiente, le otorgaron una homologación que le permite mejorar sus ingresos actuales y futuros, así como su jubilación. Por fin se siente bien atendida y, tomada en cuenta, cuando va a su vieja casa mater, el Ministerio de Educación, a la cual gracias a Chávez ahora ve con ojos distintos, según nos confiesa.

Y qué decir de don Matías que ha logrado superar su condición de miseria: ahora cuenta con más del doble de recursos que le pagaban hasta ahora. Su pensión pasó, de 52, a 124 dólares mensuales.

Estos ejemplos sencillos se presentan por millones a lo largo y ancho de Venezuela con gente que palpa a diario las bondades de la Revolución Bolivariana “que se viene dando en medio de un esquema capitalista y neoliberal y por encima de cada vez más eventuales y distanciados desordenes callejeros e ilusorias añoranzas de golpes de Estado, con unas Fuerzas Armadas que respaldan a Chávez en bloque y a conciencia porque han comprobado que éste líder, carismático y auténtico, representa el verdadero fundamento de la nación bolivariana y el fin de las injusticias reiteradas e históricas contra los pobres”, explica Héctor Agüero, diputado a la Asamblea Nacional – el organismo unicameral que representa al poder legislativo a nivel nacional en Venezuela - por el Estado de Carabobo.

“La oposición está cada más disminuida en número de militantes y acciones reivindicativas, que detesta la figura de Chávez, produciendo de hecho uno de los fenómenos políticos más difíciles de llegar a entender en medio del convulsionado panorama actual”, afirma Laureano Seijas, director de Asuntos Internacionales del Movimiento Quinta República, el partido político de mayor representación en la Asamblea Nacional.

¿POPULISMO Y/O PATERNALISMO?

Desde la Cuba de Fidel, en sus comienzos; el Chile de Allende y el Perú de Velasco Alvarado, durante todo el transcurso de sus gestiones, nunca antes en América Latina se había visto tal cúmulo de desinformación organizada, tanto de las derechas como las izquierdas de todo el mundo, respecto del proceso político de Venezuela.

Por eso, y sólo después de visitar la tierra de Bolívar, se logra entender de inmediato el único hecho indiscutiblemente cierto en el embrollo, antes de comprender lo demás. CNN, Telemundo y las agencias internacionales de “desinformación” mienten descaradamente acerca de los acontecimientos del país bolivariano, en perfecta coordinación con funcionarios norteamericanos, permanentemente inmiscuidos en los asuntos internos venezolanos. Lo anterior demuestra, una vez más, el control férreo de la información a nivel planetario ejercido por los dueños de las riquezas del mundo, que no pasan de 500, según la revista “Forbes”. Las dos poderosas cadenas televisivas y las agencias internacionales se escudan en la certeza de que no existe organización con semejante cubrimiento, capaz de desmentirles en el ámbito orbital. Los periódicos y revistas nacionales e internacionales, por su parte, simplemente se pliegan a esta iniciativa, transformándose en idiotas útiles – o interesados - en esta gigantesca operación anti-latinoamericana que sólo favorece los intereses imperiales de Estados Unidos.

“Las clases pudientes de Venezuela deslegitiman por completo las políticas sociales del gobierno a las cuales, no bajan de populistas y demagogas”, señala Germán Ferrer, un dirigente del chavismo.

“Tanta es la inquina contra el presidente Chávez, que los empresarios están furiosos porque el Gobierno a través de Pdvesa está dando apoyos de cien dólares mensuales a los estudiantes que ingresan a la flamante Universidad Bolivariana”, agrega.

Eso en vez de solucionar les agrava el problema porque ¿para qué alcanzan cien dólares hoy en día?, expresa Néstor Astorga, propietario de un almacén de ropa fina, ahora, con muy poco movimiento, en un barrio de lujo, para descalificar la Misión Sucre que busca llevar educación superior a miles de venezolanos de bajos recursos económicos.

UN COCTEL MOLOTOV

Los legisladores opositores votan con frecuencia en contra de los millonarios presupuestos adscritos a los proyectos sociales, propuestos por el Gobierno, los mismos que son financiados con los extraordinarios ingresos petroleros que están irrigando la economía venezolana como una bendición a un Presidente que no se cansa de invocar a Jesucristo en sus discursos lo cual, al parecer, le ha dado excelentes resultados.

Y es que Chávez ha asumido en serio su papel de “comandante” y de “revolucionario”. Es comandante real por su condición de Jefe del Estado venezolano; y revolucionario por vocación

propia. Jamás ha ocultado esta última condición cuyo talante, incluso, acabó imponiendo a su gobierno. La mayoría de las capas populares lo acepta y apoya decididamente. Sin embargo su proposición es insólita porque siendo revolucionaria se lleva a cabo dentro de un sistema neoliberal en lo económico; democrático-republicano en lo político; y occidentalista y cristiano en lo cultural. Un verdadero coctel molotov conceptualmente hablando, por decir lo menos.

Así las cosas, el primer consejo que se le puede dar a alguien que visite con sentido analítico Venezuela es que mire, vuelva a mirar y lo haga varias veces porque en este país nada es lo que parece y todo puede llegar a ser lo contrario a la hora de la verdad.

Cuando se recorren diversos sectores físicos de Caracas, que corresponden a muy diversas capas sociales, salta a la vista la polarización latente. Mientras los sectores medios y altos de la sociedad descalifican a Chávez, las gentes humildes y marginadas lo ven como a su salvador, lisa y llanamente y no quieren, bajo ninguna circunstancia, que abandone el Gobierno a fin de poder completar el plan reivindicativo que todos esperaban, un poco, como aconteció en los inicios del cristianismo primitivo, perfil del cual Chávez presenta muchas semejanzas, tanto en sus discursos como en sus realizaciones.

Y no es para menos. Volviendo a la conserje del edificio caraqueño, ésta muestra con orgullo la aventura cultural en la que está inmerso: lee *El Principito* de Antoine de Saint – Exupery, uno de los varios libros que le entregaron, en la Biblioteca Familiar, esos “asquerosos chavistas”, al decir de las señoras “bien” que habitan el edificio que ella cuida al referirse a los seguidores del Gobierno como doña Helena.

En medio de esta pugnacidad social y política hay un hecho real: los humildes de Venezuela están mejorando sus condiciones de vida, “luego de que siempre habían recibido las migajas de quienes, administrando la casa de todos, sentados en la mesa de todos, le lanzaban al suelo las sobras, haciéndole creer que era lo justo”, según sostiene Albino Da Cruz, un dirigente barrial integrante de los Círculos Bolivarianos que apoyan con pasión a Chávez.

Luego de 40 años de gobiernos corruptos y elitistas alternados por adecos (socialdemócratas) y copeyanos (socialcristianos) que enquistaron toda una “nomenklatura” en las altas y medias esferas del poder a fin de apoderarse de la factura petrolera que siempre osciló entre los 20 y 50 mil millones de dólares anuales, existen ahora unas políticas sociales que la oposición califica de populistas que buscan mejorar los niveles de equidad y distribución del ingreso entre la población.

En la actualidad, el ahorro privado de los magnates venezolanos en el exterior es de los más grandes del ámbito sudamericano - 400 mil millones de dólares - lo que hace que empresarios como Cisneros y Mendoza aparezcan como más ricos que Rockefeller, según la revista Forbes, explica, Jorge Harrit, profesor universitario chileno y vicepresidente de Forven, Foro de Apoyo y Solidaridad con la Revolución Bolivariana de Venezuela que funciona a nivel continental.

“Bueno, no sólo eso, sino que esos empresarios han ayudado a convertir nuestra economía en una de las más retrógradas del hemisferio occidental, permitiendo que en la actualidad la mayor parte del sector productor privada se concentre en pocas familias. Lo que, como cualquier estudiante de primer semestre de Economía conoce, es contrario a cualquier política de desarrollo. Eso se dio en los grandes países capitalistas hasta el primer cuarto del siglo XX, cuando los Rockefeller, Dupont, Mellon, Krupp, Rhodes, etc., eran propietarios de las grandes multinacionales y dirigían, en la práctica, la política de sus países”, agrega Harrit.

“Pero esas naciones – agrega - supieron tomar las medidas para democratizar el capital y quitarles ese poder absolutista. Hoy Rockefeller tiene menos dinero que Cisneros. Puedes visitar la página www.forbes.com, para que lo verifiques”.

“Ese macro poder – señala finalmente - que han adquirido estas pocas familias controlan la banca, los medios y las grandes empresas alimenticias del país, tanto que sólo las familias Cisneros y Mendoza poseen una fortuna cercana al 10% del PIB del país”.

“Todo lo anterior hasta que apareció el teniente coronel rebelde Hugo Chávez Frías que en su primera incursión el 4 de febrero de 1992, capturó el sentimiento popular al manifestar que se rendía **‘por ahora’**, después que falló en su primer intento de toma del poder, copado esa vez por las fuerzas armadas oficialistas debido a fallas estratégicas de algunos de sus aliados militares dentro del ejército. Hoy, y trayendo a colación la famosa canción de Carlos Puebla, el primer trovador de la revolución cubana, se podría repetir: “...se acabó la diversión, llegó el comandante y mandó a parar”.

“Era obvio, entonces, la reacción de las clases poderosas que se vieron despojadas porque sí de sus canonjías y de ahí su odio hacia Chávez “, declara Haydeé Machín, diputada por el Estado de Miranda.

Machín agrega que “con Chávez no hay término medio: o se lo quiere o se lo odia y todo el proceso que está desarrollando su gobierno consiste en hacer de Venezuela un Estado reparador que retribuya en algo toda la iniquidad social que generó el sistema político bipartidista sostenido por Copei y Acción Democrática, cuyos dirigentes no tuvieron ni la visión ni la capacidad para diseñar un proyecto social de desarrollo equitativo que mejorara las condiciones de pobreza de la mayoría de los venezolanos, ni siguieron la recomendación del intelectual Arturo Uslar Pietri de ‘sembrar petróleo’ en el sentido de utilizar ese recurso energético para potenciar la agricultura y la agroindustria en el país”.

“Por eso ahora, cuando un Presidente surgido de las capas humildes del país busca orientar los recursos del Estado hacia planes sociales, es tildado de populista y su programa de asistencialista”, señala Flor María Rivas, diputada por el Distrito Capital.

Está visto que en América Latina la dirigencia no liberal, la misma que ha causado el desastre económico de los países de la región, cuando se implementan programas que van a beneficiar a las clases marginadas, no los bajan de populistas y asistencialistas. Pero cuando se trata de privatizar los activos públicos o de realizar operaciones financieras en perjuicio de los altos intereses nacionales, estas actuaciones que resultan apátridas se califican como exitosas movidas de la tecnocracia, sostiene la socióloga chilena Martha Harnecker.

HACIA UNA TRANSFORMACIÓN SOCIAL

Venezuela a partir de febrero de 1999 cuando Chávez asumió el poder ha experimentado una transformación radical. Los analistas coinciden que cinco años atrás, el nivel político de los ciudadanos era muy bajo, hoy en día, la gran mayoría de los venezolanos cuenta con un nivel político mucho más alto. Además, los grados de participación política son muy elevados comparativamente con el pasado, dice Ana Luisa Osorio, ministra del Medio Ambiente y de los Recursos Naturales.

Es indudable que, para bien o para mal, los venezolanos han sido estremecidos por la irrupción de la política en sus vidas cotidianas. Esta transformación radical en la concepción de vida del ciudadano se expresa en las acciones de los mismos. La gran mayoría no había tenido participación en organizaciones, marchas, discusiones, concentraciones, cooperativas, etc., ni mucho menos en la defensa de sus ideas y creencias políticas en la calle.

Esto no quiere decir, afirma Ángel Rodríguez, presidente de la Comisión Permanente de Desarrollo Social Integral de la Asamblea Nacional, que los venezolanos no aludían el tema político en el inmediato pasado sino que la nueva Constitución expedida en marzo de 2000 les dio mayor conciencia de la importancia de ser más activos en las decisiones que afectan a todo el conglomerado social.

Es evidente que se han producido una serie de cambios políticos que el gobierno de Chávez ha impulsado para dejar atrás una democracia cerrada y representativa para pasar a construir una democracia participativa, en el marco de un Estado Social y de Justicia, pilares en los que se fundamenta la llamada revolución bolivariana en aras de lograr una transformación social, política y económica.

CUESTIONANDO LA GLOBALIZACIÓN

Para los analistas extranjeros que han visitado en los últimos meses Venezuela, Chávez, con su particular estilo de gobierno, ha prescindido, de cierta forma, de la diplomacia convencional y prefiere ser directo, buscando solucionar en el terreno mismo las necesidades coyunturales y proyectar con especialistas el país del futuro que, si mantiene el ritmo actual de crecimiento podría llegar a convertirse en uno de los más desarrollados, prósperos y avanzados en el ámbito latinoamericano.

Después del fallido golpe de Estado de 2002, Chávez no ha tenido pelos en la lengua para cuestionar los efectos de la globalización y el neoliberalismo, condenar el terrorismo de Estado llevado a cabo por los Estados Unidos, criticar el ALCA y rechazar las invasiones de Irak y de Afganistán. Al mismo tiempo, ha propugnado por la integración regional y ha liderado el fortalecimiento de la OPEP, a pesar del rechazo estadounidense, más la habilidad de su equipo de gobierno para dismantelar a los golpistas del 11 de abril de 2002 que contaron con colaboración internacional (Estados Unidos y el gobierno español de José María Aznar, entre otros) y de haber restituido la democracia en menos de 48 horas, sin llegar a usar la violencia o las armas.

Por eso es que un chavista como Wikelman Angel, abogado de las cooperativas de recicladores de Caracas, explica que es clara su postura política: “No puedo odiar a Bolívar para amar a Bush”.

ALGUNAS CIFRAS DEL PROCESO BOLIVARIANO

Aunque los malquerientes de Chávez tanto en el nivel interno como en el internacional no lo bajan de “dictador”, conviene recordar que este coronel del ejército venezolano, ha pasado por siete procesos electorales* que van desde su propia candidatura hasta la decisión popular de someter a consulta popular la nueva Constitución de la República. En cinco años ganó dos veces las elecciones y la segunda vez obtuvo más votos que la primera. Su popularidad al comenzar 2004 superaba el 54% en todo el país.

En abril del 2002 cuando las elites económicas y políticas de Venezuela le dieron un golpe de Estado, millares de ciudadanos se lanzaron a las calles a reclamar su regreso y en 47 horas la presión popular hizo que lo llevaran nuevamente al Palacio de Miraflores. Los últimos sondeos señalan que el 74% de la población rechaza regresar al pasado bipartidista que existía antes de 1999.

Durante el lustro del régimen chavista se han alfabetizado un millón de venezolanos; se ha logrado incluir más de un millón y medio de niños al sistema escolar, se elevó el presupuesto de educación de 2,9% del PIB a 6,4 %; se han construido 675 nuevas escuelas, se han reconstruido 2.250; se elevaron a más de 3.000 las escuelas bolivarianas (aquellas que ofrecen alimentación, salud y recreación), se han contratado más de 35.000 nuevos docentes, se han creado más de 250 Infocentros (sitios que ofrecen acceso gratuito a Internet en los barrios y sitios más recónditos de la geografía nacional); se ha incorporado a más de 3 millones de personas al servicio de agua potable y más de un millón al servicio de recolección de aguas servidas; se aumentó la esperanza de vida en nueve meses y se disminuyó la mortalidad infantil de 18 a 15 por mil nacidos.

Chávez se ha convertido para los destechados, los descamisados y los excluidos de la sociedad venezolana en la posibilidad de un mañana mejor para ellos, sus hijos y sus nietos. Por eso su gran apoyo popular y por eso también es que la oposición no ha podido tumbarlo del poder, sostiene Carlos Latorre un dirigente sindical de los pensionados de Colombia que integró una oportuna caravana terrestre de solidaridad Bogotá-Caracas en diciembre de 2002.

LAS FASES DEL GOBIERNO

La Presidencia de Chávez hasta ahora está marcada por cuatro fases. La primera que se inicia en 1999, está enmarcada dentro de un periodo de profunda recesión económica, reforma constitucional y desastre natural en el cual se hizo poco por reducir la pobreza aparte de la puesta en marcha del Plan Bolívar 2000.

La segunda fase - comprendida entre 2000-2001 - constituye un periodo relativamente exitoso en el cual Chávez consolidó su poder político y comenzó a poner en marcha sus programas de reducción de la pobreza a largo y medio plazo, con reformas macroeconómicas, la reforma urbana y rural, la creación de escuelas bolivarianas, y el otorgamiento de microcréditos y fomento de cooperativas.

La tercera fase - que va desde diciembre de 2001 hasta mayo de 2003 - fue la más difícil por cuanto el gobierno debió enfrentar varias huelgas generales lideradas por la patronal, el intento de golpe de Estado y la paralización de la industria petrolífera. Durante este lapso el país y el gobierno debieron soportar las mayores adversidades porque se redujo la capacidad de maniobra del aparato estatal a su máxima expresión. Además, se dispuso de muy pocos recursos para atender las apremiantes necesidades sociales.

El mes de mayo de 2003 marca el principio de la cuarta fase, que es cuando se comienza a recuperar la industria petrolífera del país y la oposición enfoca sus esfuerzos en estrategias políticas y no económicas o militares para expulsar al Presidente. Durante este periodo, el gobierno logra obtener más recursos, gracias al precio relativamente alto del petróleo, lo cual le posibilita poner en marcha toda su plataforma de atención social.

LUCHA CONTRA LA POBREZA

Chávez fue elegido gracias a una plataforma política sustentada en la solución de las principales necesidades de las clases marginadas y menos favorecidas. Sin duda los pobres representan el electorado más importante de Chávez.

Las encuestas de opinión, de cuya precisión se puede dudar razonablemente por estar sesgadas a favor de la oposición, muestran regularmente que Chávez obtiene la mayor parte de su apoyo en los estratos sociales bajos.

Sin embargo, en un esfuerzo por desacreditar a Chávez y sembrar la duda entre sus seguidores, la oposición con ayuda de los institutos de investigación sobre la pobreza como la Universidad Católica Andrés Bello, argumentan que la pobreza se ha incrementado drásticamente durante este gobierno.

Uno de los ardides que utiliza con más frecuencia la oposición contra el primer mandatario es mostrar por las cadenas de televisión durante las manifestaciones antichavistas gente de los barrios bajos de Caracas diciendo: "Chávez dijo que pondría fin a la pobreza, pero lo que está haciendo en realidad es poner fin a los pobres", sostiene Iván Altare un ingeniero de petróleos que sin militar en ningún partido es un chavista convencido.

El tema de la pobreza se volvió recurrente en Venezuela hasta el punto de que se ha convertido en el asunto político número uno desde el momento en que el controvertido coronel llegó al poder. Los partidos de la oposición reconocen que si ellos quieren realmente ganarle a Chávez unas elecciones, tienen que ofrecer una alternativa creíble de cómo combatir la pobreza. Aunque todavía no tengan una plataforma política ni han logrado organizarse en forma articulada, eso lo tienen muy claro.

Cuando se examinan los datos de pobreza, parece haber una curiosa contradicción. Por un lado muchos institutos de investigación muestran un incremento de la marginalidad desde que Chávez llegó al poder. Pero por otro, algunos indicadores sugieren que la pobreza se ha hecho menos severa en los últimos cinco años.

Un somero análisis de los índices de pobreza durante los últimos veinte años en Venezuela muestra dos tendencias bastante claras que contribuyeron en ese lapso a incrementarla.

La primera tendencia es un constante ascenso de la desigualdad. La segunda es un constante descenso de la renta per cápita. Estas dos tendencias combinadas han hecho posible que Venezuela tenga hoy mayor tasa de crecimiento de la pobreza que cualquier otro país de América Latina.

“La pobreza venezolana es producto de más 500 años de robos, despojos, saqueos y genocidios protagonizados primero por el imperialismo medieval español y, posteriormente, orquestado por el norteamericano”, señala el politólogo y profesor universitario, Gonzalo Ortiz.

Explica que la última incursión del bipartidismo adeco-copeyano – muy semejante al bipartidismo liberal-conservador en Colombia, por lo demás –, robó sistemáticamente más del 80% de los ingresos nacionales anuales venezolanos, a través del apoderamiento físico directo del manejo de divisas en beneficio propio, de la contratación abultada, exagerada o simplemente falsa, y de la sobrefacturación y subfacturación en los negocios con el exterior; tanto así que en el año 1998 el empresariado venezolano aparece “exportando” tres mil millones de dólares e “importando” trece mil.

La medida estándar, denominada "Coeficiente de Gini", que calcula la desigualdad en la distribución de la renta de un país, no muestra cambios significativos a lo largo de casi treinta años en este país. Desde 1971 hasta 1997 ha fluctuado irregularmente, pero generalmente permanece entre 0,45 y 0,50, terminando en 1997 casi con el mismo nivel que tuvo en 1971. Sin embargo, el índice de Gini solo mide los ingresos salariales, o sea las rentas del trabajo, no las rentas del capital. Otros datos muestran, por ejemplo, que la proporción de rentas del capital (o sea los ingresos derivados de las inversiones de capital) aumentaron en Venezuela, durante los últimos treinta años, mucho más que los ingresos en concepto de salarios.

Un estudio elaborado por el investigador Francisco Rodríguez muestra que en la composición del Producto Interior Bruto entre los años 70 y los 90, las rentas del capital aumentaron el 11%, en perjuicio de las rentas del trabajo.

En consecuencia, si se tienen en cuenta las rentas del capital, según ese estudio, la desigualdad aumentó de forma bastante drástica, por tanto Venezuela es ahora una de las sociedades más desiguales del mundo, superando incluso a Sudáfrica y Brasil.

Esto se debe, en gran parte, a la creciente concentración del capital y a la congelación salarial durante el mencionado periodo.

Hasta cierto punto se puede inferir que la congelación salarial se debió, en cierta medida, a la caída de los ingresos per cápita generada por la exportación de petróleo. Efectivamente, aunque esas exportaciones per cápita se duplicaron entre 1973 y 1983, los ingresos del petróleo per cápita descendieron. La razón principal puede encontrarse en los precios descendientes del crudo, que cayeron desde un pico de 15,92 dólares por barril en 1982 hasta 3,19 dólares por barril en 1998. El valor de las exportaciones de petróleo per cápita, descendió por lo tanto de 995 dólares en 1974 a 384 dólares veinte años después, en 1993.

En contraste y en forma curiosa, el Índice de Desarrollo Humano (IDH) en Venezuela, medido por el Programa de Desarrollo de Naciones Unidas, no refleja la tendencia al empobrecimiento. El IDH mide no sólo la renta per cápita de un país, sino también factores estadísticos sobre salud, educación, mortalidad, escolarización, alfabetización, entre otros. Entre 1970 y 1990 el IDH de Venezuela ascendió desde 0,689 hasta 0,821. Más tarde descendió ligeramente en la segunda mitad de los años 90 pero a partir de 1999 aumentó de nuevo hasta 2001, terminando en el 2001 en 0,7694. Es decir, este proceso de aliviar la situación de la población más vulnerable económica y socialmente se comenzó a presentar durante los primeros años de la Presidencia de Chávez.

Un examen de las políticas contra la pobreza muestra que la mejora en el IDH durante el gobierno de Chávez se debe en gran medida a las nuevas políticas públicas que se centran en los sectores más marginados de Venezuela.

Las estadísticas podrán decir lo que quieran pero lo cierto es que el presidente Chávez trabaja día y noche implementando planes y proyectos que comienzan a pagar la deuda social acumulada contra los pobres y los humildes del país, en forma permanente, continua y sistemática a través del mejoramiento primario de la alimentación con los supermercados populares "Mercal"; el impulso de los programas de educación, a través de las Misiones Robinson, Ribas Y Sucre; de salud con gigantescos presupuestos y diez mil policlínicas del impresionante proyecto "Barrio Adentro"; de Identidad con la regulación de extranjeros y el otorgamiento de cédulas de ciudadanía a millones de venezolanos que no la poseían. Todo lo anterior subvencionado por el Estado para que estos servicios le lleguen gratis al ciudadano, afirma Almer Rivas, coordinador general del Movimiento Bolivariano Latinoamericano.

LOS PLANES FRUSTRADOS

Antes del auge del petrolero venezolano, el principal plan del Estado en contra de la pobreza fue el programa de reforma agraria rural, que redistribuyó tierra a 150.000 familias a comienzos de los años 60. Luego y gracias al petróleo, Venezuela intentó transformarse en un país industrializado moderno y rechazó los planes agrarios en favor de programas que alejasen al país de la agricultura.

Durante los años de auge, las políticas contra la pobreza buscaron proporcionar educación universal, atención médica gratuita, un salario mínimo decente, y proyectos de empleo público a gran escala. Todo ello dependía de los altos beneficios del petróleo y acabó teniendo un claro impacto en reducir la marginalidad pero todos los programas adolecieron de clientelismo político y paternalismo.

En los años 80 cuando comienza el ciclo descendiente, las medidas más importantes que estaban dirigidas originariamente dirigidas a los pobres del país, acabaron beneficiando a la clase media.

En efecto, en el proceso de debilitamiento económico del país, en el que los salarios medios descendían drásticamente, la clase media no pudo permitirse más la sanidad y la educación privadas. Como consecuencia de ello, este estrato social fue apoderándose gradualmente del sistema público de sanidad y de educación del país.

Al adoptarse el modelo neoliberal durante la administración de Carlos Andrés Pérez (1989-1993) y luego al haberlo mantenido el gobierno de Rafael Caldera se agravaron los problemas de pobreza en Venezuela, debido a las medidas de privatización, recortes del gasto social y elevación de las tarifas de los servicios públicos.

Con las medidas neoliberales se afectó no solamente la economía de las clases medias sino que agravó la situación de los sectores marginados.

Aunque esta tendencia fue generalizada a todo lo largo y ancho de América Latina, en el caso concreto de Venezuela, la pobreza se tornó mucho más diversificada y generalizada.

Otros factores contribuyeron a agravar la situación como las grandes corrientes migratorias procedentes de Colombia y de otros países latinoamericanos, lo que originó que los pobres se volvieran étnicamente más diversos y los patronos pudieran manejar a su antojo los salarios relativos bajos o, lisa y llanamente, robárselos acudiendo a autoridades cómplices que deportaban a los trabajadores después de años de trabajo sin pagarles un peso por concepto de cesantías y otros beneficios sociales.

Durante el segundo gobierno Caldera (1994-1998), los recursos del Estado para desarrollar programas sociales se volvieron tan escasos que se podría afirmar que no hubo una política social de gran aliento.

LOS DESAFÍOS DE CHÁVEZ

Hugo Chávez llega a la Presidencia de Venezuela con un proyecto en que sobresalían tres aspectos básicos: primero, romper el viejo sistema político de Venezuela, conocido como "puntofijismo", llamado así por el lugar, Punto Fijo, en el cual los democristianos (COPEI) y los socialdemócratas (Acción Democrática) firmaron un acuerdo elitista y excluyente para limitar el juego político de Venezuela a estos dos partidos; segundo, acabar con la corrupción; y, tercero, aliviar en forma significativa la pobreza.

Durante 1999, el primer año de Chávez en el poder se dedicó a romper el pacto bipartidista del puntofijismo por medio de una nueva Constitución.

Debido a la recesión que golpeó a Venezuela durante ese año, el gobierno no dispone de los suficientes recursos para iniciar una política social de envergadura. Por el contrario Chávez concentra sus esfuerzos en atender las necesidades del Ejército y ordena diseñar programas que beneficiasen a los soldados de todas las divisiones militares.

Bajo la denominación Plan Bolívar 2000, cada división militar de Venezuela desarrolló un programa diferente. Así, por ejemplo, la Fuerza Aérea implementó un plan para transportar gratis a gente que no podía permitirse viajar a diferentes partes del país pero lo necesitaba en forma urgente.

La Marina ejecutó el Plan Pescar 2000, que incluyó la reparación de frigoríficos, la organización de cooperativas y la capacitación. La Guardia Nacional se involucró en la actividad policial, particularmente en áreas donde la presencia del Estado era mínima.

También se puso en marcha el Plan Avispa dirigido a construir vivienda para los pobres. El Plan Reviva era similar, con la excepción de que en lugar de construir casas desde cero, implicaba la reconstrucción de casas viejas.

Otros aspectos del Plan Bolívar 2000 incluían redistribuir comida a áreas remotas del país. Este plan generó mucha polémica durante sus tres años de existencia, desde 1999 a 2001. Quizás la crítica más importante erigida en su contra fue la deficiente gestión y su poca transparencia. Debido a ello se levantaron muchos cargos de corrupción en contra de los funcionarios a cargo del programa.

Sin embargo, durante el año de su existencia, se repararon miles de escuelas, hospitales, clínicas, casas, iglesias y parques. Más de dos millones de personas recibieron tratamiento médico. Se abrieron cerca de un millar de mercados con precios populares, se vacunó a más de dos millones de niños, y se recogieron miles de toneladas de basura, entre otros beneficios.

Los críticos del plan señalan que el mismo estaba era cortoplacista por cuanto estaba dirigido solamente a brindar soluciones de contingencia, donde los funcionarios públicos y las fuerzas militares identificaban un problema social. Si bien ésta es una crítica válida, se debe evaluar el programa en el contexto de una fuerte falta de recursos, dado que en 1999 había una recesión en Venezuela. Además, hacia el final del año, sucedió el desastre del Vargas, en el cual diez mil personas murieron en el lodo y más de cien mil se quedaron sin hogar, con unos daños estimados cercanos a los 4 billones de dólares.

Considerando la gravedad del problema, la falta de recursos, y que el gobierno estaba concentrado en reformar la constitución, el Plan Bolívar 2000 obtuvo, no obstante, un importante impacto positivo sobre la pobreza, lo cual probablemente haya elevado el IDH del país.

PLANES A MEDIANO Y LARGO PLAZO

Es hasta el año 2002 cuando el gobierno de Chávez, más concretamente después del intento burdo de golpe de Estado, puede concentrarse en el diseño e implementación de una gran

política social que contemplan medidas macroeconómicas con miras a reducir los índices de marginalidad a corto, mediano y largo plazo.

Pese a la paralización y sabotaje de la industria más importante del país, la industria petrolífera y la aguda polarización política en el país, el gobierno comienza a implementar una serie de reformas como las que tienen que ver con la nueva ley de tierra urbana y rural, los programas de microcréditos, el aumento del gasto en educación primaria, y esfuerzos por promover cooperativas a lo largo y ancho del país.

La reforma agraria de Chávez representa como es obvio uno de los aspectos más críticos de oposición porque toca poderosos intereses económicos. Cuando fue expedida la ley en noviembre de 2001, inmediatamente vino el rechazo y generó el mayor número de críticas del paquete de 49 leyes sociales, que fueron todas aprobadas al mismo tiempo.

La nueva ley de tierras básicamente establece que todos los venezolanos adultos tienen derecho a solicitar un terreno para su familia, si cumplen unos determinados requisitos básicos.

Este terreno será tomado de fincas propiedad del Estado, que son muy grandes y constituyen la mayor parte de la tierra cultivable de Venezuela. También abre la posibilidad para que el Estado redistribuya tierras privadas, si estas forman parte de fincas que tengan entre 100 hectáreas (de tierra cultivable de buena calidad) y 5.000 hectáreas (de tierra de baja calidad). Las tierras serían expropiadas a precios de mercado, lo cual haría de la reforma agraria venezolana un programa relativamente no radical comparado con la historia de las reformas agrarias en el mundo.

Este programa agrario comenzó lentamente, debido a que la infraestructura necesaria tenía que ser puesta en marcha. Aunque el gobierno distribuyó muy pocas tierras en 2002, al año siguiente aceleró el ritmo hasta entregar 1,5 millones de hectáreas a 130.000 familias. Esto equivale a alrededor de unas 11,5 hectáreas en promedio por familia y una población directamente beneficiada de 650.000 personas.

Simultáneamente se ha puesto en marcha una reforma urbana que va a redistribuir los terrenos de los barrios pobres. El concepto es muy similar al que el economista Hernando de Soto ha promovido en Perú pero incorpora algunos elementos adicionales interesantes que podrían hacer de este programa un ejemplo para otros países.

El esquema de redistribución de suelo urbano tiene una naturaleza colectiva. Para poder adquirir títulos, deben reunirse entre 100 y 200 familias para integrar un comité de tierras urbanas, el cual inicia el proceso de regularización de propiedades ante el gobierno.

ECONOMÍA SOLIDARIA

El gobierno de Chávez también ha diseñado un gran programa de Economía Solidaria, dentro del cual sobresale el otorgamiento de microcréditos para beneficiar a las personas más desvalidas del país.

El plan de microcréditos sigue en muchos aspectos el modelo del Banco Grameen de Bangladesh y se fundamenta en diferentes instituciones como el Banco de la Mujer, Banco de Desarrollo Económico y Social, Banco de Fomento Regional Los Andes y el Banco del Pueblo. También están instituciones como el Fondo para el Desarrollo de Microcréditos y el Ministerio de Desarrollo de la Economía Social.

Entre 2001 y 2003 han sido repartidos cerca de 50 millones de dólares. Entre el Banco de la Mujer y el Banco del Pueblo han dado 70.000 microcréditos. Para el 2004 se pretende triplicar el programa.

Entre los beneficiarios del programa de microcréditos están las cooperativas, que representan la segunda columna en el proyecto de economía social del gobierno.

Chávez llegó al poder, en toda Venezuela existían poco menos de 800 cooperativas ahora se estima que existen alrededor de 40.000. La promoción activa de cooperativas no sólo impulsa al pequeño sector empresarial, que es el mayor generador de nuevos empleos en una economía, sino que, además, proporciona mayores niveles de equidad social.

PROGRAMAS DE ESCUELAS Y GUARDERÍAS BOLIVARIANAS

La gestión de Chávez se ha dado prelación también al tema de la educación. En 2001 aumentó el gasto público en educación al 4,3% del PIB, multiplicando por dos el nivel de 1996 y convirtiéndolo en uno de los más altos en veinte años.

Gran parte de la nueva inversión en educación se ha dirigido a la construcción de nuevas escuelas y en la transformación de las viejas en lo que se ha denominado el programa de "Escuelas Bolivarianas".

Estas escuelas están abiertas todo el día, de manera que liberan a los padres del cuidado de los niños, permitiéndoles trabajar a tiempo completo. Además, el horario extendido permite la incorporación de más actividades culturales y deportivas.

En estas aulas se proporcionan desayuno, almuerzo y un aperitivo en las horas de la tarde. Son comidas regulares que la gran mayoría de niños pobres no recibían.

En 2003, aproximadamente 2.800 escuelas bolivarianas fueron inauguradas, las cuales atienden a 600.000 niños.

Gracias a la eliminación del pago de matrícula y la expansión del sistema de escuelas públicas, algo más de 1,5 millones de niños que estaban excluidos del servicio educativo han logrado un cupo escolar. El porcentaje de niños en el colegio de esta forma aumentó del 83% en 1999 al 90% en 2002.

Complementando el programa de escuelas bolivarianas está el Plan Simoncito, que está concebido para proporcionar guardería gratuita y educación preescolar a los niños hasta los seis años de edad. Dicho plan atiende a 300 mil infantes con lo que se incrementó la cobertura del 40% al 45%.

UNIVERSIDAD BOLIVARIANA

Más de 400.000 venezolanos que cumplen los requisitos para ingresar a la universidad no lo pueden hacer por dos factores: un por falta de recursos económicos y dos porque no obtuvieron el suficiente puntaje en los exámenes de ingreso.

Para tratar de superar estos problemas, el gobierno de Chávez creó la Universidad Bolivariana de Venezuela (UBV), cuyo propósito esencial es el de priorizar las admisiones de estudiantes de origen humilde.

Al comenzar este año de 2004 estaban matriculado 2.400 estudiantes en la nueva Universidad que comenzó sus primeras clases en octubre de 2003. Otros 20.000 ya hicieron su inscripción.

Este centro de estudios superiores tendrá sucursales en todo el país y está proyectada para una cobertura de cien mil estudiantes.

LAS MISIONES

Luego de superado el intento de golpe de Estado en 2002 y sobre todo la huelga petrolera que afectó notablemente el aparato productivo de Venezuela, a finales de 2003, las finanzas del Estado tuvieron una franca recuperación, por lo que el gobierno pudo comenzar a ejecutar las medidas sociales que están enfocadas, fundamentalmente, a la población más pobre.

La estrategia ideada por el gobierno de Chávez además de amplia es ambiciosa, pues consiste en desarrollar una serie de planes educativos y de salud para mejorar el nivel de vida de las clases marginadas. A cada uno de los programas se les denominó misiones y llevan el nombre de un prócer venezolano.

LA MISIÓN ROBINSON - EDUCACIÓN PRIMARIA

En octubre de 2003 el Presidente Chávez anunció siete "Misiones" diferentes para luchar contra la pobreza. La primera misión fue la Misión Robinson, bautizada así en honor a Simón "Robinson" Rodríguez, que fue el maestro de Simón Bolívar.

Esta Misión está orientada a reducir el analfabetismo. Aunque el analfabetismo es bastante bajo en Venezuela, sólo cerca del 7% (para toda Latinoamérica y el Caribe es un 11%), es de todas maneras uno de los factores más serios que contribuyen a la pobreza.

Para desarrollar este programa, Venezuela suscribió un acuerdo de cooperación con Cuba. Este acuerdo posibilita que cientos de expertos cubanos en alfabetización puedan implementar la instrucción.

En la primera fase del programa, que fue lanzado el primero de julio de 2003, a los estudiantes se les enseña a leer y a escribir utilizando una metodología cubana basada en números, dado que la mayoría de analfabetos están familiarizados con los mismos.

Más de un millón de venezolanos se benefician actualmente del programa, con la ayuda de 100.000 profesores de alfabetización, que trabajan en todo el país.

La segunda fase, la Misión Robinson II, va más allá de la alfabetización y pretende enseñar a sus participantes todo lo que necesitan para llegar a sexto curso. El programa está comprimido para que los estudiantes completen en dos años su bachillerato. Esta Misión pretende incorporar más de 629.000 estudiantes este año.

La oposición venezolana asegura que el programa de alfabetización no es otra cosa que un sofisma para desarrollar un plan de adoctrinamiento cubano. Sin embargo, un vistazo rápido a los temarios utilizados (las llamadas "bibliotecas" de una docena de libros, que todo hogar o participante recibe gratuitamente) y conversaciones con gente que se ha titulado con el programa, muestran que tales acusaciones son completamente infundadas.

MISIÓN RIBAS - EDUCACIÓN SECUNDARIA

Simultáneamente a los programas de alfabetización y educación primaria de la Misión Robinson, el gobierno también creó la Misión Ribas, llamada así por el héroe de la independencia José Félix Ribas, la cual tiene como propósito brindar la oportunidad de terminar la educación secundaria a aquellas personas que por una u otra razón no pudieron hacerlo.

Según las estadísticas, más de cinco millones de venezolanos abandonaron sus estudios secundarios. La Misión Ribas está concebida para incorporarlos en un programa educativo que les permita titularse en un plazo máximo de dos años.

En noviembre de 2003 cuando se abrieron las inscripciones más de 700.000 venezolanos se apuntaron para continuar su bachillerato.

Como todas las misiones, el programa es gratuito. Adicionalmente se otorgarán cien mil becas que se distribuirán según las necesidades económicas de los estudiantes. Es decir se buscará ayudar a aquellos educandos que no tengan posibilidades de trabajo y manutención.

La mayoría de los cursos están diseñados en forma de "tele-clases", o videos, con la ayuda de un mentor. Una vez que los estudiantes completen sus estudios, la compañía petrolera de

propiedad del Estado PDVSA y la compañía eléctrica CADAPE ofrecerán puestos de trabajo en minería, petróleo, y sector energético.

Todo el programa está siendo principalmente coordinado por estas dos entidades, por cuanto que son las que proporcionan la mayor parte de su financiación.

MISIÓN SUCRE - EDUCACIÓN SUPERIOR

La Misión Sucre, bautizada así por otro héroe de la independencia, es esencialmente un programa de becas para la educación universitaria a través del cual, en la primera fase que comenzó en noviembre de 2003, un total de 100.000 venezolanos de escasos recursos económicos, comenzaron a recibir el equivalente a 100 dólares al mes para que puedan suplir sus necesidades básicas y tener la posibilidad de iniciar una carrera universitaria sin ningún costo.

En septiembre de 2003 más de 420.000 venezolanos se volcaron a inscribirse para obtener un cupo universitario. Y al comenzar el 2004 se habían seleccionado 200 mil bachilleres para que puedan acceder a los programas universitarios de esta Misión.

Sin embargo para Giuseppe Gianetto, el rector de la Universidad pública más grande del país, la Universidad Central y además un crítico declarado del gobierno de Chávez, expresó que la Misión Sucre es un programa "demagógico" porque es imposible acomodar a los 400.000 estudiantes que buscan ingresar en el sistema universitario.

Las universidades públicas existentes no pueden acomodar a tantos estos estudiantes, ha dicho Gianetto.

El gobierno, por su parte, ha respondido que la mayor parte de los inscritos en la Misión Sucre encontrarán plaza a través de las nuevas universidades bolivarianas, las cuales están siendo abiertas en todo el país y que se buscará atender la cobertura en forma paulatina.

MISIÓN BARRIOS ADENTRO - SANIDAD COMUNITARIA

Para atender los agudos problemas de salubridad de los barrios pobres de Venezuela, Chávez lanzó un programa de sanidad comunitaria llamado Barrios Adentro. Este programa, cuenta con la ayuda 10.000 médicos cubanos, quienes han diseñado todo un plan de atención efectiva e inmediata. Cabe destacar que Cuba "exporta" cerca de 50 mil médicos a diversos países del mundo pobre, particularmente a Centroamérica y África y, aún así, tiene el mayor cubrimiento medico/paciente del mundo.

En efecto, en desarrollo de este programa de salud pública se han instalado pequeñas clínicas en los barrios populares que jamás tuvieron acceso a un médico ni siquiera la posibilidad de obtener atención de primeros auxilios.

El programa fue lanzado por primera vez en Caracas como proyecto piloto con el nombre de "Barrio Adentro, y ahora funciona en todo el país con los nombres de "Selva Adentro", "Montaña Adentro", etc. Después de seis meses de funcionamiento, el programa ha atendido a más tres millones de venezolanos y más de 20 millones de consultas.

Los médicos son bien recibidos en los barrios pobres, pues además de atender en los puestos de salud también hacen visitas a domicilio, algo que jamás se había visto antes. No sólo eso, la Policlínica que sirve de hogar al médico residente (vienen sin familia, sacrificando su vida personal cada uno de ellos, en forma gratuita) ha contado no sólo con el agradecimiento de las comunidades beneficiadas sino que éstas también han tomado iniciativas como agregarle consultorios odontológicos, guarderías infantiles, droguerías, pequeños supermercados, gimnasio y centros de abundantes actividades comunitarias, sociales y culturales.

Sin embargo, la Asociación de Médicos de Venezuela se fue lanza en ristre contra el programa hasta el punto de presentar una demanda judicial para desalojar a los galenos cubanos, alegando que no tienen las credenciales requeridas por la ley venezolana.

En julio de 2003 un tribunal aceptó la demanda. El Ministerio de Sanidad respondió señalando que la sanidad pública es una de las prioridades más altas del Estado y por lo tanto el gobierno desconocía y rechazaba de plano la acción judicial.

María Urbaneja, Ministra de Sanidad en aquel momento, dijo que aún cuando había médicos desempleados de sobra en Venezuela, la mayoría no estuvieron dispuestos a ir a trabajar en los barrios marginados.

Cuando un juez decretó la expulsión del país de los médicos cubanos por no haber convalidados sus títulos en Venezuela y no tener permisos de los colegios médicos correspondientes el alcalde popular chavista de Caracas, Fredy Bernal, y quien fue el que lanzó el Plan, manifestó: "El juez está en todo su derecho de emitir una orden de tal naturaleza, pero yo no tengo en este momento fuerza policial disponible para colaborarle en tal decisión porque nos la pasamos enfrentando desordenes callejeros de maleantes contratados por la oposición así es que, y por lo mismo, le sugiero que se consiga a unos policías y vaya, capture a los médicos y los saque del país".

Demás está decir que el juez no consiguió ayuda en ningún cuartel policial y la población beneficiada armó alrededor de las policlínicas un cordón de seguridad, obligando a quien se dirigiera a los centros asistenciales que no fuera conocido a identificarse o a abandonar el lugar. Ningún médico fue expulsado y, después de la orden judicial, éstos aumentaron de mil a diez mil.

De todas maneras, existe un plan para reemplazar gradualmente a los médicos cubanos por venezolanos, en el caso de que éstos últimos accedan a prestar sus servicios profesionales en zonas deprimidas, cuestión que no les seduce en absoluto porque toda su formación cultural en la universidad fue hecha para prestarle los servicios al Estado y obtener prebendas y contratos personales, amistosos o familiares; a facturar más de 24 horas de "trabajo diario" en diversos turnos que jamás prestaron o, simplemente, a abrir y/o trabajar en clínicas para ricos en los sitios exclusivos de Caracas o de las principales ciudades venezolanas.

MISIÓN MIRANDA - RESERVISTAS MILITARES

El Ejército venezolano ha sido durante mucho tiempo un lugar donde las gentes de origen humilde podían encontrar una educación y un sitio para trabajar. No obstante, una vez que dejan el Ejército, acaban a menudo sin empleo. Para atender a este segmento de la población, el gobierno de Chávez lanzó la Misión Miranda, llamada así en homenaje del precursor de la independencia, el general Francisco de Miranda.

Esta misión crea una reserva militar entre las personas que una vez sirvieron en el Ejército. Todos los que participen en el programa recibirán el salario mínimo, adiestramiento en cooperativas de formación, y la oportunidad de solicitar microcréditos.

Cuando el programa fue anunciado, el 19 de octubre de 2003, cincuenta mil antiguos soldados se habían inscrito y otros cincuenta mil estaban listos para ser añadidos antes del final el año. Todos los reservistas que se inscribieron estaban desempleados.

La oposición cuestionó las intenciones detrás de la Misión Miranda, argumentando que Chávez estaba creando un Ejército paralelo que estaría directamente bajo su mando directo. La sospecha es que Chávez intenta militarizar el país y crear una fuerza armada que le sea completamente leal, debido al posible referéndum revocatorio para mantenerse en el poder si lo perdiese. Hasta ahora, sin embargo, no hay ninguna señal de que Chávez pretenda permanecer en el poder por la fuerza, si es derrotado en unas elecciones democráticas.

MISIÓN MERCAL - DISTRIBUCIÓN DE ALIMENTOS

La denominada Misión Mercal es una red para distribuir alimentos a lo largo y ancho del país ligeramente por debajo de los precios de mercado en centros de abastecimiento dirigidos por el gobierno.

El concepto de este programa surgió en parte como consecuencia de la huelga general promovida por la patronal de diciembre de 2002, que paralizó en gran medida la distribución de alimentos.

El programa comenzó lentamente, de tal manera que en noviembre de 2003 había alrededor de 100 supermercados en todo el país. En desarrollo de esta Misión, el gobierno viene acelerando la construcción de estos centros de abastecimiento de alimentos porque pretende multiplicar la cantidad de los mismos.

Antes de finalizar el primer semestre de 2004, el gobierno aspira a tener alrededor de dos mil supermercados distribuidos en los cuatro puntos cardinales de la geografía nacional.

La oposición por supuesto también ha criticado este programa, aduciendo que la Misión Mercal menoscaba los intereses económicos del sector privado. Sin embargo, al igual que con el programa Barrios Adentro, los mercados del gobierno están ideados para atender áreas desatendidas actualmente por el sector privado.

DESARROLLO AGRÍCOLA

El desarrollo del sector agrícola también es una política del gobierno de Chávez. Por ello el pasado mes de febrero se consolidó la Misión Vuelvan Caras al destinarse recursos del orden de 1,1 billones de bolívares para ser inyectados a la producción de alimentos.

Con este plan se posibilita que más de un millón de hectáreas a lo largo y ancho del país sean cultivadas, mejorando la productividad y generando puestos de trabajo en el campo.

De lo que se trata explicó el gobierno es de garantizar la seguridad alimentaria de los venezolanos mejorando los complejos agroindustriales de todo el país, que son propiedad del Estado.

Los recursos aprobados por el gobierno constituyen el motor que permitirá potenciar la economía nacional y producir el gran salto que se requiere para generar una fuente importante de empleo productivo que reduzca en forma ostensible la pobreza.

Con la puesta en marcha de la Misión Vuelvan Caras se generarán aproximadamente 200 mil empleos directos y unos 475 mil indirectos en el propósito de desarrollar los 41 complejos agroindustriales que hasta ahora tiene censados el Ministerio de Agricultura en todo el país.

OTRAS ACCIONES

También cabe mencionar las obras de infraestructura que el gobierno ha comenzado a poner en marcha, como la construcción del Acueducto Bolivariano de Occidente en el Estado Falcón; la aprobación de 25 millardos de bolívares para el financiamiento del trolebús del Estado Mérida y de 27.5 millones de dólares para la construcción de la Línea 3 del Metro de Caracas. Igualmente se destinó la suma de 6.7 millardos de bolívares para el traslado de la base científica en Isla de Aves.

A ello hay que agregar la expansión de cobertura de los medios de comunicación del Estado venezolano y el acceso a Internet de los sectores más marginados de la población a través de los Infocentros.

Igualmente la inversión extranjera comienza a llegar para explotar áreas naturales ricas en metales. Rusia, por ejemplo, invertirá en Venezuela en el sector del aluminio. China anunció que invertirá en el 2004 recursos del orden de los 1.400 millones de dólares en la reapertura de la mina de oro Sosa Méndez en el Estado Bolívar.

En el ámbito financiero, las reservas internacionales totalizaban 22.436 millones de dólares hasta febrero de este año y la Bolsa de Valores de Caracas lidera a las Bolsas del mundo, por ser la primera en crecimiento sostenido.

Existen cifras consolidadas que demuestran un repunte en consumo. En efecto, las ventas de carros familiares en Venezuela aumentaron a 51.4% en el mes de enero, frente al 11% que se registró en diciembre de 2003.

UN PLAN SOCIAL DE LARGO ALIENTO

Al analizar los programas sociales que el gobierno de Chávez ha puesto en marcha en Venezuela se puede colegir que el mayor énfasis está enfocado en el tema de la educación. Este enfoque tiene mucho sentido ya que numerosos estudios sobre la pobreza han mostrado que la educación es una de las vías más efectivas para combatirla y quedó ratificado en la reunión anual de la UNESCO en Francia, en la que se reconocieron los logros de Venezuela en esta materia gracias a los planes Robinson, Ribas y Sucre. Sin embargo, es indudable que una estrategia social ambiciosa como la que se ha puesto en marcha en Venezuela se demorará algún tiempo en dar sus frutos.

Si en el desarrollo de la aplicación de los planes sociales hay un severo revés, entonces estas medidas para combatir la pobreza que ha impulsado el gobierno chavista no tendrán ningún efecto en el corto plazo.

Todos estos esfuerzos e inversiones por disminuir la pobreza no se verán de un día para otro. Como es obvio es todo un proceso que ha comenzado en firme.

La oposición a Chávez y sus medios de comunicación desconocen y descalifican todas estas acciones y la manipulación mediática hace que se desfigure la verdadera obra administrativa del gobierno.

Es tanta la falsificación de la realidad por parte de los *mass media* de los opositores que llegan al punto de desconocer logros evidentes del gobierno, como por ejemplo, todo lo que se está haciendo en el área de la infraestructura de desarrollo, o, más recientemente, el reconocimiento de EuroMoney a Venezuela, por lo que se ha calificado como la más exitosa operación de conversión de pasivos en el año 2003 y posiblemente de la década.

De todas maneras las proyecciones son halagüeñas, o así lo muestran los estudios del Banco Mundial que indican que Venezuela tendrá este año un crecimiento de su Producto Interno Bruto del 8%.

Ello no quiere decir que los ingentes problemas sociales se hayan reducido en forma ostensible o que Venezuela haya superado sus falencias de desarrollo. Toda la estrategia social diseñada por el gobierno de Chávez está focalizada, efectivamente, a la lucha contra la pobreza y en medio de grandes obstáculos se está tratando de transitar por esa vía.

Una dirección que para muchos analistas está en contravía del esquema neoliberal predominante en América Latina, por eso las fuertes voces disidentes. Al fin y al cabo tratar de implementar una política social dentro de un esquema capitalista en que el factor determinante y regulador es el mercado, constituye ciertamente algo utópico. Chávez lo está intentando, por eso es que su empeño político ha sido catalogado como una revolución insólita. Pero como en los versos de Machado, está haciendo camino al andar.

Caracas, diciembre de 2003.

***Esta crónica se elaboró ocho meses antes del referendo revocatorio del 15 agosto de 2004, en el que volvió a triunfar el presidente Chávez.**

**EL FUNDAMENTALISMO Y LA AUTOCRACIA COMO EXPRESIONES DEL
PODER**

Su campaña fue un modelo de marketing político en que la consistencia y la claridad del mensaje fueron los aspectos determinantes. Se esmeró para que ese mensaje electoral calara en la ciudadanía mediante un ejercicio didáctico en el que utilizó frases cortas, ideas simples, cifras exactas, respuestas directas, actitudes magnánimas y ademanes finos.

De lo que se trataba era de “vender” a la opinión pública colombiana un líder enérgico, valiente y corajudo que no le temblara la mano para enfrentar a la guerrilla y derrotarla. Las circunstancias estaban dadas. El gobierno de Andrés Pastrana (1998-2002) había fracasado en su política de negociación con el grupo insurgente de las FARC y el país decepcionado que había apostado por un proceso de paz ahora cambiaba diametralmente de opinión y abogaba por la mano dura para enfrentar a la insurgencia.

Aparejada a la imagen de dirigente decidido a enfrentarse a la guerrilla a la que le achacó ser la causante en gran medida del desempleo y de la mayor parte de males de Colombia, se mostró a un hombre disciplinado, estudioso, eficiente, óptimo congresista y excelente gobernador.

Con esos atributos, Álvaro Uribe Vélez que cabalgó durante la campaña presidencial de 2002 sobre el desprestigio de la administración Pastrana, atacando particularmente el frustrado proceso de paz con las FARC, fue subiendo paulatinamente en las encuestas hasta terminar ganando las elecciones en franca lid.

En poco tiempo la candidatura de Uribe se consolidó, pues venía de registrar algo más del siete por ciento de favorabilidad en las encuestas y faltando tres o cuatro meses para la realización de los comicios pasó a encabezarlas. Claro que para que se diera este fenómeno coadyuvaron de manera determinante los grandes medios de comunicación que prefabricaron una imagen renovada y técnica del candidato para convencer a la opinión de que el ex gobernador de Antioquia era el líder para el momento de crisis y desesperanza que afrontaba Colombia.

De esta manera, Uribe Vélez logró reinventarse como alguien distinto de lo que había sido su cuestionado pasado: un político mañoso de provincia con vínculos *non sanctos* con los Guerra Serna, los Ochoa, los dueños de avionetas, los enemigos de la extradición, el general Rito Alejo del Río, el “pacificador” de la zona roja de Urabá, y con las criticadas organizaciones de autodefensa Convivir.

Esos antecedentes tanto el país político como el país nacional los conocía, pero no importaban ni importan ahora. Al fin y al cabo una sociedad pacata como la colombiana que ha convivido por más de tres décadas con la informalidad no puede escandalizarse que un dirigente de la política tradicional haya estado inmerso en ese ambiente. Más aún cuando en un país resquebrajado institucionalmente, con altos índices de criminalidad, de concentración del ingreso, de falta de oportunidades, de desgobierno y con una cultura del pillaje, lo normal es la informalidad.

Por eso es hipócrita atacar a Uribe Vélez por sus andanzas de antaño. Lo que es criticable son sus posturas farisaicas de mostrarse como un ejemplar e ímpoluto dirigente y un estadista de alto coturno.

Uribe es sin lugar a dudas, un buen producto de marketing que tiene la capacidad y la audacia de cautivar a la opinión. Posee un halo que le permite conquistar auditorios. Es más mensaje que contenido. Si se quiere explicar en lenguaje llano, se puede afirmar que es un eficaz culebrero paisa.

A esa singular manera de engatusar se debe en gran medida su triunfo en las elecciones presidenciales de 2002, pues mientras Uribe consiguió llegar en forma directa y contundente con su discurso, sus contendores no lograron endulzar el oído a la opinión pública y se quedaron con un mensaje lleno de lugares comunes.

El estilo de comunicación de Uribe y el manejo que le da a los medios electrónicos han sido eficaces. En los primeros dos años de gobierno, cuando se escribe esta crónica, su gestión es muy cuestionable por cuanto los indicadores sociales y económicos siguen siendo críticos, va por una cuarta reforma tributaria y ha polarizado al país con su empeño de reelección inmediata. Pese a ello su popularidad sigue incólume y alcanza el 75% de favorabilidad en los sondeos de opinión.

CONCEPCIÓN ABSOLUTISTA DEL ESTADO COMUNITARIO

Al llegar a la Presidencia de Colombia, Uribe Vélez ha buscado por todos los medios satisfacer en grado superlativo la pasión del poder, lo cual es peligroso porque dadas sus desmedidas ambiciones, puede arrojar al país al precipicio.

Su empeño por quedarse hasta el 2010 en la casa de Nariño y la profundización de las políticas neoliberales muestran un cuadro más que preocupante.

Sin embargo, la desinstitucionalización por el desconocimiento del Estado Social de Derecho y el desprecio por el respeto de los derechos humanos que ha ocurrido en Colombia con el gobierno de Uribe Vélez no debe sorprender a nadie y menos a los propios colombianos, habida cuenta que se conocía de antemano la concepción política de derecha así como el perfil sicorrígido del mandatario paisa y, sobre todo, la cultura caballista de la que procede.

Si algo hay que reconocerle a Uribe Vélez es que tuvo franqueza desde la campaña presidencial de anunciar una estrategia de tierra arrasada para “eliminar a la guerrilla”, una política de “entendimiento” con los grupos paramilitares y sumisión total a los dictados tanto de Estados Unidos como del Fondo Monetario Internacional. En definitiva, guerra y profundización del modelo neoliberal han sido las prioridades fundamentales de Uribe.

Fueron sus propios contendores como Horacio Serpa Uribe y Noemí Sanín Posada que paradójicamente terminaron de aliados políticos, quienes alertaron a Colombia del riesgo que se cernía para la democracia del país si ganaba las elecciones presidenciales el entonces cuestionado ex gobernador de Antioquia.

No en vano, la ex candidata Noemí Sanín señaló que *“Si Álvaro Uribe gana la Presidencia de la República es como si ganara Carlos Castaño”*. (1) Y una vez en la Presidencia, Uribe muy inteligentemente designó a Noemí como su embajadora en Madrid, epicentro del uribismo en Europa hasta la derrota de José María Aznar.

Por eso no debe sorprender que Uribe Vélez en desarrollo de su gobierno haya sacado a relucir su estilo autoritario, su complejo mesiánico y su claro perfil fujimorista.

Uribe Vélez desde que llegó a la Casa de Nariño ha buscado reemplazar el Estado Social y Democrático de Derecho por el Estado Comunitario, una visión fascistoide de la organización política. Coincidentalmente muy similar al nombre que Hitler puso a su modelo político: “Comunidad del Pueblo”.

En efecto, según esa concepción del mandatario paisa, lo que Colombia requiere es reeditar el Estado absolutista hegeliano basado en elementos como el orden, la autoridad y el imperio de la ley. Dentro de esa premisa, el ciudadano existe en tanto el Estado lo reconozca, y de la garantía de los derechos se pasa a la primacía de los deberes.

Y es en esa dirección que ha conducido al país, con la anuencia de los sectores más recalcitrantes de la derecha y del establecimiento colombiano. Estos sectores consideran muy compatible la política del Presidente con la grave situación de la nación, pues combina el autoritarismo con un falso asistencialismo social, en el que se privilegia la protección del gran capital y se exige la lealtad de los más pobres con discursos demagógicos y huecos que el Presidente pronuncia en reuniones de pueblo que denomina Consejos Comunales.

EL RENEGADO

Uribe Vélez es un renegado de la vieja política que en apariencia critica y combate. Se inició en la actividad pública ni más ni menos que en el nido clientelista de uno de los barones electorales más conspicuos en materia del tejemaneje burocrático como el dirigente antioqueño Bernardo Guerra Serna.

Gracias al padrinazgo de ese barón tradicional del liberalismo de Antioquia, Uribe logró escalar los diversos peldaños de la administración pública. Aprendió tan bien la lección de los intrínquilos clientelistas y politiqueros de Guerra Serna que a poco de ingresar a su movimiento le armó disidencia e hizo tolda aparte. En los diversos puestos públicos que ocupó tanto en la administración seccional de Antioquia, como en la Alcaldía de Medellín y la Aeronáutica Civil, entre otros, supo "muñequear" muy bien las diversas circunstancias políticas y como buen dirigente que se respete, conoció como el que más la dinámica clientelista del sistema político y electoral colombiano.

Durante la campaña y en el ejercicio del poder Uribe ha renegado de ese estilo que practicó y se ha mostrado como un cruzado contra "la corrupción y la politiquería".

Desde un comienzo mostró su inclinación de gobernar con los representantes tecnocráticos y neoliberales del país frente al fracaso en la gestión pública de los dirigentes políticos.

Como éstos han demostrado no tener capacidad de gestión ni credibilidad pública, razón por la que en Colombia como en otros países latinoamericanos ha hecho carrera la "antipolítica" ante la crisis de los partidos, Uribe escogió a destacados asesores y servidores del sector privado y de las transnacionales como sus inmediatos colaboradores y, para disimular ese sesgo empresarial, designó algunos ministros con trayectoria pública, más tecnocrática que política.

Ese gabinete de claro tinte conservadorista funcionó medianamente gracias al respaldo electoral que obtuvo Uribe en las elecciones presidenciales. Pero comenzó a desmoronarse tras la derrota del referendo y el cansancio que mostraba un país tras el primer año de autoritarismo gubernamental.

EL FUNDAMENTALISTA

Perteneciente a una familia terrateniente antioqueña, educado en los mejores colegios de Medellín y en universidades extranjeras de prestigio como Harvard y Oxford, este abogado nacido en 1952, aficionado a los caballos finos y reputado como buen chalán, tiene una concepción política ultraconservadora. Durante su trayectoria pública ha defendido los intereses de los sectores oligárquicos y ha abogado por los del sector financiero.

Es un convencido de las bondades de su proyecto de Estado comunitario que se sustenta en elementos como la centralización absoluta del poder ejecutivo, el control y la disminución del Congreso, el fortalecimiento del aparato militar, la restricción de las libertades públicas y la reducción de los derechos y garantías sociales.

Como senador de la República sacó adelante leyes como la reforma pensional (Ley 71 de 1988), la reforma laboral (Ley 50 de 1990) y el Sistema de Seguridad Social (Ley 100 de 1993) que tienen como impronta una clara filosofía neoliberal y cuyo propósito ha estado dirigido a propiciar la más grande concentración financiera del capital tanto nacional como extranjero en desmedro de los sectores más vulnerables de la sociedad colombiana.

Estas disposiciones legales y la política económica que ha impulsado Uribe desde el gobierno han servido para que los grupos monopólicos y el capital financiero internacional se hayan apoderado de los fondos privados de pensiones y cesantías, al tiempo que indujo a que la salud se convirtiera en un negocio rentable y especulativo. Simultáneamente con estas políticas ha desmejorado las condiciones laborales de los trabajadores colombianos, mediante lo que eufemísticamente se conoce como flexibilización laboral. Es decir, se ha empeñado en adecuar la legislación laboral a las necesidades de los esquemas neoliberales, haciendo de los

trabajadores una mercancía más sujeta a las leyes de un mercado libre de ataduras legales y sindicales.

Uribe ha defendido estas políticas señalando que constituyen la piedra filosofal para crear empleo.

En el plano personal es irascible, autoritario, terco, absorbente, astuto y calculador. En su afán por estar en todo y en todas partes, es detallista, meticuloso, regañón, tiene el estilo de un capataz o de un mayordomo. Exteriormente muestra una imagen de bonachón y altruista, pero en el fondo es ambicioso y urdidor. En síntesis es un lobo con piel de oveja.

Como para la sociedad colombiana el trabajo constituye un valor, entonces Uribe es un excelente ejemplo de laboriosidad, aunque su gestión de gobierno deja mucho que desear.

Su autoritarismo y su ansia de poder le descubren sus rasgos de dictador. A semejanza de Hitler que también llegó al poder democráticamente y mantuvo altos índices de popularidad, una de sus banderas ha sido la lucha contra el terrorismo que en la época del tercer reich lo constituía comunismo. Para atacarlo, el autócrata alemán otorgó a la Gestapo, la policía secreta, facultades jurídicas extraordinarias, tal como Uribe buscó hacerlo con el llamado Estatuto Antiterrorista que declaró inexecutable la Corte Constitucional en septiembre de 2004.

Otra de las políticas de Hitler fue la creación de grupos paramilitares o red de informantes como se llama en Colombia, salidos del partido nazi para que colaboraran con las autoridades en las redadas masivas que permitieran consolidar una especie de estrategia de "Seguridad Democrática".

Hitler contó con el apoyo decidido y definitivo de los medios de comunicación por eso la mayoría del pueblo alemán terminó convalidando el estado de terror. Algo parecido ocurre con el mandatario paisa.

En materia económica el Führer argumentaba que la crisis se debía a la presencia de extranjeros en el mercado laboral, mientras en Colombia Uribe se ha empeñado en hacer creer que los altos índices de desempleo se deben a la guerrilla y no a las políticas neoliberales que hicieron agua a lo largo y ancho de América Latina.

Es un defensor a ultranza de las bondades del libre mercado y de la necesidad de mantenerles los privilegios y darles todas las garantías y exenciones tributarias a los sectores financieros y empresariales, porque según Uribe, de esta manera se puede generar empleo. En la aplicación de esta receta ha sido dogmático. Está convencido, además, de que es un predestinado, y en afirmar esa convicción ha coadyuvado su camarilla palaciega que lo ha erigido como un hombre de mando, dispensado desde lo alto como el restaurador de la autoridad perdida y el conductor político que le hacía falta a Colombia.

EL SÍNDROME DE STALINGRADO

A partir de los comicios regionales de octubre de 2003 las cosas cambiaron ostensiblemente para el gobierno de Uribe. La derrota electoral que la mayoría de los colombianos le propinaron a su referendo, que el propio mandatario y sus áulicos habían convertido en un plebiscito de respaldo a su gestión, determinó el comienzo del declive de la política del Presidente.

En las altas esferas del poder político se apoderó el síndrome de Stalingrado consistente en presentir que se ha desencadenado un proceso de dificultades que puede terminar en la derrota final y en el caso del gobierno colombiano en que sea una nueva frustración más para un sector del país que vio en Uribe Vélez a su Mesías.

Contaban los generales nazis de la Segunda Guerra Mundial que tras la primera derrota que sufrió el ejército alemán en Stalingrado por parte de los rusos, muchos de ellos fueron conscientes de lo que se venía era la catástrofe. Y así sucedió. Por eso es que hay quienes consideran que para Uribe la derrota del referendo es lo que a los nazis la debacle de

Stalingrado. En otras palabras, el principio del fin.

Y es que lo grave para la política de Uribe no fue que no hayan pasado las 15 preguntas del referendo con sus intentos de congelación salarial y pensional y todo el paquete fiscal que se buscaba imponer por esta vía, sino el rechazo frontal de una gran parte de la población colombiana a su esquema neoliberal y a sus políticas alcabaleras. Es decir, el gobierno recibió un duro golpe a la legitimidad de su proyecto político. Eso se reflejó además en el ascenso de la izquierda a las posiciones del poder local.

Las consecuencias del resultado electoral no se hicieron esperar. En primer término quedó evidenciado que al gobierno de Uribe se le restó capacidad de maniobra y ello fue evidente por el cambio de estilo, pues los nuevos ministros que designó para las carteras del Interior y de Defensa son más dados al consenso, al diálogo, a las relaciones públicas en parte por su incapacidad política, lo que dista del talante de sus antecesores.

El Congreso ha adquirido mayor preponderancia y ha hecho valer su poder porque Uribe requiere ahora más que nunca de su bancada parlamentaria para que le aprueben sus proyectos legislativos.

El síndrome de Stalingrado ha seguido rondando en la Casa de Nariño, por cuanto que las dificultades y los tropiezos no han parado. El Presidente perdió a uno de sus más caracterizados escuderos el cuestionado ética, jurídica y moralmente ministro del Interior, Fernando Londoño Hoyos por sus arrebatos verbales. Luego no pudo imponer a su ficha política para llenar una vacante en la Corte Constitucional, lo que se consideraba clave y definitivo para la viabilidad de proyectos decisivos del gobierno. Y para rematar el año de 2004, este tribunal le declaró inexecutable el draconiano Estatuto Antiterrorista, que era fundamental para Uribe en su política de "Seguridad Democrática".

Sin embargo y pese a estos tropiezos, Uribe ha demostrado que no es fácil de amilanar y en una actitud desafiante lanzó su llamativa idea de buscar la reelección inmediata para entronizarse en la Casa de Nariño hasta agosto de 2010.

EL OPUS DEI AL AUXILIO

Para ello y una vez amainado el temporal tras la derrota de los comicios de octubre de 2003, Uribe quiso dar un timonazo con ayuda directa del sector empresarial que fue decisivo en su elección y determinante en la financiación de la campaña en pro del referendo. No de otra manera se puede explicar la escogencia como ministro del Interior de un dirigente gremial anodino, sin mayor envidia intelectual como Sabas Pretelt de la Vega, miembro activo del Opus Dei y devoto acérrimo de José María Escrivá de Balaguer. A esa misma línea conservadora pertenece equien fuera su segundo ministro de Defensa, Jorge Alberto Uribe Echavarría, sacado de la entraña empresarial paísa y representante de intereses financieros transnacionales.

Por eso es que en el caso de Pretelt de Vega su primera actuación como ministro del Interior estuvo enfocada a defender una criticada reforma tributaria cuyas exenciones proyectadas favorecen los grandes capitales y descarga en los asalariados, pensionados y los sectores medios de la población, el peso del ajuste. Al fin y al cabo Pretelt de la Vega y su colega de Defensa son unos experimentados comerciantes que saben tasar el bien y el mal de los negocios a su cargo, y que lo mismo pueden ayudar a crear adehalas impositivas que la compra ventajosa de las existencias de su haber, sin que la mano izquierda se percate de cuanto ejecuta la derecha.

Tanto el empresariado neoliberal colombiano como el Opus Dei se han comprometido con Uribe Vélez a prestarle su concurso activo y decidido para que logre su propósito de reelección inmediata y saque sin mayores obstáculos en el Congreso medidas como la llamada Ley de alternatividad penal que no es más que un eufemismo para amnistiar a las bandas de paramilitares que por años se encargaron de hacerle el mandado de guerra sucia al Estado colombiano y dejar impunes los crímenes de lesa humanidad que han cometido.

Con Uribe en la Presidencia, el Opus Dei que por muchos años ha desarrollado una labor silenciosa en Colombia, cuenta ahora con poder político pues buena parte del equipo de gobierno gira en su órbita como en los mejores tiempos de la España franquista.

Además del Presidente que es simpatizante de esa organización, su ministro de Transporte, Andrés Uriel Gallego, habita en un convento del Opus Dei en Bogotá. De la misma manera han hecho gala de su estrecha vinculación a esta conocida secta de ultraderecha y de dudosas componendas políticas y financieras internacionales, además de Pretelt de la Vega, el director del Plan Colombia y de la Red de Solidaridad, Luis Alfonso Hoyos Aristizábal y el ex secretario general de la Presidencia, José Roberto Arango.

LA DESMEDIDA AMBICIÓN DE PODER

Engolosinado con unas encuestas de popularidad que le dan un 75 por ciento de respaldo a su gestión, Uribe que se asemeja a los Pastrana por su megalomanía, se dio a la febril tarea de buscar su reelección presidencial a cualquier costo y con unas mayorías prefabricadas en el Congreso, logró reformar la Constitución para quedarse otros cuatro años en el poder.

En este propósito el gobierno de Uribe no ha ahorrado esfuerzos: desconoció las reglas de juego democráticas como lo señaló el ex presidente Andrés Pastrana; compró respaldos parlamentarios a punta de burocracia y puestos diplomáticos para los familiares de los congresistas; propició la división de los partidos tradicionales; trató de manipular cifras estadísticas del DANE que dejaban mal parada su estrategia nacional de seguridad ciudadana, y comprometió a los sectores plutocráticos colombianos dueños de los medios de comunicación para que lo acompañen en esta aventura y manipulen la información.

Dos analistas como el sociólogo y periodista Alfredo Molano Bravo y el ex canciller Augusto Ramírez Ocampo llamaron la atención sobre el peligro institucional que se cierne para Colombia con la pretensión reeleccionista de Uribe.

Para Molano, la búsqueda de la reelección significa *“el afianzamiento de una hegemonía que es bastante autoritaria y despótica. Constituye una autoelección por los métodos que se han utilizando, lo cual es una muestra de lo más clásico y chapucero de los clientelismos. El establecimiento colombiano está seguro de que es el último capítulo y que se requieren seis u ocho años para derrotar la insurgencia y que así se acaban todos los problemas sociales. Pero de esta manera se está abriendo la puerta a la dictadura”*. (2)

Ramírez Ocampo considera que la ambición del Presidente es un antecedente muy grave para la democracia, puesto que *“alterar las reglas de juego en la mitad del partido es técnicamente un golpe de Estado. Eso es como si en un partido de fútbol entre Millonarios y Santa Fe el árbitro resuelve que para el segundo tiempo Millonarios entre con cinco jugadores y Santa Fe con 22”*. (3).

“FUJIMORIZACIÓN”

Colombia, en opinión de varios politólogos, va por la senda de la “fujimorización”, ya que bajo el gobierno de Uribe, se está repitiendo, política e institucionalmente la fórmula aplicada en la década de los noventa por el ex presidente peruano Alberto Fujimori

La “fujimorización” consiste en el populismo, la militarización, el ensayo de derrotar a la guerrilla, el intento de adaptar la legislación a los tiempos de guerra para permitir la acción de las Fuerzas Armadas, el recurso de optar medidas extraordinarias para evadir la institucionalidad como el referendo o el plebiscito, el intento de constituir un partido o movimiento propio que reemplace las colectividades tradicionales y el empeño obsesivo por la reelección. Institucionalmente es un camino semejante al de Fujimori.

Pero el caso colombiano tiene una connotación más grave que la experiencia peruana porque es otra época. Es la época de la lucha antiterrorista internacional y de la doctrina de Seguridad del presidente Bush que permite y legitima el ataque preventivo, la invasión a países por simple sospecha y todo esto que ha sido cuestionado internacionalmente, Uribe lo ha recogido y lo ha aplicado para Colombia.

La historia reciente de varios países de América Latina enseña que para que haya un proceso político progresista y de avanzada social se requiere haber pasado por dictaduras o gobiernos de ultraderecha que han sido servidores obsecuentes de Washington y la sociedad colombiana comienza recién a pagar esa costosa cuota.

La crisis política y social que vive Colombia llevó a sus habitantes en el desespero y en la desesperanza a optar por un líder de ultraderecha como Uribe Vélez alineado en el concierto latinoamericano como el que más frente al gobierno de Estados Unidos.

La iniciativa de reelección inmediata constituye una grave amenaza para el proceso democrático colombiano porque todo el esfuerzo hecho para fortalecer los partidos como sustancia de la democracia, se echa por tierra. Personalizar el poder antes que institucionalizarlo es un riesgo del cual se habían librado ya las democracias latinoamericanas. Al fin y al cabo el poder tiende a pervertir y los hombres que se creen providenciales como Uribe Vélez, a diferencia de las instituciones sólidas, tienen el riesgo de la fragilidad humana.

Este retroceso es una clara muestra de subdesarrollo político que en el caso de Uribe se sustenta en su complejo mesiánico y caudillista, pues está convencido que él y solo él puede convertirse en el salvador de la desheredada Colombia y refleja su concepción fundamentalista, desconociendo las funestas experiencias históricas que muestran que los intentos por mantenerse en el poder a toda costa han terminado en dictadura y reventando los aparentes liderazgos de los mandatarios que han osado atreverse a tal aventura.

“Un fundamentalista es, en definitiva, un integrista, alguien tan convencido de que tiene la razón que está dispuesto a imponerla a los demás, para el bien de ellos, y que no ha de reparar en métodos a la hora de hacerlo...El comportamiento mesiánico de los fundamentalistas democráticos hace que frecuentemente se deslicen hacia el populismo y la demagogia, descaros que mucho tienen que ver con el autoritarismo”. (4).

No obstante el Presidente colombiano y sus áulicos están convencidos de que tienen las mayorías populares y basan su concepto de democracia en ese hecho. Si bien la regla de la mayoría en las urnas concede legitimidad para gobernar, ello no otorga el conocimiento de la verdad revelada.

La democracia es mucho más que eso. Es equivocado concebir que la democracia simplemente se limita a ser el gobierno de la mayoría. No, democracia es un sistema político, que no ideológico, que propende por el consenso general de los ciudadanos, respeta la igualdad ante la ley, el derecho de las minorías y garantiza un mínimo de oportunidades.

Pero Colombia simplemente tiene una democracia de caricatura y el fenómeno político de Uribe obedece a que las tragedias sociales que afronta este país allanan el camino a la demagogia, y la historia demuestra que los demagogos nunca tienen soluciones a fondo para combatir la desigualdad, sino habilidad retórica y gestual para edificar sobre ellas poderes inexpugnables.

Notas:

1. El Tiempo, Bogotá, 24 de abril/02, página 9.
2. Uribe Vélez está encauzando a Colombia hacia una dictadura. www.cronicon.net.
3. No se pueden cambiar las reglas del juego presidencial. Entrevista con Augusto Ramírez Ocampo, realizada por Eulfo Peña. El Nuevo Siglo, Bogotá, 10 de mayo de 2004, página 6.

4. Cebrián, José Luis. El fundamentalismo democrático, Editorial Taurus, Madrid, 2004.

JUDAS: ¿ PATRIOTA O TRAIADOR?

Definitivamente hay cierta grandeza en la tragedia humana. Y ese es el caso del vituperado y maldecido Judas Iscariote, quien según los textos bíblicos osó traicionar a Jesucristo. La historia manipulada a través de los siglos por ese aparato político que es la Iglesia Católica ha deformado la realidad, las circunstancias y el contexto en que le tocó vivir a este hombre nativo de una pequeña aldea de Judea llamada Kariot.

En el Evangelio de Juan (12,6), Judas es descrito como codicioso y deshonesto. Según los Evangelios de Mateo y Marcos, fue la codicia lo que le llevó a traicionar a Jesús, a cambio de 30 monedas de plata y entregarlo al sumo sacerdote. Sin embargo si se estudia desapasionadamente el perfil de este personaje se puede observar todo lo contrario, es decir, a un hombre que pese a su condición de adinerado nunca fue avaro ni rendía culto a los bienes de fortuna.

POLÍTICO ANTE TODO

Por su origen, Judas estaba vinculado al grupo de los zelotes, un partido político religioso que combatía la dominación de los romanos sobre Israel y cuya irrupción se produjo como consecuencia de que Judea pasó a ser gobernada directa y autárquicamente por Roma.

Los zelotes contaban con un aparato político y otro militar, de este último hacían parte los sicarii, –los hombres del cuchillo- radicales dispuestos a una revolución sangrienta. Judas transitaba la delgada línea que separaba a los dos sectores de este partido político, cuando encontró a Jesucristo, a quien le oyó decir: “el reino de Dios está cerca”, una expresión frecuente en las reuniones de los zelotes.

Entre los miembros de esta facción religioso-política judía existía una conciencia de desprecio hacia los romanos, aunque hipócritamente les hacían el juego para evitar mayor opresión. Por eso cuando Jesús llamó “zorro” a Herodes, dijo en voz alta la misma palabra que los zelotes guardaban en su pensamiento y expresaban en sus reuniones secretas.

A los zelotes les entusiasmaba las actitudes de Jesucristo de sacar a los mercaderes del templo, o de dejar al desnudo la corrupción de los sacerdotes.

Vieron entonces que políticamente la doctrina que predicaba este hombre coincidía con sus intereses y, en consecuencia, era conveniente unírsele y hacer eco de sus enseñanzas.

Judas, que provenía de una familia adinerada, no era bajo de espíritu y ejercía un claro liderazgo entre los zelotes, por lo tanto, no dudó en unirse a Jesucristo como hábil estrategia para beneficiar a su pueblo.

Por algo Maquiavelo consideraba que “los más altos políticos son los que logran poner la religión al servicio de su causa”.

Su condición de dirigente y su procedencia familiar desvirtúan el enfoque de avaro y ambicioso que le han dado los evangelios, pues de ninguna manera era un ascenso económico el unirse a Jesús y al grupo de pescadores pobres.

Judas nunca gozó de la confianza de los demás apóstoles por su origen noble, que contrastaba con la condición de éstos que, en su mayoría, eran pescadores y gente del pueblo que no comprendían por qué una persona de clase social más elevada pudiera seguir al Mesías. Sin embargo y pese a sus conveniencias de tipo político, Judas quería y admiraba sinceramente a Jesucristo.

Dentro de este contexto es evidente que, Judas Iscariote ante todo, fue un político, un revolucionario que buscaba reivindicar a su pueblo del imperio romano. Y como tal debía concebir toda una estrategia que le permitiera enfrentar con audacia a su enemigo, y claro, en desarrollo de su lucha era realista y pragmático.

VÍCTIMA DE LAS CIRCUNSTANCIAS

Pero el gesto definitivo, el que hizo pensar a Judas que había llegado la hora de la revolución, fue el de Jesús entrando victorioso a Jerusalén. Esa parodia de la entrada de los emperadores romanos, soberbios sobre sus corceles y por entre los arcos de triunfo y las aclamaciones de los ejércitos, fue a los ojos de los zelotes, la mayor burla al poder romano. Jesús, jinete sobre un asno –parodia del corcel- rodeado de niños y de pobres – parodia del ejército -, ponía en ridículo los poderes del establecimiento y proclamaba la llegada de un nuevo orden.

Empero, la esperanza de Judas frente a Jesús se derrumbó cuando comprendió que el camino escogido por éste no era el que habían previsto sus cálculos e ilusiones, pues las intenciones eran diametralmente distintas. En efecto, mientras el propósito de Jesucristo era divino, el del Iscariote era político, consistente en derrocar el imperio romano. Ahí estuvo la gran divergencia y si se quiere el error del dirigente zelote.

Desde un punto de vista estratégico Judas estaba convencido de que su actuación final frente a Jesucristo aceleraría la caída de los romanos y en su motivación revolucionaria creyó que apartando al líder el movimiento sería más rápido. Al fin y al cabo lo que perseguía era el bienestar de su pueblo y por lo tanto no se detenía ante los diferentes medios a los que en cada circunstancia tenía o debía que recurrir.

En ese sentido y siendo consecuente con los intereses de su pueblo, este dirigente zelote fue víctima de las circunstancias y no el traidor que se piensa. Fue un revolucionario que trató de aprovechar un momento de celeridad de Jesucristo para conmover a la opinión pública de entonces con miras a provocar el debilitamiento del gobierno imperante.

RESPUESTA EN LA MUERTE

A pesar de la mala propaganda y de su desfiguración histórica, el Iscariote era un hombre de gran corazón, conocedor de las insondables dificultades de la existencia. Creía en el Mesías y estaba convencido de que éste podía volver a establecer el reino de Israel. Pero Jesús parecía titubear. Entonces decidió ponerle en peligro de muerte para que no hubiera más alternativa que actuar, valerse de su poder sobrenatural y establecer el reino.

Judas encuentra en la muerte la respuesta para no seguir resistiendo el impacto de la desesperanza. Para salvar a sus hermanos asume el papel indispensable de traidor y para asegurar la solución de los otros escogió para sí el desprecio y la condenación.

Pero en la hora de la hora, este hombre demuestra valentía, aunque muchos dirán que ya no tenía nada que perder. A diferencia de Pedro que negó tres veces a su Maestro, Judas, sólo Judas dio testimonio por Jesús, a rostro descubierto, en voz alta, en la hora del abandono. Sólo, sin miedo, frente a Caifás, delante del Consejo dio testimonio a su favor, solicitando que lo soltaran.

VERSIONES CONTRADICTORIAS

Los textos bíblicos se contradicen respecto del proceder final de este afrentado apóstol. Según el evangelio de San Mateo (27,3-5), al ver Judas que Jesucristo había sido condenado, se arrepintió y devolvió las treinta monedas de plata que cobró por entregarlo a los pontífices y ancianos.

En contraste, la versión de los Hechos de los Apóstoles (1,16-20) relata que este hombre que terminó suicidándose, estaba predestinado y por consiguiente “... *tenía que cumplirse la escritura que anunció el Espíritu Santo por boca de David, acerca de Judas, el que guió a los que prendieron a Jesús*”. Y a diferencia de San Mateo, Judas no devolvió el dinero a quienes le pagaron por la cabeza de su Maestro sino que “adquirió un campo con el salario de su delito”.

VALORACIÓN

Luego de este somero análisis de la conducta humana y política de Judas Iscariote es preciso valorar sí, efectivamente, este apóstol es el vulgar traidor que con tanta saña lo pintan los evangelios o, por el contrario, fue un hombre de principios que luchó por el bienestar de su pueblo y actuó en consecuencia así haya cometido el fatal error de entregar a Jesucristo.

¿Traiciona quien acepta un dinero para defender sus principios? ¿Traiciona quien ha defendido esos principios antes del dinero? ¿Traiciona quien hubiese continuado en la misma línea sin el dinero de por medio? ¿Traiciona quien hubiese sido el mismo, con o sin dinero?

BIBLIOGRAFÍA

- ABELLA, Arturo. Columna periodística "Fuente de Alta Fidelidad", El Nuevo Siglo, Bogotá, Abril 21 de 1991.
- ABELLA, Arturo. Laureano Gómez, Bogotá, Editorial Planeta, 2000.
- ALZATE AVENDAÑO, Gilberto. Obra Selecta. Colección Pensadores Políticos Colombianos, Bogotá, Cámara de Representantes 1979.
- ARELLANO ORTIZ, Fernando. 40 años de fragilidad moral en el Partido Conservador. El Nuevo Siglo, Bogotá, edición 19.135, Bogotá 27 de Junio de 1992.
- ARIZMENDI POSADA, Ignacio. Presidentes de Colombia 1810 – 1990, Bogotá, Editorial Planeta, 1989.
- BERMÚDEZ ROSSI, Gonzalo. Pronunciamientos, conspiraciones y golpes de Estado en Colombia, Bogotá, Ediciones Expresión 1997.
- CEBRIÁN, José Luis. El fundamentalismo democrático. Madrid, Editorial Taurus, 2004
- DANGOND URIBE, Alberto. Laureano, su vida es su victoria. Bogotá, Editora Colombiana, S.A., julio de 1962.
- DEL HIERRO SANTACRUZ, Carmen. Del Hierro un forjador de historia, Bogotá, Cargraphics S.A., Diciembre 1995.
- DÍAZ-CALLEJAS, Apolinar. El lema *respice polum* y la subordinación en las relaciones con Estados Unidos, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, 1996.
- DONADIO, Alberto. La guerra con el Perú, Bogotá, Editorial Planeta, Marzo de 1995.
- EL SIGLO. Civismo y Civilización. Editoriales IV Tomo. Bogotá, Editorial Desarrollo S.A., 1979.
- GÓMEZ HURTADO, Álvaro. Ideario. Colección Pensadores Políticos Colombianos, Bogotá, Cámara de Representantes.
- GÓMEZ, Laureano. Manifiesto de Nueva York, Julio 16 de 1978
- GÓMEZ, Laureano. Obras Selectas. Colección Pensadores Políticos Colombianos, Bogotá, Cámara de Representantes.
- HURTADO LARREA, Osvaldo. El poder político en el Ecuador. Quito, Editorial Ariel-Plantea, 1988.
- IRIARTE, Alfredo. Manual del perfecto burócrata. (Fragmento). Lecturas Dominicales, El Tiempo, Bogotá, 12 de Enero de 1997.
- LEMAITRE, Eduardo. Panamá y su separación de Colombia. Bogotá, Editorial Pluma, 1972.
- LIÉVANO AGUIRRE, Indalecio. Rafael Núñez. Bogotá, Editorial Latinoamericana S.A. 1944.
- LÓPEZ CABALLERO, Juan Manuel. Antimemorias del revolcón. Bogotá, Editorial Planeta, 1994.
- LÓPEZ MICHELSEN, Alfonso. Esbozos y Atisbos. Bogotá, Plaza y Janés, 1984.
- LÓPEZ MICHELSEN, Alfonso. Obras Selectas, Tomo III. Colección Pensadores Políticos Colombianos, Bogotá, Cámara de Representantes, 1993.

LÓPEZ MICHELSEN, Alfonso. Columna periodística “Clases Dirigentes o Clases Dirigidas”. El Tiempo, Bogotá, 9 de Junio de 1996.

LÓPEZ MICHELSEN, Alfonso. Palabras Pendientes. Bogotá, El Áncora Editores, 2001.

LLERAS CAMARGO, Alberto. Circular a los Directorios Liberales Departamentales. “Los guerrilleros intelectuales”.

MONTEZUMA HURTADO, Alberto. Nariño, tierra y espíritu. Bogotá, Banco de la República de Colombia, 1982.

MÉNDEZ BERNAL, Rafael. Escándalos en la historia de Colombia, Bogotá, Editorial Martínez Roca S.A., 1998.

OQUENDO, Diego. Los Presidenciables. Quito, Editorial Planeta, 1987.

PONCE MURIEL, Álvaro. De clérigos y generales. Bogotá, Panamericana Ediciones, 2000.

POWELLS, Alberto, General (r). Documento “Itinerario del Golpe de Estado”. Revista Semana, Bogotá, Edición N° 579, Junio 8-15 de 1993.

RESTREPO, Javier Darío. La revolución de las sotanas. Bogotá, Editorial Planeta, Diciembre 1995.

SAAD HERRERÍA, Pedro. La caída de Abdalá. Quito, Editorial El Conejo, 1997.

SERRANO CAMARGO, Rafael. El regenerador Rafael Núñez. Bogotá, Ediciones Lerner, 1973.

URIBE VEGALARA, Juan Gabriel. Una visión del siglo XX, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1996.

VARGAS LLOSA, Mario. El Pez en el agua. Barcelona, Editorial Seix Barral, 1993

VASQUEZ CARRIZOSAS, Alfredo. El Poder Presidencial en Colombia. Bogotá, Tercera edición, Ediciones Suramérica, 1986.

CRÓNICAS NEGRAS DEL PODER

Autor:
FERNANDO ARELLANO ORTIZ

E-mail:
fsarellano@cronicon.net

Bogotá – Colombia, febrero de 2006

